

Ramón Díaz Eterović
Diego Muñoz Valenzuela

CONTANDO EL CUENTO

ANTOLOGIA JOVEN NARRATIVA CHILENA

sinfronteras

Contando el Cuento

© Ramón Díaz Eterovic
Diego Muñoz Valenzuela
Inscripción N° 65.165

© Editorial Sinfronteras
Diagramación
y montaje: Soledad Sara
Primera Edición
Santiago, Septiembre, 1986
HECHO EN CHILE

José Paredes, Editor
Casilla 6071. Correo 22
Santiago - Chile

La Joven Narrativa Chilena

Ramón Díaz Eterovic
y
Diego Muñoz Valenzuela

EL ENTORNO DE LA NUEVA GENERACION DE NARRADORES

Nuestro **habitat** ha sido la violencia. Eramos adolescentes hacia los días finales de aquel estremecedor año 1973. Hasta agosto de ese año pensábamos que nuestro futuro iba a ser otro muy distinto al que nos ha correspondido vivir (o sobrevivir). Leíamos "Los cardos del Baragán", "Las aventuras de Arturo Gondon Pym", "Hambre", "La Metamorfosis" y otros libros maravillosos en ediciones de 50.000 ejemplares impresas por la Editora Nacional Quimantú. Mezclábamos aquellas lecturas con otras también inapreciables como "El Aleph", "Rayuela", "El Túnel", "Cien años de soledad", "El llano en llamas", o sea, lo que se ha llamado el **Boom latinoamericano**.

Escuchábamos a los Beatles y al Inti Illimani, a Violeta Parra, los Rolling Stones, Piero y Serrat, a Joan Báez y Simon and Garfunkel. Asistíamos —enviciados— a un festival de cine tras otro y nos es posible recordar —entre una infinita pléyade de filmes notables— películas como "Cuerno de Cabra", "Metello", "Lucla", "Liberación", "Sacco y Vanzetti". Exposiciones de pintura, litografía, escultura. Charlas, conferencias, seminarios, mitines culturales.

También lucha política, gobierno estudiantil, marchas, concentraciones, enfrentamientos, tomas, paralizaciones de faenas; característicos elementos de un período de cambio social muy acelerado, de enfrentamiento entre clases sociales antagónicas. Sin embargo, cada cual decía y escribía lo que quería decir y

escribir y este fue nuestro entorno hasta el invierno de 1973.

Después vinieron aquellos acontecimientos de los cuales recién comienza a hablarse públicamente en el país y a vislumbrarse la posibilidad de que se haga justicia. Los crímenes, las cárceles secretas, la tortura, la lucha clandestina, la persecución, la censura, el exilio, la muerte prematura, la **vigilancia**, el **miedo**. Algo de esto nos tocó a todos. Algo quedó truncado, suspendido en el tiempo. Ibamos hacia otra parte, no a este mundo oscuro que se nos imponía a sangre y fuego. Los sueños se diluían, las esperanzas se desintegraban. Nuestra adolescencia terminó y continuó al mismo tiempo. Terminó cuando hubo que pensar en enfrentar aquello que nunca soñamos ver. Continuó porque los anhelos se petrificaron; comenzó una era de hibernación hasta el momento en que todo volviera a ser como antes. Las dos actitudes han coexistido en nosotros, no sabemos si para bien o para mal de la narrativa que hacemos, pero es un hecho que está ahí, impregnando nuestra literatura. Somos hijos de este tiempo que nos ha tocado vivir. Ha sido y será difícil **vivirlo** y **escribirlo**, sin embargo esa es la misión que nos corresponde y la asumimos con plenitud, incluso con alegría, por qué no decirlo. Porque —a pesar de todo— por sobre todas las cosas oscuras y terribles, hemos aprendido a descubrir la belleza, la valentía, la generosidad del hombre. Porque hemos aprendido que la humanidad es indestructible, irrefrenable.

ALGO SOBRE LA HISTORIA DE LOS JOVENES NARRADORES

Hemos llegado a contar entre treinta y cuarenta narradores cuyas edades oscilan entre los 17 y los 35 años. Una parte considerable de ellos reside en Santiago aunque, en su mayoría, procedan de provincia.

Sus estilos son diversos: el lenguaje es —a veces— directo y punzante; otras, poético y alegórico. Es frecuente el uso de la ironía y de las parábolas. En algunos casos irrumpe lo sobrenatural o lo kafkiano.

Las lecturas de la "generación" son omnívoras, pero dirigidas: Poe, Hamsun, Borges, Cortázar, Rulfo, García Márquez, Steinbeck, Hemingway, Faulkner, Boll, Chandler, Dostoievski, Chejov,

Maupassant, Horacio Quiroga, Vargas Llosa, Melville, Hawthorne, Joyce, Bryce Echenique, Soriano, Henry Miller, Jorge Amado, Tolstoi, Sábato, Donoso, Malamud. Y muchos poetas también: Neruda, de Rokha, Huidobro, Teillier, Prevert, Trakl, Baudelaire, Brecht, Withman, García Lorca, Miguel Hernández, Ginsberg, Gelman, Roque Dalton; podríamos estar enumerando durante largo tiempo. Todos ellos son muy importantes para nosotros, que somos más hijos de las lecturas solitarias que del contacto material con maestros de carne y hueso que estaban demasiado lejos, o exiliados (Skármeta, Poli Délano), o simplemente no existían.

Indudablemente existen más narradores que aquellos treinta o cuarenta que se mencionaban al comienzo; posiblemente estos sean la corona del iceberg bajo la cual se ocultan muchísimos nuevos cuentistas hoy desconocidos. La depresión absoluta del campo editorial afecta no sólo a los jóvenes narradores: es un hecho que determina que la mayor parte de la nueva literatura permanezca inédita, a pesar de haber demostrado una calidad indiscutible a través de su participación en lecturas públicas, talleres y certámenes literarios. Las ediciones, por lo general, no superan el millar de ejemplares debido a que son los mismos autores quienes deben financiarlas; los editores no "arriesgan" su capital en nuevos autores que no garantizan recuperar la inversión realizada. Y razón no les falta —en parte— pues la crisis económica chilena ha determinado un continuo decremento en la demanda de libros. Si el pan no llega a la mesa de tantos compatriotas, el libro menos aún. Entonces no existe ningún incentivo real para la producción literaria que ha de almacenarse en carpetas, armarios, cajones de escritorio para esperar tiempos mejores.

Si bien el conjunto de las expresiones literarias se ha visto menoscabada en cuanto a su difusión a todo nivel, no puede negarse que los propios escritores —en especial los autores jóvenes— se han destacado por su persistente esfuerzo por llegar de alguna forma a los lectores o, al menos, dejar testimonio de la actividad creativa de su generación. Así fue como de los años 1975 en adelante surgieron numerosas publicaciones, generalmente de corta vida y escaso tiraje. La mayor parte de estas revistas, trípticos, periódicos, hojas e impresos diversos,

reproducía material poético preferentemente; la narrativa se encontraba excluida debido a razones de espacio y además porque tradicionalmente es un género menos cultivado en Chile.

Este cuadro configura una situación desalentadora para la joven narrativa chilena que no comienza a darse a conocer siquiera a un público selecto hasta bien entrada la década de los 80. Sin embargo, deben mencionarse algunas excepciones que confirman la regla: la revista LETRAS del Instituto Pedagógico (1978), PIRKA de la Escuela de Ingeniería (1978-1980), LA CIRUELA (1979-1980) revista cultural de la Agrupación Cultural Universitaria (ACU), LETRAS DE EMERGENCIA (1977). Debe decirse que incluso sumando estas contribuciones, su volumen es tan exiguo que no puede considerarse como base para ningún estudio.

El auténtico comienzo de la difusión de la nueva narrativa chilena se produce desde los años 80 en adelante. Allí pueden ubicarse algunos recitales con participación de cuentistas, una serie de distinciones alcanzadas en diversos concursos por miembros de la nueva generación (Juegos Literarios Gabriela Mistral; Revista Paula; Caja de Compensación Javiera Carrera; Premio Municipal de Santiago; Pedro de Oña; BATA, por nombrar algunos, y en las cuales obtuvieron premios, entre otros: Jorge Calvo, Ana María del Río, Juan Mihovilovic, Eduardo Correa, Pla Barros) y la aparición de algunos libros y publicaciones relevantes para el género.

Ya en el Encuentro de Arte Joven realizado en el Centro Cultural Mapocho en septiembre de 1982, se incluye el cuento como expresión junto a una todavía abrumadora mayoría de poetas jóvenes. Participan, entre otros, Gregory Cohen y Diego Muñoz.

El Colectivo de Escritores Jóvenes (CEJ) —formado a fines de 1982— permite conocer a muchos jóvenes cuentistas. De este encuentro en el Colectivo comienza a derivarse una serie de actividades comunes e iniciativas conducentes a una mayor difusión del género.

A mediados de 1983 aparece OBSIDIANA, revista dedicada exclusivamente al género narrativo. En el editorial de su primer número el Comité Editor expresa que "ante la ausencia de medios adecuados para difundir la creación literaria de los nuevos escritores y, en especial, de los narradores, es que Obsidiana nace en estos días". OBSIDIANA ha alcanzado la edad de

cuatro números. Su contenido ha ido enriqueciéndose así como su lista de colaboradores. Los maestros universales y nacionales del género, los actuales cuentistas y la **nueva generación del 80** (o NN o marginal como se le ha llamado) han encontrado un espacio en **OBSIDIANA**, junto a la crítica, el ensayo, las crónicas y reseñas relativas al mundo narrativo.

Desde su primer número **OBSIDIANA** ha publicado una quincena de autores de la joven generación: Pía Barros, Ana María del Río, Lake Sagaris, Jorge Calvo, Alvaro Cuadra, Eduardo Correa, Juan Mihovilovic, Ramón Díaz Eterovic, Mauricio Fuenzalida, José Paredes, Carlos Franz, Yanko Rosenmann, Luis Alberto Tamayo y Diego Muñoz Valenzuela, además de otras colaboraciones de Juan Armando Epple y Eduardo Briceño.

En la semana del 24 al 28 de septiembre de 1984 se desarrolló otro importante hito para la narrativa chilena: el Encuentro de Narrativa "ENCUENTRO", realizado en el Instituto Chileno Francés de Cultura. Eduardo Briceño lo comenta así: "Veintiún escritores leyeron sus obras a un público ávido de conocer autores de un género tan huérfano de difusión y oportunidades". La Editorial BRUGUERA publicó esta selección confeccionada por los propios autores —esta fue su particularidad— en un volumen llamado **ENCUENTO**, el cual fue distribuido más allá de nuestras fronteras. Se incluyen en este volumen cuentos de: Antonio Ostornol, Ana María del Río, Carlos Franz, Jorge Calvo, Alvaro Cuadra, Diego Muñoz Valenzuela, Ramón Díaz Eterovic, Eduardo Llanos, Carlos Iturra, Roberto Rivera y Gonzalo Contreras, junto a exponentes de generaciones anteriores como Poli Délano, Carlos Olivares, Ramiro Rivas y Fernando Jerez, entre otros.

En septiembre de 1985 se repite esta actividad bajo el nombre de **CONCURSO CHILE-FRANCIA**, donde los participantes fueron seleccionados por un jurado en el cual participaron: José Donoso, Carmen Foxley, Adriana Valdés, Martín Cerda y Poli Délano. En esta ocasión Ramón Díaz Eterovic obtiene el segundo lugar y Gregory Cohen con Luis A. Tamayo son distinguidos con menciones honrosas. Entre los 22 finalistas figuran además varios otros miembros de la joven generación.

Entre el 18 y el 21 de mayo de 1984 se produjo el Encuentro Nacional de Escritores Jóvenes, donde participaron cerca de centenar y medio de poetas, narradores, ensayistas y dramatur-

gos menores de cuarenta años, procedentes de todas partes del país. El ENCUENTRO fue citado por el CEJ y contó con el auspicio de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH). Briceño comenta así este "evento fraternal que tuvo la audacia y el mérito indesmentible de reunir, después de casi once años, a hombres y obras en pleno desarrollo". Dentro del ENCUENTRO DE ESCRITORES JOVENES hubo un foro-panel dedicado a la joven narrativa chilena. En este foro presentaron sus ponencias: Pla Barros, Ana María del Río, Antonio Ostornol y Jorge Narváez. Se valoró la experiencia colectiva de los talleres literarios y la influencia del boom latinoamericano en la gestación de esta nueva generación "sin maestros" a causa de la represión y del exilio. Se habló del entorno y su influencia en la literatura, tanto en la temática como en las formas de escribir. Se planteó también la existencia de tendencias "punzantes" que reconocen y reflejan la crisis global del país, y otras tendencias "tangenciales" que evitan el tema social con clara intencionalidad política; es decir, se habló de literatura crítica y acrítica. Fue bastante discutido el concepto de literatura crítica, concordando en que es fundamental la calidad estética de todo texto y que resulta imposible obviar —sin una premeditación calculada— la influencia de una realidad violenta y agobiante. En cuanto a las formas coexistirían la continuidad y la discontinuidad en el género narrativo. Aparece con mayor fuerza durante estos años la literatura testimonial, que no es una literatura de ficción. En la narrativa, excluyendo los textos testimoniales, habría una discontinuidad marcada por la "subversión de los géneros": cuentos con acentuada intencionalidad poética en el lenguaje y, a veces, en los temas. El boom habría aportado importantísimos elementos a la corriente de continuidad, renovando profundamente las formas de narrar y aportando una nueva visión de nuestra realidad.

NOTAS FINALES PARA UNA PRESENTACION

Una generación de escritores surgida y desarrollada en medio de una profunda crisis social que ha trastocado las normas y valores de convivencia, obligatoriamente ha tenido —en la mayoría de los casos— que reflejar en su temática una realidad

violenta —o violentada— en la cual la vida parece moverse dentro de una fragilidad a toda prueba. Realidad que desde lo literario, se enfrenta de manera abierta, recogiendo vivencias testimoniales, o a través de imágenes y de un lenguaje encubierto que subrepticamente aluden a ella. Entre estos dos límites podemos reconocer algunos temas que se reiteran en varios autores. La nostalgia por un lado, constituye un núcleo evidente, y es común encontrar en los cuentos de esta generación del 80, un intento de reconstruir un tiempo que estaba marcado por una felicidad posible, relativa a veces, pero que permitía una proyección de futuro. La adolescencia, los primeros amores y el despertar sexual son aspectos que se tratan unas veces con humor, otras con contenida ternura, y en muchas otras, como una vía por la cual se empezó a comprender que la vida sufría un quiebre irreparable.

.. Otro espacio presente en los cuentos es el que recoge el acontecer social del país, adquiriendo estos la ya mencionada calidad de testimonios, ya sean referidos a los días mismos del Golpe, o a los hechos que en medio del temor y las sombras, ocurrían y ocurren aún en nuestra sociedad. El miedo, la incomunicación y la alienación manifestada de varias formas (drogas, sexo, consumismo, espectáculos frívolos, menoscabo de la creación intelectual) están presente en esta narrativa, que no dudamos es una forma de anticipar la verdad que en su momento será revelada irrefutablemente por la historia. Paralelo a esto, se encuentra la protesta frente a un mundo que para nuestra generación se fue desmoronando sistemáticamente. Frustraciones de estudiantes, cesantía, prostitución, descomposición familiar, el amor destruido —casi como un símbolo— y el descontento generalizado, son constantes en lo que se escribe.

.. Como lo señalaran algunos autores de nuestra generación en un artículo llamado "La nueva narrativa chilena y el itinerario de una ausencia", se puede resumir la breve historia de nuestra joven narrativa, "como la historia de la supervivencia y de la invención de un lenguaje: tarea que le fue impuesta por la historia, una historia de silencios y muertes que parece estar llegando a su fin, o al menos así parece en cada página, en cada cuento, en este nuevo lenguaje cómplice de la vida". Sin dudas, estas palabras hablan de un dolor presente en cada manifestación de nuestra generación, pero a pesar de él, es posible vislumbrar en ella un

profundo deseo de sobreponerse a este tiempo, y a partir de los mismos límites de la muerte, volver a reconstruir un mundo. Un mundo de vida y esperanza.

...Con esta antología, que como todas puede adolecer de limitaciones, creemos, junto con la Editorial Sinfronteras, estar contribuyendo a llenar el vacío que afecta a esta generación en materia de publicaciones y difusión. Para algunos de los autores, éste será su primer libro, para otros un paso más en sus esfuerzos por dar a conocer sus textos. Como siempre será el tiempo el más implacable crítico de estos cuentos, pero no dudamos que la mayoría de los escritores antologados son presencia renovadora hoy en día, y serán nombres presentes en el futuro de nuestra narrativa.

Santiago, 1986

Ramón Díaz Eterović
Diego Muñoz Valenzuela

CONTANDO EL CUENTO

ANTOLOGIA JOVEN NARRATIVA CHILENA

Sus trabajos han sido publicados en diferentes revistas y antologías.
Entre otras obras: "Resacas" (1970), "Somos Tercer" (1982),
"Carnice Talca" (1974), y "Ego Sum" (Cap. de Correo)
(1985). En 1983 publicó el libro "Miedo Transitorio. Hechos y
directoras de la literatura en situaciones literarias (Juegos, Gabriela Mistral,
de la Municipalidad de Santiago 1970; Premio Teófilo Zamora,
1979) y Primer Concurso Nacional de Periodismo, 1983) y de la
Instituto de Cultura y Arte, Santiago, 1980.

sinfronteras

PIA BARROS

Sus trabajos han sido publicados en diferentes revistas y antologías. Entre éstas últimas: "Nosotros (1976); "Somos Trece" (1981); "Cuentos Taller Soffia (1984); y "Ergo Sum. Caja de Cuentos" (1985). En 1986, publicó su libro: "Miedos Transitorios. Ha obtenido diferentes distinciones en concursos literarios (Juegos Gabriela Mistral de la Municipalidad de Santiago 1977; Premio Televisión Nacional, 1979; y Primer Concurso Comunal de Providencia, 1982) y dirige los Talleres de Cuentos "Kafka" y "Soffia". (Nac. Santiago, 1956).

ESTANVITO

A Estanvito se le juntan los dedos de los pies, mejor dicho se le pegan y cuando se saca las botas utiliza un cuchillo para despegarlos. Cuidadoso, separa el pulgar del índice y así sucesivamente, raspando los residuos blancos que a su vez se cuelgan al cuchillo que él limpia con la uña para después oler o lamérsela. Estanvito piensa que total es transpiración de su cuerpo, un poco sólida, pero suya, eso sí.

Se llama Estanvito porque en la única película que vio su madre había un actor de nombre Stan y una vez escuchó hablar del Baile de San Vito y aunque no tenía ninguna estampita, ella le rezó mucho porque anhelaba tener un hijo bailarín. El se enteró años más tarde de que era una enfermedad, pero, pensó, su madre murió tranquila sin saberlo.

Estanvito es un hombre grande, que cuando acaricia a los niños, se le pierden los rostros bajo las manazas.

Estanvito fue a la Básica y punto, y no pasó a mayores porque no pudo hacer el servicio militar.

Su trabajo consiste en cuidar del jardín y otras tareas menores. El esmero lo pone en las flores amarillas, porque el hombre dice que traen buena suerte y "Hoy tengo algo entre manos, así es que dame esa flor amarilla". Los otros colores no le preocupan, es por eso que las rosas blancas se han puesto algo opacas, pero ya lo va a remediar.

Los muchachos son buenos, aunque hagan bromas a veces. Todos sonrían, le dan palmotazos en la espalda y cuando algo sale mal, confían en él y Estanvito se lleva el problema atravesando la calle hasta el depósito. Siempre usa la carretilla grande y lo cubre de flores rojas, blancas y

de las otras; las amarillas no, las reserva para él y los muchachos, y algunas especiales y grandes para el hombre.

A Estanvito le dan las bolsas selladas y le gusta su trabajo y algunas veces los muchachos lo invitan a andar en las camionetas y se siente importante y va muy derecho, con los ojos fijos en la ciudad interminable. Una vez ayudó a subir un problema, pero le dio despacio en la nuca y se hizo el frágil y quedó en calidad de problema definitivo sobre el piso de la camioneta. Los muchachos se reían y también hicieron bromas, pero le ayudaron a cargar la carretilla.

Estanvito a veces escucha gritar a los problemas dentro de la casa, porque las bromas de los muchachos se ponen pesadas. Pero siempre es cuando se está haciendo tarde y él no puede quedarse porque tiene que ir a casa a preparar la comida. A él le gustan mucho los bistec con arroz y en la época del tomate, hace grandes fuentes para agregarle al bistec.

Estanvito va al parque los domingos y aunque no hay muchas flores amarillas, le gusta jugar con los niños, llevarlos sobre los hombros, y cuando está su colega, puede pedirle la carretilla y subir todos los niños que quepan y correr de un extremo a otro del parque con su carga risueña y alborotada. Los niños lo quieren mucho y le esperan sentados en el primer banco de la plaza tempranito cada domingo.

A él no le cansan los niños y esa carretilla no pesa nada, no como cuando lleva problemas, que le transpiran tanto los dedos de los pies y debe separarlos. Los despega con el cuchillo. A veces también le sudan las manos cuando las bolsas se rompen y algo escapa por los huecos abiertos, y él los cubre con macetas de flores.

Los niños lo aman. Son tan hermosas las flores.

Estanvito nunca fue bailarín, pero no se arrepiente.

Con la sonrisa abierta, cruza hasta el depósito. Luego va al parque con los niños.

Estanvito no pasó a mayores porque no pudo hacer el servicio militar.

LOS PASOS EN EL VIENTO

*"...a volver sobre mis pasos, a tratar de conocer lo que debería muy bien reconocer, a aprender una mínima parte de lo que he olvidado".
Nadja.*

ANDRE BRETON.

Y un día desapareció de casa llevándose en los zapatos el polvo del hogar. Besó a Elvira como todas las mañanas y levantó en vilo el cuerpo de cuatro años que gritaba ante el placer del miedo y hacía gorgoritos de gusto. Lucía era una niña feliz.

Desde entonces, Elvira se sentó sobre la tarde a esperar el regreso y a imaginar los lugares grabados en los ojos grises de Eduardo.

Las tardes se alivianaron, llegó el otoño con su lentitud segura, la casa ensombreció sus ventanas y ella se vestía de mutismo hasta la tarde, en que sacaba la mecedora al jardín y permitía a Lu arrodillarse junto a ella. Entonces hacía planes (invariablemente los mismos), "cuando llegue papá arreglaremos la verja (estaba desteñida y grisácea), te compraré el vestido celeste con volantes, e iremos los tres a la iglesia...".

La vida entera se transformó al rito de una espera polvorienta de regresos. Mecedora — tejido — mirar la reja — hablar de los ojos taciturnos de papá — cumplir diez años y vestirse de blanco muy tiesa, porque esta vez sí que llegará papá — noche — entrar la mecedora — subir en silencio — arropar a Lu en el cuarto de abajo — subir las escaleras — llorar en silencio — sentir rasgarse su cuerpo de desear al ausente.

Las ventanas ya perdían su lucha contra las enredaderas, se colgaban las ramas verdes dentro de la casa (ya no estaba el sillón de terciopelo, con él se pagó un año escolar de Lu). Algunas veces, Elvira tomaba las tijeras podadoras y cortaba una que otra intrusa, ya que, mal que mal, podrían

robarle su sitio de tanto crecer y Eduardo encontrarlas sólo a ellas cuando volviera.

Lu corría del colegio a la casa por si ya había llegado, pero mirar los ojos vacíos de presencias de mamá borraba su muda esperanza.

Poco a poco las palabras se les escaparon para adherirse a los muros y bastaba mirar las paredes para encontrar la frase nocturna de Elvira arropándola cada noche: "Volverá, yo sé que volverá...".

Ese día de julio Elvira pintó sus labios (el viejo rouge pasado de moda le prestó un aspecto barato a su rostro sin notarlo), puso una cinta en su pelo, arropó a Lu olvidando las palabras nocturnas y sigilosa se encaminó a la calle. Había cumplido treinta y dos años.

Regresó tarde, con un hombre alto y barrigón que emitía risitas estúpidas. "No hagas ruido, la niña puede despertar". Carcajadas ahogadas por la mano de Elvira en la boca húmeda. "Cuidado". Pero Lu estaba despierta y asustada. Su padre podía llegar en cualquier momento y Elvira estaba arriba con un extraño. Papá que sonreiría dulce diciendo "Me han esperado, sabía que lo harían...", la volvería a levantar en sus brazos fuertes mirando hacia su madre, viéndola inmaculada y anhelante, (pero estaba sucia del extraño), amándola aún más que a ella, que había estado esperándolo siempre, queriéndole siempre, soñándole siempre.

Caminó hacia la escalera despacio. A medida que subía, los gemidos ahogados y las risitas tontas herían sus oídos. "Papá, papá, otro escalón. "La niña va a despertar, cállate", se sentía mareada y el estómago se le contraía con cada uno de los fuertes latidos de sus sienes. Entreabrió la puerta y en la oscuridad distinguió el cuerpo desnudo de mamá con las piernas y brazos abiertos al extraño. Supo que mamá la había adivinado.

Tarde, muy tarde, cuando ya había vuelto a su cuarto y vomitado sin temores ante la certeza de la espera

mancillada, escuchó al extraño bajar sigiloso la escala y a su madre encomiándole a que no volviese y se olvidara de ella y al extraño pidiendo una próxima vez, mamá negándose, cerrando la puerta, subiendo nuevamente y quedarse más de una hora bajo el agua que no limpiaría las manos del extraño pegadas a su cuerpo.

Lu tenía once años muy viejos esa noche, muy gastados, muy tristes.

Se preparó sola el desayuno para ir a la escuela. Mamá estaba con los ojos aferrados al techo y las paredes, en busca de cualquier mirada que hubiese olvidado borrar, y que pudiera delatarla ante Lu o ante Eduardo cuando volviera.

Esa tarde no sacó la mecedora hasta la puerta, simplemente apoyó sus manos por sobre la ventana y las dejó romperse entre las espinas de la enredadera, espionando en la franja de la distancia el regreso de su hija, porque ahora temía el regreso de ese Eduardo de ojos grises y amables.

Lu venía por la acera despacio, con los pensamientos volcados en los pastelones de cemento.

Miró a su madre, dominadora del futuro: "Saca la mecedora. Hoy, como todos los días, esperaremos a papá". Elvira extrajo una voz gastada y triste de algún rincón de sus recuerdos para decir lenta: "Hija, creo que ya va siendo hora... Tal vez papá no vuelva nunca... tal vez esté...". ¡Cállate! Saca la mecedora y no olvides tu tejido. También, desde hoy, pondrás una silla para mí".

Elvira bajó la cabeza y dispuso las sillas para la espera.

Sentadas, espionándose entre sí, ambas tejieron hipótesis para calmar el temor que las igualaba.

Los días se sucedieron nuevamente, aunque nunca más como antes. A Elvira ya no se le encogía el corazón cuando alguna figura lograba perfilarse en el camino. A Lu no le brillaban los ojos. Ambas esperaban porque el rito era lo único que conocían para sobrellevar la tarde, porque no

había nada más en el tiempo que la huella de unos pasos marchándose.

Lu cumplió catorce años. "Felicidades, hija". "Está bien, mamá". No le gustaba su figura con aquellas formas que se esbozaban decididas, odiaba la idea de un extraño para aplacar la sed. "Lu... ¿tú sabes?". "No, mamá, no sé, no me lo digas". La voz aguda y dominante. Vestida de blanco, pero sin velos, Lu retiró su silla del jardín. Elvira salió a buscar la mecedora.

"¡Lu, es papá, ha vuelto!".

Ambas corrieron a arrojarse en los brazos del hombre con pelo y barba gris. (Era un viejo, no el joven y bello que Lu recordara).

"Mis pequeñas me esperaron", decía con voz cansada por el tiempo y los caminos. Elvira lloraba abrazada a su cuello. Lu también, pero sin calor, con la costumbre ensayada tácita, y entonces, cuando la calidez de ser una familia se hizo casi insoportable, Lu empezó a hablar... "Papá, sabes... el extraño... poseía a mamá... entrelazaba sus piernas a las de él... y el extraño decía... y mamá..." y los ojos horripilados de mamá y las manos de su padre que deshacían el abrazo sucio de Elvira y ella, que por fin se liberaba de años de tristeza, de amargura tragada a sorbos imposibles, y su madre nunca volvería a tener a papá de ojos grises, todo quedaba roto, por ella, por una noche de lluvia y risitas ahogadas, por demasiados días anhelando ocupar la mecedora y el sitio de mamá en la espera del hombre de pasos cansados, o la cabecera de la mesa que siempre tenía los cubiertos esperando por él... "Yo lo ví todo, papá, todo", y papá pasando una mano crispada por los cabellos escasos, mamá llorando sin impotencia, sabedora del lecho eternamente vacío. Y el juego acababa, porque papá se iba con los hombros caídos y mamá había lavado la culpa con las lágrimas por diez años reprimidas... Entonces Lu también se echó a llorar, por los años de odio contra el abandono, contra el que las había sumido en una espera

embriagada de tardes aromáticas y otoñales.

Lu, abrazándose a su madre, guardó la mecedora y se acostaron juntas para llorar la noche.

Cuando Lu regresó del colegio, mamá la estaba esperando, como todas las tardes, con la mecedora y la silla en el jardín, con ayer borrado de los ojos...

"No te preocupes, hija, volverá... Si no lo reconoces, han pasado tantos años, yo te ayudaré... Ven conmigo a esperar a papá tan alto, tan fuerte, con el pelo negro y los ojos grises, como un día de lluvia...". Lu se sentó entre los cuadernos para hacer las tareas del día. "Cuando vuelva papá, pintaremos la reja de blanco y cortaremos las ramas de la enredadera... Cuando papá vuelva...".

Lu levantó la mirada hasta el rostro límpido y suave de mamá. Dos lágrimas se le escurrían al admirar esa piel tersa y el asomo de canas en los costados. Todo estaba bien. Por fin todo estaba bien y ella y mamá esperando, como siempre, unidas por la espera de unos pasos en el viento. Ellas dos, nadie más, las dos, como debía ser, como siempre había sido.

Y esperaron en el tiempo los pasos del hombre (por fin la certeza) que jamás volvería. Su espera de silencio y desgano. Su propia y profunda espera.

JORGE CALVO

Ha participado en diversos talleres literarios. Está incluido en las antologías: "Cuentos Chilenos Contemporáneos" (1981); "Encuentro. Narradores Chilenos de hoy" (1984); "Antología del Cuento Chileno" de Enrique Lafourcade (1985) y "Nuevos Cuentistas Chilenos" de Martín Cerda (1985). En 1985, publicó su primer volumen de cuentos: "No queda tiempo". Sus textos han sido destacados en concursos tales como: Concurso de la Caja de Compensación Javiera Carrera, años 1980 y 1983; y en los Juegos Literarios Gabriela Mistral, 1983. (Nac. Santiago, 1952).

SE ACABARON LOS CIGARRILLOS

Con el calor del mediodía y el estómago vacío se deja caer sobre el catre. Tendido de manera transversal, permanece como el agua inmóvil de un estanque, mientras consume cigarrillos que uno a uno acumulan su ceniza en el tiesto del velador. Es un estar quieto mirando el alto rectángulo del techo; manta de color ambiguo, muebles de madera o metal, largos muros invadidos por una humedad de sombras inquietantes en el preciso minuto en que la descubre bajo el junquillo, cerca del vértice entre las dos paredes, diminuta estructura café, moviéndose ágil sobre el estuco, bordeando la orilla donde el muro encaja una profunda rasgadura, para luego detenerse frente a la mancha púrpura y amenazar un retroceso. Aspira, retira el cigarrillo de los labios y puede verla al otro lado de la columna de humo rodear la mancha, atenta y calculadora, para luego reiniciar el descenso en dirección a la cabecera de metal, explorada de cuerpo largo y patas finas. El cigarrillo quema los dedos; incorporándose a medias sobre el catre lo deposita en el tiesto del velador repleto de colillas; a continuación, con calma, aproxima la mirada a través de los barrotes de la cabecera, al viaje de la hormiga en ruta elíptica cuando el óvalo del pulgar la oprime contra el muro, silencio, ojos color papel.

Sentado al borde de la cama observa la silla de mimbre con la enagua que cuelga. Al otro extremo, cocinilla a gas empotrada en la penumbra del rincón en una perspectiva de estante enorme y desvencijado; en su extremo más próximo: CALENDARIO "Tejidos La Montaña" Diciembre 1976. Incorporándose, hasta quedar de perfil a la ventana y al cálido sopor que se filtra por los postigos entreabiertos.

La tarde es un desierto que flota entre periódicos amarillos y antiguas revistas de amor, es el calor que gota a gota cae por la espalda empapando la camisa en una aureola de sudor. Ahora, asomado al balcón, manos callosas y como a la deriva, observa el vacío, el lejano rumor de la ciudad, mientras allá en el fondo, sobre un telón celeste, el círculo rojo se sumerge en un horizonte de colinas y edificios. De regreso a la habitación se deja llevar hasta el mueble radioreceptor situado entre el estante y la ventana, gira la perilla; silencio, música con restos de tango que termina, silencio. Voz de locutor: Noticias en breve. Desde la Iglesia cercana se dejan oír siete campanadas. En la radio un sonido de aguas golpeando rocas o cadenas, silencio, estática:

"Durante cinco horas ha sesionado el Gabinete de Ministros en el edificio sede de Gobierno buscando una solución a la crisis económica".

33,9 grados de temperatura alcanzó el termómetro en el centro de la capital.

Continúa intensa búsqueda de cuarenta personas desaparecidas en el mar..."

Desconecta el receptor, durante un rato la mirada vaga entre los objetos sin verlos, como un gato que bosteza tendido en la soledad de la terraza. Sentándose al borde de la cama, los codos sobre las rodillas y un repentino quedar absorto mirando los zapatos. Lento, los desata, y delicadamente los retira de los pies, luego, como en una ceremonia, coge el derecho y lo protege entre las ásperas manos, mirada atenta y ceño ligeramente fruncido cuando el dedo índice calloso y estirado atraviesa limpiamente el orificio de la suela, un leve movimiento de cabeza mientras contempla el conjunto y al fin lo deposita con el cuidado de un orfebre al lado del otro. De la cajetilla de Hilton en el velador extrae un nuevo cigarrillo, lo enciende y se va

dejando caer de espaldas con la vista fija en la oscura zona de la puerta.

La noche desciende con su arquitectura profunda y seca, oscura, al abrirse la puerta y dibujarse en el umbral un cuerpo de mujer. Al instante, una pequeña ampolleta ilumina desde el techo débilmente la escena, se repite de distinta posición el mismo desfile de artefactos vencidos: muebles de metal, estructuras de madera o de mimbre; desnudos y opacos frente a la pequeña cabeza de cuarenta bujías. Todavía joven, cabellera larga de intenso castaño como paréntesis del prematuro cansancio de la cara, ingresa cerrando con suavidad, la mirada color de té o de autobús camino de la cama el bolso rueda sobre la mesa y parece explicar algo cuando dice:

—Hola—. Apenas un susurro o una pesada piedra moviéndose en el fondo del Mapocho.

Observa al hombre en la cama y luego el entorno; sin fe, como un condenado que repasa sus culpas, mueve las manos, los hombros se aflojan agotados, a continuación camina por allí, mira algo en el estante, se detiene a olfatear un plato vacío, arruga la nariz, murmura, vuelve a la cama, es joven de piernas, al sentarse en el borde, junto a la cintura del hombre, piel blanca, falda de cotelé color terracota, párpados celestes o morados, inicia el lánguido desabotonar de la blusa blanca con florcitas azules, dice: —A lo mejor me despiden—. Es el mismo sonido lerdo de la boca. Los pies se descalzan el uno al otro, tobillos delgados, piernas duras como manzanas. La mano callosa del hombre permanece aprisionada bajo la nalga.

—Viejo sucio—. La mano gira despacio, pegándose, apretando. Ella, alzándose descalza para correr el cierre y permitir la caída de la falda, al inclinarse el pelo se desliza sobre la cara. Estómago firme y delgado, calzones negros. —Tuve que bajar a la bodega por más lana que faltó para el tejido y... —Las manos enrollando la media a lo largo de la pierna. —De pronto descubro al viejo. Yo estaba en

cuclillas, el delantal abierto, y él, mirando... mirándome—. Mientras dobla la media. La mano callosa asciende por la pierna hasta la rodilla, la circunda, continúa, callosa, hacia la suavidad de los muslos. Le digo: —Permiso, Don Juan, y cuando voy a pasar desliza su mano por acá—. Tocándose la nalga derecha por encima del calzón y de la mano que luego sube por el estómago pegándose a la piel, buscando el sostén para cogerlo y de en medio de los senos atraer a la muchacha, doblándola, que semidesnuda se encoge para atrás, intentando retirarse al tiempo que dice: —Me coge entre su pecho y la pared, sin dejar de tocarme dice cosas, M'hijita, viejo descarado.

(M'hijita; sesenta y cinco, setenta años; alto, demacrado, huesudo y experto. —Podríamos salir juntos, ir a comer, a bailar. Circunspecto, de camisa blanca, corbata azul, manos con talco, venosas, deslizándose por la espalda desnuda bajo el delantal, tocando, apretando, sobre las nalgas, voz suave presionándola con el cuerpo, mientras la voz viaja por el pelo buscando la mejilla, deshaciéndose. —¿Hasta cuándo me haces esperar, chiquilla? —Excitándose, boca entreabierta, con voz de animal acezante. Ella, paralizada... Sin palabras, faltándole el aire, empujándolo, corriendo. —Viejo e'mierda—. Escaleras arriba. El: —Conmigo no, chiquilla... Conmigo no).

Es un tentáculo poderoso el que la tira por el sostén. Intenta resistir, pero ya está encima de la cama y del hombre, en vano murmura: —Puchas... —Pero es inevitable que los labios se rocen al decir. —Me daba no sé qué contártelo, pensé que...— Pasándole la mano por la espalda, atrayéndola a un círculo de fuerza y con un golpe de rodillas obligarla a quedar derecha, entonces girar sobre el lecho manteniéndola apretada, y de este modo iniciar el forcejeo de la montura. Ella, juntando las piernas, las manos empuñadas en el pecho para empujar, alzando una rodilla, haciendo más difícil lo inevitable. —No tengo por qué aguantarle tanto a ese viejo, el patrón será, pero yo...

—Un golpe en el costado la obliga a estirarse, asoma una lágrima, mientras la mano sube desde atrás fijándola por los cabellos y el peso del cuerpo la obliga a ceder mientras la boca muerde su boca, impregnándola de tabaco y todo se erecta para penetrarla. Ella se va dejando vencer al tiempo que inicia un abrazo, en extraño forcejeo para acomodar los muslos y dar paso a las contorsiones con sus sonidos de metal y sus quejidos de catre.

La camisa abierta sobre el pecho, apoyando la espalda en los barrotes de la cama mientras pone el fósforo en el extremo del cigarrillo. A su lado, boca abajo, desnuda y blanda al mirarse el hombro, la muchacha dice —¿Y si me despide? Tú no sabes lo que le grité al viejo ese... Después, cuando se lo conté a la Mary, que se acuesta hace tiempo con el viejo, dijo: siempre es así..., con todas hace lo mismo y casi nunca le falla...— Rascándose la espalda, voz exangue. El la observa unos segundos y gira, dejando caer los pies de la cama va quedando sentado frente a los zapatos y al desorden de ropas en el suelo, el cigarrillo cuelga de los labios en actitud de estatua abandonada en un desván, antes de introducirse al ritual de escoger un zapato y examinarlo con gestos graves y cuidado maternal, mientras el dedo índice tosco y derecho penetra el agujero de la suela y la cabeza oscila lentamente ante esa presencia inoportuna, hasta que decide ponérselos, atándolos con firmeza. Erguido, se aproxima al hueco de la ventana y con mirada de sonámbulo escruta el negro andamiaje de la ciudad; estructuras diseminadas en extraño itinerario, centenares de ojos rectangulares se iluminan sobre las texturas de cemento escondiendo en su interior el movimiento de otros seres. Las nueve y media, las diez; lejano roncar de bocinas y de motores, bullicio de voces que discuten en algún lugar mientras el calor prepara su repliegue.

En el interior, ella lucha blandamente con las ropas de la cama. Una ráfaga de viento desprende el último trozo de

ceniza que rueda por la camisa, camina junto al estante, la cajetilla está vacía, introduce la mano en el bolsillo del pantalón y oprime las dos monedas. Da la vuelta en torno de la mesa, los dedos recorren las páginas amarillas de los periódicos, las revistas de amor, el plato vacío, y de pronto queda parado frente al espejo de la pared, allí están: la ampolleta amarilla que cuelga del techo, y más atrás el cuerpo desnudo de la muchacha sentada en la cama que se mira los pezones y dice... —Podría reemplazarme fácilmente... A pesar de que soy la única que entiende el telar automático, pero con un aviso en el diario le harán cola... —Y finalmente, reflejados: su propio rostro, ojos que lo miran a los ojos, como una trampa en el centro del enorme óvalo del espejo, parecido al pulgar de un gigante; mueve la cabeza y continúa su camino. Ella dice: —Ojalá no me despida —Luego, mirando al hombre al otro lado de la habitación: —¿Y cómo te fue en el dato de la mañana? —El se afirma en la perilla de la puerta. Ella: —Pero, ¿a dónde vas? El: —A comprar cigarrillos—. Y se apresura a salir cerrando despacio tras de sí.

Ahora que el espectáculo llega a su fin, me doy cuenta que no tengo razones para inquietarme, y no lo digo por la criatura. Desde el comienzo la idea nos tuvo hilando babas, era de película, al menos eso pensé, ya que cada uno podría efectuar lo que siempre había deseado. El proyecto lo teníamos en la incubadora desde los años del Pedagógico, pero solo agarró cuerpo y se puso a respirar la tarde en que Andrés y el que escribe, aburridos de vagar, nos dejamos caer a uno de los bares cercanos a la Plaza y desde una mesa una mano blanca agitó el aire, llamándonos. Se trataba nada menos que de Claudia, la niña desnutrida del recuerdo había cedido lugar a una mujer a la que solo con mirar daban ganas de seguirla a Chiloé y naufragar en el líquido oscuro de sus ojos. Luego de los abrazos se lanzó a contar las peripecias del aterrizaje, una beca le permitía regresar y tenía unas ganas así tan grandes de reunirse con nosotros; la yunta maldita. La cerveza y el humo de los cigarrillos nos empujaron a los dominios del pasado, mientras afuera la noche transitaba la ciudad. Ahí se tomó la decisión; arrendar un departamento y meternos los tres a vivir en él. Después de examinar el asunto con más interés que si planificáramos un atentado, se le dio la aprobación. Eso sí, estipulamos claramente que se trataba de un juego, una simple mentira, y ante cualquier dificultad, siempre se podría abandonar.

No teníamos dónde perder.

A la semana Claudia alquiló un sucucho en el primer piso de un edificio situado frente al cerro, con muchas oficinas y un ajeteo que empalmaba de maravillas con nuestras intenciones. Entonces Andrés trajo a la criatura, un

especimen bastante peculiar, de verdad extraño, acurrucado en el interior de la caja parecía aún más pequeño, casi no tenía pelos, lo embargaba un color rosado y le costaba respirar. Se lo regalaron unos amigos que aburridos de limpiar jaulas repletas lo iban a lanzar a un canal. Andrés en un arranque pidió que se lo dieran, les contó que vivía con nosotros, y que además éramos excelentes personas y nada nos gustaría tanto como criarlo y enseñarle la metafísica del comportamiento. Asimismo lo dijo y después lo repetía sin parar de sonreír. Se le buscó un lugar para que durmiera, alguien propuso la cocina, o los cajones del closet, incluso se mencionó el patio de luz interior, pero sus características exigían de un ambiente húmedo y entre caricias y arrumacos lo pusimos en el baño. Siempre se le veía contento a pesar de su forma absurda. En pocos días nos adaptamos a su presencia.

La mayoría de las veces y sólo porque nos da la gana salimos a recorrer otras calles, a desenterrar los misterios del andamiaje nocturno, profanando con especial cuidado las criptas que se consideran sagradas, nada más para constatar que se trata de islas vacías, peldaños que desembocan a un territorio de nadie, donde otras bestias dejaron sus huellas, hasta tocar con la punta de los dedos la piel que nos pusieron. Se alzan hipótesis y cuando cojea el conocimiento y se larga a tartamudear la cafetera de la razón, muy rápido, con maniobras de tatur y recursos que se confunden con los de un alquimista, le pegamos vuelta y media al lenguaje y nos adentramos en lo desconocido, en la aventura de instalar una trampa, un cebo o una red y atrapar todo lo que se dice, y también algo mucho más importante, lo que se omite. Y de este modo *A semejanza de otras noches* | *A semejanza de otros ritos* | *Inventamos la felicidad*, de golpe las envolturas suenan como cascarones vacíos, la risa viene a despercudir la modorra, y nos pone a cantar viejas canciones de nostalgias y desencuentros, con muertos que alumbran los caminos y calles en las que

parece que ha llovido y *no te apartes, junto al camino nunca digas no puedo más y aquí me quedo*, en el sueño que nos abofetea y nos tumba y nos duerme. A veces, como anoche, nos quedamos escribiendo cartas y llenando sobres, cosas inevitables cuando uno se ha propuesto joder. O jugamos al pillarse, a la gallinita ciega, al velo de la monja, y si nos da hambre se deja caer al agua hirviendo un atado de tallarines, que junto al queso parmesano y la botella de tinto, constituyen el mejor tratado sobre el delirio. A las dos de la mañana se fue la luz y nos pusimos a contar sueños, cosas que imaginamos, incluyendo la educación de la criatura, no existen pautas, se camina libremente al borde del abismo, y las cosas nacen de ese pacto, de ese acuerdo entre los tres, como el dejar las ventanas abiertas cuando llueve para respirar el aire limpio, sin dolor, ni compromiso, ni riesgo. Alimentarse de lo que haya a mano, todo viraje es necesario, se permite cualquier substancia que la criatura pueda digerir.

Por las mañanas me asomo a la ventana para verlos alejarse. Andrés tiene suerte con las mujeres; les sonríe, mueve los ojos, hace musarañas. Las acosa en la calle, sin dejar de hablar, desaparece y las intercepta de nuevo una cuadra más adelante, les pregunta direcciones, se hace el extranjero; miente, gesticula, se enfurece, al fin acepta su derrota, sonríe, baja la cabeza, se reconoce vil, de lo peor, y humildemente solicita un beso inofensivo, o de golpe lo roba en un contraataque fulminante. Termina tirándoselas, a todas las quiere, son hermosas y lo están esperando, a todas las convence, incluyendo a las más serias y responsables, esas que parecen estar acuarteladas o listas para el noviciado, esas que son capaces de morder si uno las mira a la cara, Andrés de todos modos les busca y les busca hasta que el día menos pensado las tiene entre las sábanas y ya, se tranquiliza y no vuelve a darles importancia. Con Claudia no podía suceder de otra manera. Se van juntos, a trabajar; Andrés confecciona nebulosas

encuestas para una empresa que determina preferencias de consumo; color, sabor y forma que las personas prefieren para producir de acuerdo a las demandas del mercado. Claudia está becada por uno de esos organismos internacionales que nunca se sabe que hacen con la información que acumulan; Antropología del Absurdo, Sociología de la Sordera, vías de acceso a una Realidad Inaccesible, y Tendencias Indígenas como se titula el último trabajo que realizó en alguna parte del Caribe. Pero aquí, ninguno de los dos hace lo que aparenta y de este modo resulta posible encontrarlos a media mañana comiendo mariscos en el Mercado Central, o de incursión al Puerto, en busca de un sitio donde haya tango, ninguno de los dos sabe bailar, pero cuando se les mete la idea no hay modo, y no paran hasta encontrar un lugar, de verdad bueno, con orquesta típica y pista de baile, después vagan por la arena o se meten a un hotel. De este modo se consume el tiempo. La criatura crece poco a poco, y cuando menos lo pensemos tratará de asomarse a la ventana, entonces vendrá lo bueno.

Lo que es yo, soy un holgazán, hago estrictamente lo mío; recorrer librerías de viejo, beber té o vino y cada tanto vagar por las calles de la ciudad; los antiguos barrios con sus muros de adobe, árboles de raíces que destruyen las baldosas y altos balcones tallados en madera; remotos vigías que proyectan su sombra a las calles del verano. Regreso por el lado del río, almuerzo y me tiendo a esperarlos, a veces con la sensación de que me observan, veo una silueta que proyecta su sombra desde la ventana, me incorporo y no está, se ha ido. Llegan ellos, riendo y después de la ducha o la música nos largamos. Primero al correo, a despachar los sobres confeccionados durante la noche, y luego al cine, o cualquier sitio donde se pueda sabía, eficaz, astutamente sabotear el tiempo, a veces tendidos en el Parque, mirando agonizar el tráfico en las proximidades del crepúsculo. Estamos conformes, de algún modo todo eso de nuestro, un modo como tantos es

engañar el paso de las horas y doblarle la mano al inexorable avanzar de los segundos.

Se podría pensar que de cierta manera esto también es una rutina, por eso que cada vez que sucede algo de importancia lo anoto en mis papeles. Una noche que Andrés y yo regresamos más tarde de lo usual —nos entretuvimos con un vagabundo sentados a la entrada de un portal y bebiendo de una botella que corría de boca en boca— encontramos a Claudia acostada con un desconocido; después ella contó que ese mismo día lo había visto parado en una esquina, le gustó, se acercó, y le habló. Sin duda el hombre la interpretó mal porque le dijo —No tengo plata— Ella se encargó de explicarle que no importaba, no era necesario, le habían entrado ganas de solo observar el modo de mover las manos y la manera de tenerse en pie, el dinero no interesaba ya que ella vivía cerca. Nos contó que una vez en la cama, el tipo le decía que no lograba entenderla, nunca antes le había ocurrido algo parecido, y necesariamente a ella algo le funcionaba mal, o era ninfómana, o una de esas locas que se meten con el primero que pasa nada más para ver qué se siente, incluso..., pero ella entendió que darle explicaciones sería inútil, entonces lo llevó al baño y le mostró a la criatura, en esa parte llegamos nosotros. El hombre se asustó, dijo que ahora entendía, ella trataba de tranquilizarlo, pero él alegaba que éramos una banda de ladrones y ella servía de carnada, que le íbamos a robar, a matar y quién sabe cuantas otras barbaridades, y ella, que no, que no fuera bruto, si quería irse nadie se lo iba a impedir. Pero aún con la puerta abierta se demoró en cruzar el living, permaneció largo rato encerrado, pediría ayuda por la ventana, exigía que abandonáramos el departamento y esperáramos en la calle. Le dijimos que nadie nos movía de los sillones ya que, el lugar era nuestro y nos estaba aburriendo tanta macana, mejor emprendía vuelo, o se quedaba a cenar, pero en ese caso que saltara con algo para el vino, de otro modo, francamente, no se podía. En ese momento arrancó a medio vestir.

Andrés cambió de trabajo, para dedicarse a lo que siempre le ha gustado: El Teatro. Viene con sus amigos a cualquier hora y siempre parecen estar actuando. En ocasiones yo invito a alguna muchacha a mi dormitorio, hacemos lo nuestro de un modo natural, ella abajo y yo arriba, o al revés, pero sin mucho escándalo, ni gemidos que inquieten a los vecinos, luego se marcha, pero antes le da una miradita a la criatura que está más crecida y bastante mañosa, la encuentra muy interesante; que cosa rara, no... Se pega un escalofrío y ya no regresa nunca más. En todo caso no existe el riesgo de que se presenten graves problemas ya que cualquier cosa que suceda contribuye a la entretención. Sin embargo, había comenzado la trizadura y nos demoramos varios meses en darnos cuenta. Cuando Andrés comentó al pasar que las sábanas estaban sucias, y eso no podía ser; alguien debía preocuparse de enviarlas a la lavandería, se trataba, sin duda, de una cuestión legítima y verdadera. Aprovechamos los últimos días de calor visitando parques y permaneciendo hasta muy entrada la noche en las calles, viendo cómo se diluía el ajetreo de la ciudad en las vitrinas de los almacenes. Se anunciaba el otoño y las primeras lluvias de abril. Una mañana al desayuno Claudia reclamó por las dificultades para comprar pan. Decidimos establecer un orden, una combinación de turnos a la panadería durante la tarde, cosa que al levantarse el trabajo se redujera únicamente a rebanar el pan y ponerlo en el tostador. Era una buena idea y la recibimos con aplausos. Se anotaron nombres y días y cada cual se apresuró a cumplir con su turno. Las cosas mejoraban. La criatura pronto cumpliría ocho meses, sin haber contraído enfermedades, sólo unos pequeños resfríos que apenas duraban un par de horas. La lluvia trajo nuevas distracciones, caminar bajo el agua y limpiarse el ánimo a voluntad. Pero la crisis nos estaba esperando la mañana en que faltó el pan. Le tocaba turno a Claudia y por única respuesta dijo —Disculpen, me olvidé...

En el departamento flotó algo rancio, parecido al olor que desprendía la criatura al enfermarse. Pensamos que allí terminaba el asunto. Por la tarde Andrés nos trajo la noticia de que no podía aportar ni un peso para el fondo común del mes, balbuceó unas palabras que nadie pudo entender, pero en concreto significaban reducir a la mitad nuestros ingresos, y si consideramos que yo no trabajaba es fácil calcular que las cosas se pondrían difíciles. Con Claudia le dijimos que no se preocupara, nos arreglaríamos, de seguro algo ocurriría. Andrés remachó que el problema iba en serio y duraría un buen rato. Para no andar amargándonos la sangre decidimos ir a un café, un viento sucio barría las cunetas y las personas se apuraban a subir a los buses, pero estábamos contentos, beberíamos algo caliente y conversaríamos y con la risa olvidaríamos lo que estaba sucediendo, y con suerte el impulso duraría hasta que regresáramos a casa, tan cansados y con tanto sueño que cada cual se tumbaría donde primero encontrara y se dormiría a pierna suelta como un bebé.

En junio el clima se cargó de hostilidad. La radio anunciaba temporales a cada rato, y el invierno instaló sus pájaros negros en el cielo. La criatura de pronto se enfermó y nadie disponía de tiempo para cuidarla, era una odisea conseguirle los remedios, que se negaba a ingerir y los rechazaba en medio de angustiantes vómitos verdes y amarillentos. Le conseguimos un lugar especializado en ese tipo de enfermedad y la fuimos a dejar una tarde plomiza de aguaceros. Un hombre la vio, se mostró extrañado, dijo que no era usual, eso fue todo. Luego de echarle una mirada y pasearle un fonendoscopio por el pecho agregó que tal vez la habíamos llevado tarde, harían lo posible, pero no podía asegurar. Si teníamos dinero se podría conseguir un especialista, y si no lo teníamos... Movié la cabeza. Le dimos una mirada a la criatura encima de la camilla y salimos de allí.

Andrés estuvo muy ocupado, raras veces aparecía en el departamento. Claudia asistía a unas oscuras sesiones de terapia colectiva, y yo me dediqué a lo que mejor me resulta,

llevar anotaciones en mis papeles y deambular por las librerías de viejo, buscando una novela especial, quizá para refugiarme del tedio interminable del invierno. Los días comenzaron a pasar igual que los durmientes en la línea del ferrocarril. Cierta vez que estaba sólo, tendido en la cama, tuve la certeza de que alguien me espiaba por la ventana, no moví un dedo, para dejarlo que se hartara de mirarme y comprobara que yo apenas era uno más, echado, durmiendo. Dejé pasar una hora y di la vuelta. En la penumbra de la ventana, las luces de los letreros de neón, dibujaban el bulto de una cabeza en el vértice inferior. Quise hacerle una señal, desistí, me sentía sumamente cansado, antes de regresar al sueño, pude ver esa sombra que retrocedía y se alejaba, errante, hacia la noche.

No cabe duda, el terreno comienza a ceder y sólo es cuestión de esperar para que se hunda definitivamente. Andrés dijo que no podría ir a visitar a la criatura; tenía que marcharse, urgente, no sabía cuando iba a regresar, y que mejor no lo esperáramos porque tal vez nunca más... Me lo contó a pedazos, cuando peleamos. Le di varios golpes para obligarlos a decir la verdad, sin agregar muchos detalles confesó que a sus amigos los habían agarrado y ninguno aparecía, temía por ellos, y también temía por él mismo, debía partir, de inmediato, a la costa o al sur. Si así era la cosa le dije que estaba bien y que se podía ir a la misma mierda si quería. Cerró despacio y no lo vi más. Tiempo después Claudia quiso saber de él, le dije en términos ambiguos que el grupo de teatro de Andrés había recibido una proposición irrechazable, una gira, le conté que Andrés había venido por su ropa, le había dejado saludos y besos, había dicho que no nos preocupáramos que pronto escribiría y mandaría postales de Sao Paulo o Buenos Aires, y ya está, eso era todo. Claudia respondió que mejor así, nos quedaba dinero disponible para nuestras cosas, lo fuimos a celebrar al cine con una de Bergmann que justo estrenaban esa semana. Un telegrama de la clínica nos informó que ya tampoco había que preocuparse más por la criatura. Muchas cosas se nos vinieron encima. En

invierno estaba por terminar, pero de todos modos nos lanzó una tormenta que nos obligó a permanecer encerrados todo un fin de semana. Claudia cambió de trabajo, la beca terminó. En cuanto a mí, uno de los viejos prometió conseguirme una verdadera reliquia, la novela, de esas que ya no se escriben, me puse más feliz que un vagabundo al que invitan a comer. Septiembre y la primavera andaban cerca, y resultaba agradable quedarse por las tardes con la ventana abierta y sentir la brisa tibia en nuestros cuerpos desnudos. Una de aquellas tardes leímos en el periódico que Andrés había muerto, y que además no se llamaba Andrés ni nada por el estilo, una fotografía mostraba su cara aplastada contra la cuneta y un chaquetón botado más atrás. No hubo tiempo para recordar que una vez nos habíamos convocado para iniciar una mentira. Teníamos un héroe, quizá era horrible, pero resultaba entretenido. Y digo que no hablamos de ello porque entre otras virtudes Claudia tiene pésima memoria, eso la hace aún más adorable. Por otro lado, yo consideré que todo estaba listo, y me las arreglé para hacer que ella olvidara, empujándola hacia otras actividades, hablándole de mi libro, realmente bueno, y diciéndole, en fin, que pronto se lo prestaría y además, que diciembre sería una excelente fecha, y como estábamos crecilitos para continuar con este juego, lo mejor sería que de una vez por todas contrajéramos matrimonio.

GREGORY COHEN

Ha incursionado en distintos quehaceres creativos, siendo reconocido como actor teatral y autor además de obras, como: "El lance" (1978); "Lili, yo te quiero" (1980); "Adivina la comedia" (1981) y "Estación Los Héroe" (1982). Como poeta fue incluido en "Entre el Cielo y el Arcoiris. Antología de la Joven Poesía Chilena" de Soledad Bianchi. Sus cuentos han sido publicados en diferentes revistas chilenas y del extranjero. En 1979 fue premiado en el concurso "Palabras para el hombre" de la Agrupación Cultural Universitaria. En 1985 obtuvo Mención Honrosa en el Concurso Chile-Francia. (Nac. Santiago, 1953).

LA HIPERBOLE DEL CUYE

A pesar del reflejo lo miró de nuevo. De reojo sí, pero de nuevo. Lo hizo para orientarse y disponer mejor los preparativos. Así pensó que como a las nueve bebería los primeros sorbos de la leche lista unas horas antes. También pensó en la leche. La pensó vetuada.

A las cinco, la mujer sola en un segundo piso del centro de la ciudad, decidió, en parte por lo lloroso del ojo izquierdo, retirar el reloj despertador (con su reflejo respectivo) que se disponía en posición de hembra sobre la tarima del living. Aprovechando el momento siguiente al primero, concordó en comprimir sus piernas con tal fuerza como si se dispusiera a romper una nuez colocada en la zona de los genitales y, en acto de presencia suprema, gritar con toda el alma el nombre de un varón. Problemas personales, de seguro...

Una vez que hubo descansado los músculos de sus piernas, se toqueteó, nerviosa, y con afanes de mal propósito, el lóbulo de la oreja izquierda. Para dicha empresa, quiso escoger el índice y el dedo medio de la manito derecha. NO ERA LO MAS RECOMENDABLE, CONSIDERANDO SU PROBLEMA DE COORDINACION. Cada uno con su tema. Bueno. Después de media hora formando el callo en tan difícil zona, desvió, acentuando su estrabismo, el ojo derecho hacia la desmedida uña nacarada que emergía del meñique también derecho, mientras el izquierdo andaba recorriendo en espíritu de franca aventura el talle aterciopelado de las migas de un pan fresco. Acto seguido, y respetando la consecutividad como la clave lógica del Orden de este Mundo, desplazó su ruidoso cuello hacia adelante en busca de algún doméstico incidente. Alaba-

do sea Dios. El mismo. El increíble encuentro estaría a punto de realizarse (por lo menos estaban echadas las bases). En efecto: un discontinuo, pero famoso dedo meñique, se acercaba cubierto, en la parte de la uña, con un barniz concho de vino que en absoluto no tenía que ver con el borde azul eléctrico del reloj antedicho. En todo caso, esto era vox populi. Bueno. En el marco del emocionante encuentro, una lengua ajena a la situación, emergió así pájaro de reloj cucú y, en un gesto amable, se puso a lamer la pasta concho de vino de E.H. mostrando para ello un movimiento voluptuoso y en cada segundo inesperado. Por algo, el sentido del gusto cupo en su estructura. La lengua, digo.

Dejando pasar algunos minutos al desarrollo de los acontecimientos, la misteriosa protagonista se entregó a un paciente pestañeo haciendo desprender con ello, fuera de sus pestañas postizas, su desaprobación con respecto a las miradas libidinosas y sistemáticas que le dirigía un parroquiano desde un rinconcito de un cuadro de Bruggel el Viejo. Un sentimiento de enojo se apoderaba, otra vez más, de la mujer. En forma de estoque el enojo. Aspirando el vapor procedente de la infusión de hierbas —acto paralelo que tenía lugar en el departamento de al lado—, la aguda protagonista acarició la funda de cuero que llevaba a la altura del portaligas y extrayendo de ella un corvo de confusa trayectoria, arremetió contra el relieve del parroquiano, el cual, con mucha consecuencia y obstinación, mantuvo la misma postura hasta que de él, no hubo quedado nada. Y ésto no es invento. Ya discutiría ella con Bosch la presencia desagradable de un personaje de esa clase y con tales intenciones en uno de sus cuadros. En el segundo justo en que el corvo retornaba a su posición de origen, o de reposo, la mujer recordó por un infinitésimo de tiempo sus verdaderas intenciones: rozando las empuñaduras de su instrumento, como despidiéndose, decidió, de hecho, comenzar ya con la serie.

A las siete de la tarde, la metódica protagonista, se sentaba con las piernas abiertas en un ángulo cercano a los cien grados, arremangándose la túnica hasta alcanzar la altura del ombligo, para luego relajarse y así proceder con la acción más audaz. El ambiente era de conformación más bien ambigua, por lo que un análisis más exhaustivo se volvería engorroso y rayano en lo confuso. A excepción del cuye.

A las siete y cinco, la relajada protagonista cerró sus puños y acto seguido los abrió.

¡Bien por la protagonista!

Segundos después, seguía repitiendo la operación hasta hacerla cada vez más rápida y por ende más perfecta. Una vez que hubo adquirido las firmas y la agilidad necesarias en ello, respiró hondamente tratando de no desestabilizar el equilibrio ecológico del departamento (incluyendo la jaula del cuye), y entró a comprimir de nuevo sus piernas con el único objeto de llevarse las manos al nivel de las caderas, coger los calzones con energía y deslizarlos por las piernas hasta dejarlos descansar en los tobillos. Alrededor de quince segundos estuvieron éstos captando el calor de aquéllos. Luego, los calzones llegaron volando, impulsados por el pie derecho, a un canastillo de claveles secos, distante dos metros de la jaula de cuye. Sí. Dos metros.

Todo bien.

En cuanto al cuye. El puntiagudo cuye se escondía sumergido en un montón de papeles, devorando con ruidoso deglutir un volumen de Geopolítica alusivo a un tema de moda cuyo tratamiento sobrepasa los propósitos de esta intervención, por lo que se evitará entrar más detalladamente en él; al lado izquierdo del cuye, y yaciendo sobre la cubierta de un sótono apenas visible, un texto de Spengler en edición manuscrita (¿Por él mismo?), aguardaba amarillo y quebradizo. Todo esto, nada achacable al cuye por supuesto.

Observando nuevamente el reflejo de la luz desperdigán-

Jose en el borde azul eléctrico del reloj, la decidida protagonista comenzó a hurgar en el vértice peludo del ángulo de sus piernas. Luego del tímido prolegómeno, las manos se pusieron ellas mismas a la obra, es decir, a la operación. Comenzaron por oprimir con deseo creciente los labios a medida que se iban introduciendo en el conducto regular de la vagina. Entonces, la mujer se armó de coraje y abrió harto los ojos cuando logró hacer el contacto deseado. Ya la tenía, pensaba. Toda la razón. A los dos minutos, se hizo presa de continuos movimientos y profirió un grito desgarrador a tal punto que el pobre cuye se atragantaba yéndose a esconder tras el oloroso volumen del ya aludido Spengler. Con éxtasis y débil en extremo, la increíble protagonista, se puso a respirar hondo mientras sonreía. Sintién dose mejor, se desplazó hacia el tazón de leche y se la bebió toda, todita. Eran las nueve y en efecto había pensado bien bien pues una gruesa capa de nata la estaba cubriendo. Qué puntualidad, se dice a sí misma, mientras el cuye vuelve por el texto del alemán.

A continuación algunos aspectos que llaman a meditar:

a) Justo cuando el roedor vuelve a su espacio de origen, la reposada protagonista hace caer de adrede las pestañas (recuérdese que ya se habían desprendido en la escena del cuadro de Bruegel), vuelve a diluir la pasta de rimel por medio de una maciza gota de sudor que colgaba desde el alero de la ceja, arrelinga su peinado y se queda mirando el cielo.

b) Poquito después de las nueve, el aroma de la infusión del departamento contiguo amenaza con impregnarlo todo. Entonces el cuye piensa: "No viene nada de mal esto de oler vegetales, aunque sea por poco rato". Esto último queda al exclusivo criterio del lector.

El cuye pensó algo —se dijo la conspicua protagonista—. Sabía muy bien que aquel rabioso movimiento (emergente bajo la forma de comezón desde sus fosillas nasales), acarreaba algo consigo. La mujer tensó el párpado

izquierdo y afirmándose en sus dos pies fue hacia la cajita de madera (secreto para todos, menos para la protagonista), sobre el lomo de la máquina de coser. En efecto, era tiempo de colgar la prenda tan querida.

Comprobó que su gusto por la leche era desproporcionado cuando se sorprendió gozando la natita con el doblez de la lengua. Ahí se hizo la firme proposición de ir a preparar más. Lo haría después de que secara (en el tendedor de la terraza) su útero recién extraído. También pensó en los perritos para la ropa y decidió volver a la cajita en busca de uno o dos más. Sirí duda que la láctea protagonista era susceptible de las más variadas sospechas. Independientemente de las sospechas, el cuy se sostenía en una de sus patitas buscando dormir. No lo iba a lograr. En efecto, ya empezaban los extraños sucesos.

Esta vez fue el mullido sillón que yacía junto al macetero con gladiolos, el que la recibió. Su pensamiento se acrecentaba a medida que similares (entre sí, claro) arrugas se multiplicaban en su frente. Colocó ambos pulgares sobre sus sienes, cerró los ojos hasta el escándalo, y pronunció unas palabras de oscuro significado...

¿Problemas afectivos? ¿O de otra índole?

Al tiempo que el cuy se restregaba el lomo, con una de sus garritas, la sorprendente protagonista se puso a pensar con mucho ímpetu en la aparición de un clavo con doble punta, suspendido en el ángulo izquierdo del techo del living. Lobsang Rampa lo llama 'Poder Mental'. En escasos segundos, un brillo platinado se incorporaba a la liturgia, trepando sobre el torso del rayito artificial antedicho. Aquí sucedió lo verdaderamente increíble. Luego de que se escucharon algunos sonidos huecos y de que se separaran las aguas de la pecera —cosa ésta última que dejó muy confundido al cuy—, el cuerpo de la mujer se desprendió de la cabeza, elevándose a la altura de la lámpara y desafiando con creces a la gravedad. El cuerpo decapitado, con un movimiento urdido desde la mente de la

protagonista, comenzó a equilibrarse sin mucha experiencia por la habitación. Al llegar al centro de ella, desplegó un nuevo salto hasta quedar colgando del clavito de doble punta que miraba desde el techo. Ahí mismo, un murmullo como de fieles y monjas en una iglesia (¿Canto Gregoriano? ¿Rezoes múltiples? ¿Extrañas Plegarias? ¿Misa Negra del Sábado?... se comenzó a oír en forma de ovaciones y cantos. A todo esto, el cuye sólo atinaba a concentrar su estirpe en un rincón atrás de la jaula, y a abrir y cerrar sus ojillos con el fin de defenderse del fulgor intenso y multiplicado que inundaba el departamento. Ante estos hechos, el cuerpo suspendido se arrugó por entero hasta formar un rectángulo blando que se adhería al techo como una informe pasta de masilla. Hecho esto, y obedeciendo a un guiño del ojo de la distanciada mujer, esta masa se estiró de nuevo, produciendo sonido similares a los de un acordeón, desprendiendo una melopea muy rítmica conforme se desenrollaba, hasta quedar oscilante a una distancia de dos centímetros del suelo. Luego, la masa cayó al suelo y en forma paulatina fueron mutilándose los brazos, las piernas, el tronco, y cada uno de éstos en trozos más pequeños, en una carnicería tal que lograba producir un estado de máxima náusea al cuye. Una vez que quedó solamente un pequeñísimo segmento de cuerpo, sobre la alfombra, la cabeza dejó de hacer guiñar al cuye. Un pesadísimo y sórdido silencio se hizo sobre la escena. Cuando el brillo se volvió inaguantable, la cabeza se remeció un tantito y obligando a guiñar al ojo por última vez, intentó dividir el casi indivisible trocito. Entonces, un aullido con origen en el infinito se dejó sentir estremeciendo cada borde de la pieza. Un increíble acontecimiento se presentaba: MILES DE PEQUEÑAS PARTICULAS IBAN Y VENIAN, GIRANDO EN TORNO A UN PECULIAR CENTRO LUMINOSO, HACIENDO ELEVAR LA TEMPERATURA AL DOBLE Y AL TRIPLE. Como resultado de esto, el pobre cuye se calcinaba, empotrándose en una pared como si

fuera un bajo relieve. En ese momento se abrió la puerta.

En pleno brillo y espectáculo, apareció el varón de edad avanzada. No podía creer lo que estaba sucediendo. Muy pasmado. Entonces, se arrodilló con sus ojos abiertos de par en par, exclamando: ¡Por fin! ¡El Modelo!". Después se levantó divulgando voz en cuello la noticia.

Así el varón se apellidaba Bohr y el modelo al que aludía, es el del átomo que lleva su nombre. La habitación se clausuró, y la mujer, por razones obvias, no transitó ni se le vio más por esos lugares. En lo que se refiere al cuye, éste pasó al olvido por carecer de personalidad legal.

EL GATO DE LA ESQUINA

No había caso. Con el infaltable moscardón y el brillo del amanecer filtrándose por el tragaluz, resultaba imposible dormir más. En una fracción de segundo, que ya se tornaba añosa, apartaba el borde superior de la frazada húmeda por la saliva, y hacía volar toda la ropa hasta que cayera al suelo, a los pies de la cama.

En puntillas y vigilando el ritmo, me dirigía a la habitación de mi madre; entreabría la puerta y observaba durante varios minutos su rostro dormido, de una palidez justa. Su rostro placentero... ("Esta liturgia se había vuelto cada vez más imprescindible con el paso de la enfermedad y constituía para mí un derecho como una necesidad diaria; sin ella, todo resultaba largo y tedioso, y padecía una peculiar sensación de compromiso —bregaba intensamente por conseguir su perdón—; sin embargo el ver cómo cada minuto dejaba una huella en su cuerpo, me hacía sentir algo indebido, pero que me atraía, y me censuraba al hallarme rodeado por esa pasión de amor y egoísmo... Quiéralo o no, sentía el gusto del privilegiado que observa desde la atalaya de la rozagante juventud, el paso en declive de los otros, de todos los demás... hasta el final").

Me llegué a convertir en el celoso guardián de su belleza. De su frágil belleza.

Luego la abuela.

Abría gradualmente la puerta escuchando con silencioso placer el chirrido de las bisagras y la soltaba cuando sentía el otro extremo de la manilla hundirse blandamente en el yeso. Víctima del reflejo de barnices y vitrinas de amplia superficie, aparecía mi abuela ya casi dispuesta a levantarse para el trabajo diario y reemplazar a mi madre en algunos

quehaceres ("Aún ahora me parece ver con nitidez tu rostro estirándose y contrayéndose ante mis "imprecaciones guturales" que tanta risa convulsiva te producían, y tus hatos de pelo sobresaliendo de aquel flamante e impecable gorro Dantesco, configurando un aspecto más cercano a la de una festiva parroquiana medieval que a la de una respetable abuela octogenaria..."). Nos escrutábamos y algo parecía ella desprender de mi presencia.

Apenas llegaba, más allá del umbral, viajando a otros mundos, me detenía sobre la trama silenciosa de aquel choapinos multicolor —obra cumbre de tu cloché—, y obnubilado, clavaba la vista en esos amarillentos rostros de Vírgenes y Niños Jesús, prematuramente ñatos, que con sus expresiones de angustiosa demacración revoloteaban en las paredes, entre largas y curvilíneas manchas de oxígeno —serpientes, siempre serpientes—, escuchando dentro de lo que podían tus prédicas y mandas (pobres Santos presas de temblequeos por nuestros partidos de fútbol y sus pelotazos que remecían todas las murallas de la casa).

Pero había una autista liturgia (peculiar juego de solitario con imágenes y estatuillas en lugar de cartas) que entre todas merecía un trato preferencial. La del Abuelo. Sobre la cómoda no podían faltar los atados de claveles que seleccionabas cuidadosamente y que instalabas al pie de su insigne retrato. Todo entonces era cuchicheo, balsámico y desplazado, abandonaba entonces la habitación, en busca de otros aires más favorables. Luego, sin embargo, volvía al croché. ("Abuela: ¿Por qué si hacía muecas cuando veía tus brazos colgantes de charchitas, disfrutaba con besarlos y pellizcarlos en afán creciente? ¿Por qué si me molestaban tus olores, perseguía tu presencia y los aromas que de ella emanaban? ¿Por qué me daba repugnancia tu vejez y sin embargo gozaba contemplando tu derruimiento progresivo...?"). Presto.

Y te mataba. Y te resucitaba.

Una morbosa expectación se apoderó de mí. Sentía tal vez temor de enfrentarme a aquello tan nombrado y tan oscuro: la muerte. Para qué confundir más: me seducía. Y la espera se prolongaba demasiado. ¡Y la abuela ya tenía más de ochenta! La idea de la Muerte debía pues hacerse mundana, encarnarse, libre de subterfugios y amagos.

Hasta que, a partir de un día, la cómoda en la pieza de Santitos, vegetales, y polvos Benefactus, fue cediendo el lugar de colonias y claveles, a parcos jarabes, tónicos de volumen y porte inexpugnable, a formularios médicos y a tiras y tiras de pastillas que parecían aumentar con el tono amarillento que adquiriría tu semblante.

La abuela había enfermado.

Las bolsas de sus ojos se iban haciendo más espesas, aceradas, amenazando ensanchar el negro círculo.

A pesar del temor que me infundía su rostro mermado, seguía tratándola, incluso con más asiduidad, intuyendo que algo se acercaba y que ese algo esperaba el momento justo para descubrirse y tornarse en sensación real, en conocimiento. Nada especial había sucedido con el gato de la esquina. Ahora debía ser diferente.

Pasaba el tiempo y yo seguía espiando a mi madre. Ella, al revés de la abuela, ganaba en nuevos bríos y vigor, aunque ese velo macilento no parecía querer abandonar tan fácilmente su rostro. Esta regeneración introdujo restricciones en mi filiar acechanza: alcanzaba a permanecer en mi puesto sólo hasta que ella se erguía (con tal candor y consonancia que lograba, durante un valiosísimo tiempo virtual, prolongar hacia arriba la íntima verticalidad de las patitas de la banqueta) y daba la postrer carmenada a su cabello, con movimientos cortos, casi percusiones, sin por ello dar concesión a la impetuosidad ni a la asimetría, manteniéndose frente al espejo de la Emperatriz, echada su cabecita hacia adelante para lograr un mejor ángulo y sorprenderme calladamente mientras yo y mi rubor cerrábamos la puerta evitando el chirriar, y otras

menudencias. De todas formas, me felicitaba a mí mismo por participar ahora también de la visión de todo su talle, largo y tenue, aunque fuese en mis adentros anunciando que no me arrepentiría. No niño.

Lo curioso era que esta ceremonia lograba mayor énfasis cuanto más grave se ponía la abuela. Era como si aquel solazamiento frente a la piel nueva del enflaquecido cuerpo de mi madre necesitara una compensación —no podría definir de qué tipo— con la que ofrecía la desafortunada vieja, ya casi llena de promontorios y ulceritas, signos de una corrupción lenta, pero definitiva.

Y lo que presentía ya llegaba. Aparecía en los vistazos que todos se intercambiaban, en los ánimos, sus fluctuaciones, en las largas sobremesas de mis padres, y por supuesto, en el llanto semi-contenido de mi madre, mientras escuchaba al médico cada vez que éste la ponía al tanto de los nuevos rumbos que tomaba la enfermedad. Mi padre, entonces, la enlazaba, y con sus dos pulgares limpiaba las pestañas de esa pasta de rimel y lágrimas, en movimiento uniforme y manteniéndolos equidistantes en todo momento con respecto al nacimiento del tabique: acción plena de gravedad, la de quien extrae todo exceso o resabio de un objeto delicado, para reivindicar sus límites, su real compostura. Acto de amor público.

Entonces llegó el invierno. Luego se fue... Y al cabo de un tiempo, previamente definido, volvió de nuevo.

Un atardecer, de los prematuro, venía del colegio, y observé el pasadizo lleno de parientes. Me extrañé; éramos más bien una familia corta y un tanto ermitaña. El corazón me golpeó más fuerte que lo normal, pero no quise intuir nada.

Esa vez me abrió la puerta el tío Samuel (¿dije que en mi familia había más de un antecedente de origen semita?). Su rostro alargado y flaco, como de potro, se tensó al verme. Los ojos de Peter Lorre, que tenía, me miraron obsesivamente, me besó en la ceja derecha —su vista no era

de las mejores... a pesar de todo—, y apretándome fuertemente la muñeca del mismo lado, me trasladó —mis pasos resultaron cortos y rápidos— hacia el hall (aquella sala perfumada a eucaliptus y víctima de la humedad). En los sillones, mi hermano y sus amigos vestidos con ternos exageradamente grandes para su talla, aguardaban algo, haciendo transpirar ambas manos cruzadas a la altura del marrueco. Ahí no pude evitar cierta preocupación en tanto que la taquicardia provocaba una nueva algarabía en mi pecho. Apenas probé el mullido y deshilachado tapiz de los sillones, bajo las nalgas, me sobresalté ante el cálido susurro de mi hermano: “Anda a verla”.

Con la imagen del gato de la esquina, que se me aparecía, provocándome, me enderecé dejando el suduroso mango del bolsón, colgado de una percha. Saludé a los que había ignorado, imaginándome lo que iba a ver: los colchones doblados y desparramando la lana en agujeros largos y angostos, los medicamentos tirados por el suelo, los claveles secos a los pies del retrato del abuelo, el choapinos arrugado en algún rincón, y un olor a sangre seca, de severísimo rigor. Ya estaba cerca, maniobré la manilla de cobre (tratando de recoger todo mi pasado en esa acción), no sin antes escuchar algunas voces provenientes del pasadizo, y entré.

En el umbral sentí la mucosa sacudirse al aspirar el aroma de las flores. Miré caprichoso la cómoda: los claveles arrogantes y más rojos que nunca... ¿Quién se atrevió a alterar el desorden natural que dejan los muertos? Sin embargo, seguía el choapinos en su lugar acostumbrado. Conteniendo una carraspera me solté de unos brazos que habían entrado a la pieza. Libre entonces, lancé la mirada que por alguna razón estaba postergada: ahí estaba ella, quietita, con los ojos entrecerrados, formando un montículo arcilloso de un metro de altura. Tuve un terrible presentimiento. Violentado, salí de esa habitación, atravesé el pasadizo con un gesto desafiante y con la presunción que

la muerte, la verdadera, había llegado, al final de cuentas, a mi casa. Lleno de arrepentimiento por aquellos pasados deseos míos, llegué al dormitorio de mi madre y pegué un sonoro manotazo a la puerta abriéndola totalmente. Me di cuenta que bufaba: sentía la necesidad de un regazo, de un urgente perdón. A mis espaldas algunos observaban expectantes. Comencé a dar unos pasos lentos, culposo, temeroso de lo futuro.

Poco a poco fueron surgiendo los objetos a mi vista. Ahí estaban los pies de la cama: altos, casi del mismo porte de la cabecera, hechos con pulida caoba, el orgullo de la casa. Me acerqué prefiriendo no ir por los costados del lecho; algo me imponía dilatar el tiempo. Llegué a los maderos, los toqué, me empiné lentamente, y tuve a mis ojos la vista plena de mi madre: sus senos, y su nariz entre ellos, eran las dos cosas que sobresalían, casi a la misma distancia, efecto usual de la perspectiva. "Le voy a contar y me perdonaré", me mentía. Apoyé la frente en el canto, sintiendo una picadura en la caoba, y sin emitir sonido. De pronto, con rabia contenida, subí a la cama, lanzándome sobre su cuerpo, que se levantara, al paso que mojaba sus mejillas con mi saliva. Varios de los presentes fueron y me abordaron. Me deshice de ellos y durante unos segundos, como si se tratara de animales embravecidos inspeccionándome, nos miramos con intensidad creciente. Luego me acordé y corriendo volví donde la abuela. Ahí estaba la mole de papel maché, pensaba. Me acerqué y puse mis pequeños puños con fuerza —energía atenuada por esa espesa colcha, también producto de su incansable croché—, en su lecho, lo que bastó para desestabilizarla un poco de su posición sobre la chata, mientras la trataba de mentirosa y egoísta, diciéndole que ella debería haberse muerto, y nadie más que ella. La pobre no parecía escuchar, sólo rezaba, dentro de su semiconsciencia y de su equilibrio precario, siempre mascullando. Me sacaron y ya no volví a entrar más.

Resultaba peculiar el espectáculo: mi madre dentro de un cajón revestido de terciopelo negro y con el vidrio desprendido de uno de los soportes, amenazando caer sobre su lejano rostro. No supe si quería o no que se le cayera. Supongo que todavía guardaba una esperanza que se despertara con el impacto. Pero no pasó nada. Luego llegaron los hombres armados con unos sopletes y la soldaron al metal. Las tres de la tarde y un inquietante murmullo se desplazaba como fantasma por toda la casa.

Nunca me explicaron lo que sucedió. Yo sólo la ví dormida.

Ay madre, qué modorra la tuya, pensé, cuando arrojaba una piedra no muy chica sobre tu cajón allá abajo, antes de la primera palada, y en medio de miraditas bastante poco gentiles.

Dos semanas después moría la abuela.

EDUARDO CORREA

Profesor de Castellano; Licenciado en Literatura en la Universidad Católica de Valparaíso; y Magister en Letras de la Universidad Católica de Chile. En 1979 obtuvo el segundo lugar en el concurso de cuentos de la revista "Paula". (Nac. Viña del Mar, 1953).

ORILLERA DE LOS RINCONES PERDIDOS

Sofisticada, desprendida de ese remedio de inconsistencia que se deja vislumbrar entre los detalles que los lápices no han pretendido abarcar. Elegante, inquieta en ese mismo mutismo de aviso corazones solitarios que se queda en su puro intento de ser algo y que no se resuelve en acto nunca. Ni siquiera ahora mientras miramos juntos el dibujo en la pared y me relatas algunos pormenores de su concepción de su factura sentida desde tiempos ha, y te recreo en la mirada ensoñadora que ese mismísimo día no llevaba, pero lo intento, porque lo peor de todo decía mi madre es no hacer el esfuerzo y lo hago, entorno los ojos para ajustar los lentes a la cara, obtener esa visión retinal difusa más difusa que siempre, ahora que me reprochas esa ambigüedad en los hablares y decires y me quedo lelo, helado, gelático en una multitud de silencio en la que no me atrevo a nombrarte para no caer en extremo pecado de lujuria, y me hallo a mí mismo introspectándome en un muro cuajado de puras añoranzas haciendo mío el reto, la afrenta que espetaste como queriendo decir y qué tal va la cosa, pero resulta tan distinto que mis reflex pupilas las hundo hasta el fondo en ese dibujo que me muestras y me sirve de proposición deshonrosa para trocarlo en cuento, en fábula, en araña peluda correquetepilla como cuando éramos todos más pequeños y felices y comíamos puras rimas asonantes y consonantes jugando a las bolitas en las veredas. Y así me fui sintiendo de pequeño, padre de las retrocedidas, de los retrocesos orgánicos sintiéndome alcanzar la luz de la verdad de puro idiota en ese espacio de pared recordada ahora, pero esa noche cierta; demasiado cierta para ser verdad para serla pura y santa como diríamos más tarde o

lo diría solo, mascullando apenas ese decir lapidario que salía de tu boca. Primera acepción: indeciso, querer decirte y no decirte nada por el puro miedo caperucesco a perderme en la tracalá de palabras vacuas y esperpénticas que se me asomaban todas, en el mismo instante, en la misma concepción del espacio y te lo escribo como corresponsal en viaje por los laberintos de mi alma, mi almita así sentida, poco claro, ambiguo. Segunda acepción: vano, vado, el remedo del acto sexual es la pura profanación de los instantes aquellos en que nos vamos juntos todos a expurgar los pecados para no perdernos en la memoria propia y de la historia. Xilofón arrugado de sentimientos que me sube por las piernas ahora hasta apretarme fuertemente la boca del estómago, como ahora, y decirte el versito que te tenía preparado de mucho antes que me invitaras a tu fiesta de verdad que para mí nunca se realizaba salvo en la alocución vaga que intentaba de los crepúsculos malvas sobre los cuales aún escribía por esos momentos, instantes y constelaciones. Ni siquiera ser capaz de justificarme padrenuestro que estás ahora queriendo que yo te diga y que no lo hago porque no se me da la real ni nadie ni siquiera la misma emperatriz aunque entrara a este baile sin ser invitada sería capaz de hacerme decir la verdad o escribir la declaración de principios que quieres que te sople al oído, porque la ambigüedad representa en el fondo la consistencia perenne de todo corazoncito escarchado como ahora en la misma vastedad antes mencionada y citada recitada por otros tantos y aunque en este safari peligroso no me quieras creer, no manejo ahora ni siquiera la más mínima referencia a ese contexto del cual todos son ajenos peludos y memoriosos, porque intento conspirar desde aquel mismísimo lugar donde tus defensas estén más bajas y ahí hacerte sentir el latido de pobrecito mi corazón, rampantemente deslizarte como queriéndolo o no la metafísica del terror cuando me abras un poco las defensas de los ídem y yo desde el mismísimo sitio levantino te

asestaré el golpe como full de ases en el momento menos esperado y te vas a derrumbar, clamarás clemencia desde el mismo portal en que no te vimos nacer y con la rolleiflex abriré el botón de imparcialidad, del cual no nos vamos a olvidar nunca como la misma película que no quisimos ver por lo gastada y por la de recuerdos que nos traía a nuestros ojos. Decimoséptima acepción: acicalado de rememoranzas, es que era eso lo que no creíamos, lo que nos queríamos por más que lo pensáramos, madrecitaquerida, la igualdad de opiniones que no íbamos nunca a tener porque éramos marasmo de importunidades aprovechadas —más yo que tú— porque al fin y al cabo, la verdá es la verdá y es la que siempre se impone y si dices eso es que estás muy segura de no saberlo y de saberme parado idiotamente ante una respuesta que ni siquiera intento, porque la vida no está ya para esas cosas y no me vengas con esos cuentos a mí, esperando que te solucione las dudas dirás a la respetable concurrencia que soy el profeta, la arañapeluda de los rincones que les propone charadas para que las vayan adivinando en una ola de cresta y cresta de vuelta y vuelta y la melodía siga sonando aunque sea un poco, aunque no se oiga más que mi quejido lastimero, porque hasta en eso soy ambiguo, en la mostración de un logos interruptus muerto de hambre de cualquier cosa que sirva de paradigma y no instalarme como ahora con una respuesta atrasada para una pregunta que nunca se hizo aunque me baje la curiosidad inmensa de desnudarte ahí mismo en forma muy lenta y empezar a recorrer tu cuerpo con las yemas de los pulgares hasta hacerte llegar a un orgasmo virginal que querrás retener como tantas otras cosas. Pero sabes que lo que sostengo es la sidra achampañada que llamamos de tantos modos y te dejas arrullar por tu misma pregunta que lanzaste orgullosa y me ves a mí opinando como quien cambia de plano en una película de Resnais y aunque no hayas visto ninguna, igual vas a tener que creerme a pesar de todas las acepciones,

mamitaqueridasinpecadoconcebida, orgullosa de tus trazos te muestras impertérrita a los navajazos que mi voz lanza en el silencio de la propia penumbra de nimiedades y los taluego y tuvotodotanrico van resonando cadavéricamente en las plantas de los pies de los que se alejan dejando huellas verdes por la pura envidia por saberte aquí en el centro de mi mapamundi erótico, siendo artillada por las espirales concienzudas de arpones mobidiqueanos para que las cosas no sean tan raras después de esta propia melodía cantada sotto voce como dice la partitura en ese clarear de albas incorruptas, en esos espasmos circulares con que me atravesaba la garganta por ese entonces, madrenollos, ni los xilodendros amarillentos querían salirse de su propio relato, porque las cosas parecían sucederes ineluctables de palabras articuladas con rabia y miedo después de todo. Después de todo no era para tanto y era cuestión de esperar o de empezar te corregí con la voz quebrada por la mismísima monotonía y me daba con que te empezaba a aburrir de las consideraciones funambulescas con que estaba pirueteando la distancia menos aérea que nos separaba a cada instante y por cada adjetivo se descentrimetrizaba ese espacio aún incorrupto que queríamos para nosotros solos. O por lo menos así lo pensaba yo y si tú lo que intentabas era que me fuera definiendo alveolarmente estábamos requetecontra jodidos en las puras especulaciones que nos hacíamos para vadear cuanto terreno se nos ocurriera aparecer como ahora, como siempre, desta carta evocada no habrá más que una copia y eso lo sabemos tan bien que como todo no vale la pena explicarlo. Basta anudar las puntas de las pititas, de los piolines en una madeja fina y no arrugada y metersela comoquiennoquierelacosa en el bolsillo de atrás del pantalón haciendo un travelling posterior por la sala vacía y desocupada donde me veo yo mismo intentando definir ese contorno que dejó tu silencio y me encuentro con lo único que has dicho y es "ambiguo", no, no lo dicho sino el

decir sobre el único sujeto sobre el cual puedo dar real cuenta pero ni siquiera responder por todos sus actos porque de eso ni que hablar, ni que decir de los espetados, de los innombrados, de los malditos, de los descastados, de los rufianes que se paran en las mismísimas mismas esquinas de los sueños a laterar los latidos de triste corazoncito, mamasí, mamitanó, a bailar el tango sinuoso y antojadizo que se me ocurre esbozar en el aire para que entiendas si quieres, para que pierdas el mismo sentido que yo en la fragancia de los vocablos que no se repiten nunca por no herir los tímpanos de jeringas vitriosas y vitrificadas y como ciclista de la desesperanza tomo mi máquina, la mía muy propia y segura y me largo a pedalear por las veredas de canapés que dejaron los invitados mientras el idiota miraba el cuadro con ídem cara-rostro-faz y todas las acepciones juntas, masticando suavemente para no atragantarse todavía el espetado adjetivo acepcionado miles de veces, y en eso tú te apareces, y a la cresta misma se van los planes de irme relojeando en la bici por el broderí de tu vestido recién estrenado y me largo cuan todo lo que soy a nadar crol en tu alfombra y te lanzo el quetardesehizo antes de tirarme balcón abajo metafóricamente y salir por la misma puerta con las ganas enormes de escribir un cuento del que no te voy a poder dar ninguna explicación satisfactoria mamitalinda.

OSITO DE FELPA

Seguramente cualquiera puede, podrá o podría pensar la primera cosa que se le venga, viniera o viniere a su triste cabecita de acongojado macholatino, cuando las circunstancias muy poco orteguinas para estos momentos se le convierten en las borrascosas tormentas que tiene que soportar, cuidando que su miopía se ajuste y desajuste conforme los lentes oscilan entre sus manos y nariz; entrecerrando los ojos oblicuos a fuerza de desgastarlos en la lectura de los códigos de Leonardo, acostumbrado más que nunca a relatar las cosas desde esa mismísima, la perspectiva adoptada/adaptada para que no sea entendida y sea más que siempre el hermético, anulador de las distancias fácticas desenrolladas desde ése, el momento en que sí se produjo el verdadero crimen: el único camino al que se podía optar entre seguir la profundidad de un karma recontemplado y repensado como aquel sitio de la inmanencia, luego de encerrarse tras la máquina a echar palabra tras palabra en una verdadera guerra de nervios irresueltos y devolver la grabadora-rewind y aquí estamos todos de nuevo para salir a cantar; los únicos, los irremplazables dioses de la cólera que estallan cuando menos se lo proponen, y es Ella, la mismísima y adoradísima la que se refocila en la dos plazas, enteramente en cueritos, entera para que la vean, para que se le vaya soltando la libido como quien no quiere la cosa y el otro se vaya encabritando de a poco hasta creerse en un paraíso mulsulmán, y beba de las mismas fuentes menos ponderadas, mientras todos los textos referenciales se guardan para otras ocasiones más propicias y los afiches woody allen guiñen serpenteantemente los ojitos por lo

bajo, por lo que podría suceder años más tarde u horas más tarde o quizá minutos más o menos, cuando entrara él (El), coraje en mano para enfrentar la situación como corresponde o correspondería a las tan ídem cantadas y recantadas y hasta vistas tantas veces en los adúlteros cines del centro.

Y aunque para la confesión no valga más que la estrictísimas verdad y para el relato suceda lo mismo, sobre todo cuando se le exige verismo, compañero, verismo, o la flaubertiana aspiración a dejar las cosas bien puestas en aquellos lugares de los cuales es imposible salirse, aunque se ande bajo los efectillos de algún sedante, calmante y alucinógeno; dispositivos especiales para propiciar aquellas lecturas inconexas de las más mínimas trivialidades; y aunque de boleros se trate la historia y se rememoren aquellos los más consagrados por la historia de la popular música que se baila, que se danza pasito a pasito como en aquel primer encuentro en el año sesenta allá por una quinta de recreo, antes de las promesas, de los murmullos y del altar con todos los aditamentos necesarios. Ahora una fotografía que se ha puesto más sepia de lo previsto, corona el lugar de los encuentros-sitio del suceso 1-, el mismo posteriormente relatado como locus de los luctuosos acaeceres con bandejitas de desayuno; tres tostadas, café con leche, croissants para seguir con la literatura que se impone, y todo de esa manera, la mismísima prescrita por lo testimonial que se implanta, mientras se trata de sintonizar la paulatina comedia de la radio que exaspera y desespera a quienes la siguen hasta las últimas consecuencias, desde la a hasta la z, siguiendo la escondida senda por donde han ido los idiotas, los descastados, los paridos en tardes neblinosas que les provocan tendencias de las cuales un día —como ahora— (tempo del relato) se arrepentirán de las horas magnánimas en que se extraviaron a pensar el sentido de las cosas, que sí no tenían ningún sentido mientras se continuara con la rutinita-marca-tarjeta-y-sale-a-las-cinco-

con una previsión aseguradísima hasta el día de la vera muerte amén. Las muertes personales que son de hasta aquí hasta más allá las más sentidas. Por entonces, Ella ni siquiera en el pináculo de su éxtasis, imaginaba las alteraciones que iba a sufrir su vida, trastocándose en lo otro que es su propia negación.

Para ser más exacto, Ella, la señora Somela, estiró la pierna tratando de cruzar la espalda de un él (minúsculas necesarias) borroso y desconocido, lo que sensualizó aún más la oscuridad de la habitación. De la sombra y por las sombras apareció un beso de recorrido inmenso, como quien desea cruzar enterito Santiago y se planta un vuelo tremendo desde Maipú al Canal San Carlos, y sube y sube, aspirando aromas insospechados en otros momentos. La señora Somela, cariñosa y pródiga, alteró la respiración y una taquicardia inmensa le cruzó por el pecho. El la penetró de estoque firme, respondiendo de esta manera a cientos de teorías sobre lo mismo. Solo la lámpara de porcelana china pudo dar cuenta del hecho, pero la susodicha es capaz de callar, aunque los vecinos se hallan ya enterados y la secreta policía del erotismo, que siempre está presente en los furtivos encuentros, haya tomado hasta fotografías de la consumación del acto para tener posteriores pruebas que refuten toda invalidez de los declarantes y de los supuestos pero siempre sospechosos testigos presenciales.

El, a estas alturas de la vida y del relato mismo, que pretenciosamente pierde su tono confesional, se debatía en el dilema feroz de la elección del arma apropiada. Veneno que no deje huella— I remember Lucrecia—, cortante arma alba, japonés método de mutilación del sexo hasta terminar desangrado. Titulares de periódicos a todo color. A partir de un bolero salta al estrellato y de ahí a la peni un paso. Dos calibre 45 y se acabó la historia, el raconto perdido y pedido. El actuario celebrará risueño (tempo de la fábula) la parodia, aunque solo entienda una mínima parte de lo dicho, su gesto responderá a extraños motivos o

motivaciones siempre en la penumbra para todos. Pero siempre es más luego de lo que se supone cuando se comete una atrocidad como ésa (corriente de la conciencia de personaje secundario). El mismo actuario mudo, más que mudo, más mudo que siempre repitió, anotó, consignó levemente la frase exacta a fojas inmensas que se iban también a perder, porque para eso estaban hechas, para no ser más que muy mala literatura; inexactas copias de lo que en un principio iba a ser perfecto como todos los deseosos actos humanos, y por ahí, quién sabe uno se cae en esas grandes contradicciones, y desde el darle vueltas a la cosa para ver qué había pasado, ya había trascurrido tanto tiempo que más valía permanecer en silencio, agarrarse a la fragilidad del espanto y realizar el eufemismo mentado.

Y todo lo supo al instante, porque los placeres también se esgrimen como requiebros dentro de la cotidianeidad deslavada y ni siquiera interesa la forma de pasar las próximas vacaciones en un inexacto sur donde los Rodríguez habían nacido juntándose con puros indiecitos y alemanes después en el liceo. Siderales distancias inexpresables en cifras posibles, años atrás los había visto, pero ahora con el pequeño reajuste podrían ir y hasta quedarse por febrero completito, mirando esas fotos que dónde chuchas habrán quedado entre tanto papelerío. Las notas de los códigos se irían a juntar irremediamente un día con aquellos itinerarios que relataba bajito para no interrumpir todo preámbulo al acto amatorio, siempre también postergado por cefaleas y cefalalgias, por las irremediables condiciones astrales, por los dioses que nunca eran lo suficientemente propicios para esas cosas, y Onán-terra incógnita—, volición ancestral, curiosamente aparecía en la rendija y se colaba y todo acababa por no ser más que la postergación de todo, de nada, siempre superándose día a día en la circularidad de su propio éxtasis amoroso que él sí que sabía ofrecerle por tercera vez en ésa, la hora, la más larga de todos los tiempos en la que con la

punta de los dedos, con las yemas estiradísimas, era capaz de tocar por siempre el paraíso, incluso inventarlo, antes de que nada le contaran ni le dijeran, y ni siquiera tuviera posteriormente que arrepentirse de las vidas que no había vivido, que no se atrevía a vivir salvo en aquellos los minutos en que se sentía transportada por el falo enorme, rictus presentado en otra oportunidad, y es otro él, más minúsculo, porque se canta más bajito, porque descende ascensores (oh contradicción) y escaleras con el puro pensamiento de que ahora sí que es cierto que en la dos plazas te está esperando la sorpresa de tu vida, viejo, y que ahora sí que todo se aclara de una vez para siempre, para nunca. Ahora, cuando hay que acordarse de los latigudos (en aquel tiempo) boleros que oía el viejo en la desvencijada rca como quién no quiere la cosa, antes de los partidos, antes de los relatos de Darío Verdugo, padre de la chilena literatura e inventor de la metáfora, cosas que tampoco existían sino en el siempre eterno presente deseo de aquella voz que se regocijaba en sí misma al saberse portadora de las tremendas verdades que todos iban a creer sin trepidar, sin hacer caso de las otras, las que se dicen y repiten en esos los momentos en que Ella nuevamente ensaya la difícil posición equitadora, saltándose los preceptos de los misioneros, cuidando que cada segundo sea convertido en un eterno goce, apurando el encuentro del instante consigo mismo con un suave balanceo que se funde y refunde con su propia espera difícil de describir, aun cuando el actuario sea capaz de tomar rápidas notas y tararear a la vez osito de felpa, juguete de un niño, y de ahí vuelta a la rca cuidando por siempre los viciosos círculos y aquellos circulares relatos de los que es fácil dar cuenta por los artificiosos con sus secuencialidades que no exigen más que una perpetuidad estéril. No, lo que El exigía era lo otro, la posible definición honrosa en ese momento de tintineos de llaves, no a causa de nervios, sino de la ansiedad; el sentimiento de saberse muy pronto victimario, verdadero

protagonista de ese bolero y después que venga la gran metáfora a la cancha mientras la sangre se esparce entre las sábanas para caer hasta el piso y los cuerpos-señora Somela y amante- queden desnudos, tirados, agrios, agujereados hasta una inmensa y lúbrica saciedad, y todo no sea más que ese sueño que se lee y relee en una declaración de tribunal, y lo que venía después del portazo es la inmensa nebulosa del partido donde Chile gana tres por uno y eso se va sintiendo dentro, muy dentro de propio corazoncito, porque al fin y al cabo las cosas del fútbol son las cosas del fútbol, todo el resto, poesía.

ALVARO CUADRA

Estudiante de Literatura de la Universidad Católica de Chile. Sus trabajos se han publicado en revistas chilenas y del extranjero. En 1984, fue incluido en la antología "Encuentro. Narradores Chilenos de Hoy" editada por Bruguera. (Nac. Santiago, 1956).

EL ASCENSOR

Apretó el botón. Baja. La flecha luminosa verde se encendió. Esperó algunos minutos. La demora lo impacientaba. Al fin las portezuelas de espejo se abrían. Se introdujo en la cajuela metálica, hermética, alfombrada. Las portezuelas se volvieron a besar mostrando su dorso azul metálico. Un panel de botoncitos con números. El cuarto. El vértigo que comienza a hacer cosquillas en el abdomen, rincón del deseo. Cuando la banda de numerales marcaba el tres, se detuvo. Quietud y silencio. Las luces encendidas, el tres eterno allí. Silencio. Caja metálica. Hermética. Alarma. Nada. Silencio. Se quitó el vestón y se aflojó el nudo de la corbata. Hace calor al mediodía. Pasaron minutos largos, luego se acumularon horas. Interminables apretones de botones y nada. Definitivamente se sacó el pullover y quedó en mangas de camisa, encendió un cigarrillo, se llenó todo de humo que se filtraba por una rejilla de metal arriba a la izquierda. Pensó en su familia, a esa hora debían estar investigando en todos los hospitales, en los cuarteles de la policía. No sería extraño que afuera hubieran carros de bomberos y hasta la televisión debía estar allí, a pocos metros. Estaba atascado entre el tercero y el cuarto; lo que equivale a decir ni en el cuarto ni en el tercero, en ninguna parte, a medio camino entre arriba y abajo, allí, atascado. Intentó abrir la portezuela con su cinturón, fue inútil. Pateaba el piso, pero la alfombra amortiguaba el ruido y se ahogaba entre cuatro paredes de metal azul. Miró su reloj, marcaba ya su segundo día a bordo. Se dijo que pronto lo sacarían, como aquella vez en que cuando niño quedó con la mano en la cañería, entonces llegó la mamá y con la ayuda del gáster lograron la hazaña de liberarlo en menos de una

hora, después de lo cual le dieron leche y pastel de fresa. Recordando eso sintió súbitamente el hambre que no había sentido por los nervios, la angustia. Se imaginó en su restaurant favorito, donde Teresa le servía el filete executive a medio cocer con ensalada de coliflor. Los negocios debían estar un desastre, ahora sin él, todos eran negligentes si él no estaba allí para exigirles, llegó a pensar qué ocurriría si el faltase para siempre... luego apartó de su cabeza tan negros presentimientos esperando que "algo lo salvara", algo que no atinaba siquiera a imaginar. ¿Afuera estarían trabajando para salvarlo. ¿Y si no fuera así?. ¿Si ese ascensor estaba descompuesto de antes?. ¿Si a nadie importara la cuestión de un ascensor atascado porque estaba allí hace meses?. Pensándolo bien cuando apretó el botón lo hizo tan distraídamente que no se fijó en un cartelito que había allí, creyó que se trataba de algo ajeno a él, y ahora pagaría las consecuencias. ¿Y si no me salva nadie, qué puedo hacer?, se preguntó mientras ya se imaginaba muerto. El hambre se acrecentaba, el sudor y sus deshechos habían convertido el lugar, su hogar, en una cloaca, lo curioso es que seguía con vida. Dormía a ratos y ya iba su segundo día, tercero desde el primero, último desde él mismo. Encerrado así, no tenía sentido, la vida no puede detenerse así nada más, no puede ser, debe haber un cuarto y un quinto piso, ¿por qué este maldito aparato no se mueve? Pareciera que todo el mundo se hubiera detenido con este ascensor, claro que el digital marcaba igual el tiempo, pero eso era lo engañoso porque el tiempo no podía pasar si nada se movía allí.

Atrapado como un animalejo. Detenido sin que pasara hambre de muerte, sino esa hambre molestosa, no para morirse sino un poquito menos, justo para sufrir. ¿Sería un atentado, ¿un secuestro?. ¿Y en ese caso quién pagaría su fianza?. ¿Su tío millonario y dueño de la empresa donde trabajaba?. ¿Alguien quería vengarse de una buena y honesta familia burguesa?. Maldición se repetía. Su rostro mostraba ya una barbilla incipiente. Su mirada estaba

cansada del azul, hasta los ojos se le habían teñido de este color. Despertaba. Respiraba. Pensaba. No podía salir. Trataba de escuchar pegando la oreja al metal, a ver si alguna señal del exterior le indicaba que pronto acabaría su tormento. A veces se sentían voces, risas, vida. Luego silencio. El aire se renovaba por la rejilla pero volvía a entrar y salir el mismo olor a estiércol, propio de sí mismo. Así pasaron años. Siempre iguales. Un día, ya barbudo y viejo la puerta se abrió en el tercer piso. El ascensor se llenó de gentes y subía y bajada cada cinco minutos, él seguía allí arrinconado sin poder moverse, tullido. Ya era demasiado tarde tal vez. Tal vez ya no valía ni la pena moverse.

UNA SOMBRA PARADA EN LA ESQUINA

Una calle. Caminaba por la calle de Los Tilos cuando en la esquina de los Grunwald-Díaz pude ver la silueta de una niña, algo flaca y de sonrisa amplia. Sombra en la sombra, una sonrisa, no alcancé siquiera a acercarme y ella se había escapado entre la bruma y un presentimiento. Se trataba de una recién llegada donde los Grunwald-Díaz; en ese instante no le di mucha importancia, pero la idea, la idea y ese presentimiento se me quedaron dando vueltas en la cabeza.

Sacando malezas, arreglando flores, un tipo de trabajo en el que nadie repara y que, sin embargo, reporta gratificaciones insospechadas... ver crecer las flores, arrancar la mala hierba y asperjar el prado, todas cosas sutiles que lo ponen a uno en contacto con la naturaleza, que tranquilizan el espíritu. Trabajo en silencio y la verdad es que nunca hay mucha bulla; los pájaros, uno que otro automóvil a la distancia, todo.

Hoy reparaba lo de la Familia Retig, gente importante, gente de mucha plata y muy fijada en todo; yo nunca había tenido problemas con ellos, me preocupaba de cada detalle: pintura, jardines, etc. En general se podría decir que soy un buen funcionario, aunque a veces tomo un trago por ahí... eso no quiere decir...

Estaba seguro, esta vez estaba seguro, fue frente a los Grunwald-Díaz que vi la silueta de la niña, es más, pude ver su rostro y le lancé un grito; sólo me miró y corrió hacia los árboles. Yo guardaba la pala y otras herramientas cerca de allí, era ella, la del otro día. Que ni se enterara la Familia Retig de mis desvaneos donde los Grundwald. Yo no sabía por qué, pero existían rivalidades entre ellos. Que quién

tenía el jardín más bonito, que quién lo tenía mejor pintado, todos eran así a este lado, creo que lo dije, son gente importante... más allá es distinto, todo es más al lote, todos revueltos, juntos, es como si la promiscuidad los hiciera en cierto modo más humanos. El primer Grundwald-Díaz era hijo de un alemán que llegó el primer año de este siglo y que se dedicó a fabricar jabones; así se casó con una Díaz, que tenía aserraderos cerca de Temuco; muy pronto Grundwald-Díaz y Cía. se vio con oficinas en el centro y todo. De generación en generación la riqueza se ha ido acrecentando. Llegaron a este sector el año 1924, cuando yo apenas era un niño que le ayudaba a mi abuelo con los claveles y las rosas, desde muy pequeño les he servido y la verdad sea dicha, han sido buenos patronos, ¡lo que no quiere decir que los Retig sean peores!, bueno... es feo que lo diga, pero qué otra cosa nos queda a los pobres sino tratar de estar bien con todo el mundo. Los Retig no son mala gente, pero sí son muy exigentes, todo debe estar muy bien hecho, nada a medias, nada barato, todo de primera calidad.

La niña ésta, salía por las tardes. Siempre la veía pasar por las calles cercanas a la esquina de los Grundwald, siempre lo mismo... como una furtiva sombra se desvanecía entre el frío, el silencio y la noche. Parece que la niña era la menor de las hijas del viejo Grundwald y había llegado apenas hace unas semanas, así me dijo un jardinero amigo. Conocía perfectamente cada rincón, me sabía de memoria las calles y los nombres de cada familia, cada lugar era un destino al que hubiese podido llegar con los ojos cerrados; era algo que había aprendido a través de toda mi vida, así quedaban todos tranquilos y yo trabajaba en silencio... Me permitía incluso silbar mis viejas canciones y mirar el cielo por entre el follaje meciéndose al atardecer. Luego ella, cara larga, sonrisa amplia, flaca y con cara de caballo, aún así, era lo que se llama una niña agraciada.

A veces recorro las calles, calles de una geometría perfecta... simétrico mundo silencioso que se torna

abruptamente en estallido de troncos y hojas justo en esa esquina, un árbol y una sombra, parados en la esquina de los Grunwald.

Cuando se ha entrado de lleno a la geometría, entonces ya lo mismo da Grunwald que Retig, claro que mis patrones no lo saben, decir Retig o cualquier otra tontería es lo mismo en este marmóreo silencio de ciudad. Es uno, masa tibia de intestinos y pálpitos sanguinolentos el que cree que Grunwald es algo al fin de cuentas.

La cara de caballo no me quiere hablar; tan fijada como el resto de su familia, no acostumbran hablarle a los peones, no tienen tiempo para fijarse en tan poca cosa; recordando me doy cuenta que no me han hablado en los setenta años que llevo aquí, no se han dignado ni a regalarme una mirada, sombras de sombras cada noche, pintura y jardín... apenas una dávida, un par de monedas circunspectas cada vez que llega uno más y hay que instalarlo, luego el olvido.

Calles vacías, silencio. Lugares etéreos distribuidos en una perfecta simetría... atrás una sombra, es la cara de caballo mirando despectivamente hacia los Retig, éstos no se dan por aludidos y parecen decirle con el gesto que la reja que ellos tienen es de "ferforgé", traído de París o quizá dónde. Trato de irme a dormir para descansar porque mañana, según me dijo el jardinero, llegarán visitas donde los Retig y tendré que estar muy listo a ver si me regalan un par de monedas.

Hoy es el día. Claro, todo está listo. Jardines con flores, murallas pulidas, rejas pintadas. Todo en orden, silencioso orden, porque hoy habrá una nueva plaquita que pulir en la sepultura de la Familia Retig, orden, silencio y geometría ciudad de muertos.

ANA MARIA DEL RIO

Tiene publicado el libro "Entreparéntesis" (1985) que recoge cuentos premiados en concursos, como: "Premio Anual Atlántida", Buenos Aires, 1982; "Los mejores cuentos de mi país", Santiago, 1982; y Juegos Literarios Gabriela Mistral, Santiago, 1983. Se encuentra incluida en las antologías: "Cuentos Taller Soffía" (1984); "Encuentro. Narradores Chilenos de Hoy" (1984); y "Ergo Sum. Caja de Cuentos" (1985). Dirige junto a Pía Barros el Taller de Cuentos "Soffía". Este año ganó el concurso "María Luisa Bombal" con su novela "Oxido del Carmen". (Nac. Santiago, 1948).

ARMADURA

Era la mejor cuadrilla que maestro de obras alguno tuvo jamás: todos una sola mano para aserruchar o la sucesión de martillos sin descanso, aún a altas horas de la noche.

Por eso ganaron también el trabajo aquel de la mole, los caprichos de los ricos, construir la mole con el edificio atrás, bueno, el edificio sí que estaba muy bien: las vigas hormigoneadas hasta decir basta y en los volados, había que verlo, el cemento hecho de pan aérea y eterna, ni terremotos podrían con él y nada de ahorrar en la enfierradura, se veía que era una obra en serio, toda la de autos oficiales y plateados que llegaban durante el día a ver los trabajos y nosotros de uniforme verde, parecíamos cirujanos del cemento trabajando impecables en ese parque que después iba a ser cubierto de un césped de primera, suave como la palabra césped.

Lo de la entrega de planos iba a la perfección. Lo de las pagas semanales, también. Como maestro jefe de cuadrilla, hubiera sido pecado quejarse, porque el trato y el cumplimiento de los patrones, esos, los Delegados, era excelente, antiséptico, todos rubios y con la pelusilla leve como duraznos peludos rojos, bien rojos por el sol grosero de acá.

El jefe de Area y el Delegado Adjunto llegaban antes que nadie en la mañana, nunca pude aparecer antes que ellos, los pillaba revisando la obra, golpeando las terminaciones, asintiendo, contando los clavos, volviendo a asentir. Después, todo era un rito: podían ver la cartilla de obras y la plata salía como un reloj, exacta, en sobres, sin fallar nunca. Se rascaba la cabeza esta gente, eso sí, con lo de la inflación, pero nunca puede lucharse con los imposibles,

les decía yo y tampoco nunca pude saber si aceptaban mis explicaciones, gestos desmesurados hasta el cielo indicando en qué sentido subían de precio los materiales, mano de obra, el porcentaje indicado, así es en este país. No importaba si entendían o no, por lo demás. Eran precisos, Si había que pagar, pagaban. No había adelanto alguno y ahí el que sufrió con eso fue el Piojo Astudillo porque él desde siempre, parecía que había nacido fiado, adelantando hasta el aire para aspirar el último pucho. Pero se tuvo que acostumbrar, porque esto de los Delegados de la Construcción Incorporated no era cosa de despreciarlo así no más.

Todos nos tuvimos que acostumbrar. Yo también, que siempre me ha gustado conocer el fondo de la milanese, el centro del túnel, y tener que aceptar lo de las prefabricaciones y las caras de muro limpio de los Delegados de uñas cuadradas y perfectas.

Lo del edificio fue casi un juego, porque los Delegados lo traían empaquetado del extranjero en grandes cajas, muebles parecían más que cajas, con los sellos de escudo rojo, se creen que estamos jugueteando con un meccano decía el Piojo Astudillo, con flechas que gritaban, abrir los envases, por ahí levantar los muros por este lado y no por este otro, cómo tomar el martillo. Era para la risa, pero todo calzaba. Los hoyos de las planchas tenían tornillos que les venían como anillos al dedo. Y a los cabros y a mí nos gustó la cuestión del método, ésa, todo numerado hasta los suspiros del Piojo venían en el programa. Daba gusto ver cómo se encontraban los ángulos (como una cita con alguien amado, pensé, pero después deseché esas cosas, porque con esto de la programación queda mucho tiempo libre y a uno se le llena de aire la cabeza y no sea que). Como digo, el edificio salió casi en quince días. Colocamos los inmensos ventanales del final casi sin mirarlos, sin tocarlos, seguros de que iban a calzar. Era como un nuevo dios, metiéndose en la vida y ordenándote los latidos, cosa

de que uno cumpliera y venía el paquete del cielo...

Y cumplimos. Vinieron delegaciones de gringos rojos, con la pelusita rubia y la camisa de blanco de ángel, todos a mirar, a mirarnos, a asentir, el Programa de Avances explicaba que lo habíamos hecho más rápido que nadie en el mundo, mano de obra calificada, el Piojo sacaba el pecho, plena comprensión del método, apto, apto. Y ahí dijeron, salió por todos los micrófonos, lo del grupo que había pedido asignación especial por calidad de rendimiento, yo había consultado tres diccionarios y una prima que estudiaba secretariado, me había hecho el memo, esos de que están hablando ahora somos nosotros, me susurró el Piojo Astudillo, nerviosón, cambiando de pierna a cada rato. Y era que yo me había guardado, habíamos guardado nosotros, quiero decir, en la manga el último as, para el final, la terminación de la fachada, todos como un solo hombre, no la haríamos si no había asignación especial, miren que ha sido tiempo récord. El Gobierno despliega todo cuanto estuviera a su alcance, resonaban los aires, embanderados, eso quería decir que a lo mejor saldría la cosa, ven que había sido bueno pegarse el salto, los codazos fueron reguero eléctrico, toda la cuadrilla empezó a beber pensando en el azúcar y el té y el pan y el tinto, hasta carne molida saldría, pan especial, que compraríamos fachosos, ven, les lancé entre cuchillos, algo se saca agachando el moño y trabajando duro, acuérdense del Pepe Martillo que gritaba por la huelga, brazos caídos hasta que viniera la doble paga y qué sacó, que lo despidieran, y ahora nadie quiere oír hablar de él, no ven que estamos tratando con una patrona asustadiza sino con los Jefes.

Nos retrataron y el Piojo hasta lloró y eso que estaba sin trago. Cuando nos íbamos dando cuenta de que habíamos estado sin trago todo este tiempo, nos avisaron que en el casino había una celebración gratificante, que fuéramos todos. Partimos a ver qué era eso de gratificante: resultó ser una aglomeración de cocacolas y unas empanadas de no

sé de dónde las pincharon los Delegados de Materiales, pero ésas no venían programadas desde afuera. Comimos como caballo, casi nos elevamos con los gases de las cocas, estábamos todos con sueño atrasado por lo del programa insobornable, porque ahí nada de romper la mañana con fueguitos para calentarse y chismear, ahí había sido, uno, dos, tres, marchar al son de las instrucciones, que ordenaban un breik sólo a la una cuando estábamos medio muertos de pegar tornillos exactos con la mano.

Entonces el Director de Programas, el madre salta para arriba de un estrado y a hablar y hablar en extranjero, zalemas para las autoridades de primera fila que miraban la maqueta y paseaban el índice sobre el plano, pero ya los del Ministerio, se habían acercado a cuchillear con ellos, grandes sonrisas, zalemas van y vienen, cuenten con nosotros, debían estarles diciendo, y el Director dale a hablar y a mostrar las fotos del folleto y a gritar para nosotros, pero era de felicitación, eso se veía, porque nadie era tonto y las sonrisas de ellos son las mismas que acá no más. Y se bajó el Encargado de la tarima y el Director de Programas quedó solo, dale a hacer gestos medio suplicantes, inclinarse, saludarnos, mostrar el edificio y la mole de cemento fresco que la rodeaba, dale vueltas a decir y a hablar hasta que era tal el atado de bocas abiertas, que tuvo que subirse al estrado un cabro de azul de los economistas del barrio alto (como si hubiera del barrio bajo) de los peinados sin jopo. Era un gran honor para ellos, los Encargados de la Construcción Nacional, empezó, que nosotros los obreros fuéramos a estampar las manos en la mole del cemento, sería el símbolo, sería la fuerza, sería la unión, la tecnología unida al esfuerzo y traía otras cosas más largas que no se alcanzaban a oír.

El gas de la coca cola se me salía por las orejas; eructando a mi lado estaba el Piojo Astudillo que le había vaciado todo el pisco de su botella de pantalón al vaso de bebida y estaba con su tristeza de cocido, bueno, no tan

cocido, no me gusta nada esto, dijo, mira esta gente tan fragante, son los carniceros, mírales las células (el Piojo sabía decir células), rosadas, listas para saltar, creo que esto de las manos es una huifa rara, tan borrosa como los discursos, no sé, me quiero ir, y toda esta cocacola, aquí en la misma bóveda geográfica del vino, (el Piojo era poeta). Le dije que no fuera huevón y ya los otros aplaudían la esperanza del sobresueldo si aceptábamos estampar y además lo de las fotos, todos haciendo ves con las manos, y la alegría colectiva, los de azul estaban contentos.

Pero el Piojo empezó a embarrar las cosas, estamos cercados de gente rosada y roja, almidón en el alma, gritaba y le dio con que había visto secretarse a los Encargados, con los Delegados gritaba y no aguantaba los empujones porque los demás estaban entusiasmados y lo tironeaban, vamos Piojito, mira, vamos a poner las manos en el cemento fresco y nos recordarán igual que estatuas, es como firmar en blanco en un parque entero, gritaba el Piojo, y nosotros dale a avanzarlo entre empujones, las catervas vienen tras nosotros, se fotografían con nosotros, pero no son de los nuestros, se quejaba el Piojo, pero la turba lo amasaba.

La cuadrilla se me había desbandado y eran a estas alturas monos sudurosos que van y vienen, el cerco de fotógrafos nos aprisiona, no conozco a los de la prensa, no está julito martínez, gime el Piojo, y no sé por qué, me empieza también el recelo, pero ya estoy en medio de la turba, ya pues, ordénense, cálmense, no griten, cuidado, no empujen les dije, y de pronto mis músculos se dieron cuenta de la prisión de oscuridad de la bóveda recién cementada. Afuera graznaban cada vez más débiles los micrófonos, que el conflicto laboral una vez más, solucionado, repartidas las sobreasignaciones, preferencia a los más necesitados, porcentaje de rendimiento. Adentro, enloquecida, mi cuadrilla, empezó a empujar con toda la desesperación individual en las palmas. Busqué al Piojo en

medio del desorden y allá lo ví, acurrucado, lastimosamente gris, ya cemento, ya muerte, yo sabía que esta gente quería que estampáramos por el otro lado de la mole, decía, seremos la armadura, el revés del símbolo, decía sin descanso. Lo último que alcancé a oír fue el ruido de las betoneras que penetraban por la salida, llena de manos.

SUBTERRANEO

—Adiós— le dije y ni siquiera me arrugué. Ella no dice nada. Abre y cierra la boca tras el vidrio del carro, enmarcada en celeste. Sus palabras se habrán sellado para siempre tras el vidrio, dibujadas como pompas. Los gestos de ellos, más elegantes, azules y grises persisten, llenos de cortesía, sin embargo.

Cuando se detiene un carro en el Metro es como si se detuviera un momento la vida y todos se preparan, lustran y esconden sus pequeños pecados, rodándolos para adentro de los abrigos, como diminutas manzanas. Pero, ¿qué pecados podríamos tener los que viajamos en Metro de vuelta del cansancio de las siete, sumergidos entre la modorra y el gruñido?

—Adiós entonces— le digo y no me muevo para avanzar hasta el carro detenido. Porque esta vez no voy a permitir que me sondee, que meta su cabello castaño, que no le haría daño a una mosca (quién sabe, ya) entre mis ojos, tanteando mi bienestar en los objetos que necesito, como si yo no existiera, la pasta de dientes para fumadores, el tabaco ése, tan caro, que...

Todas las conversaciones que hemos tenido en estos veinte años (y me he dado cuenta en un segundo, furioso) han girado en torno a mí, como en torno a una bandera blanca, una isla sin nombre, dónde has estado, cómo te ha ido, simples tapones de tus ojos secretos.

No sé nada de ti. De pronto, tu vaga forma redonda, con la cáscara del sweater y la falda escocesa, me parece haberla

visto muchas veces en la calle, en el metro, como si fuesen todas las mujeres más o menos acomodadas o no, sonrientes-cansadas que van por ahí como flotando por los paseos, dejándose llevar por todo lo colectivo, las liquidaciones, los saldos.

Y yo, todos estos años, hablando pomposamente acerca de mi persona y además dando detalles, me duele la espalda, justo encima de la tercera vértebra, el mío no es un lumbago corriente. Y yo, como un tonto, creyendo que éramos un par de algo hacia algo, que te desmadejabas cuando yo salía (o lo que era mejor, que tenías miedo), que nunca podrías leer mis libros; para ti eran las revistas y, como un tonto, creyendo que te rebalsaban tus hijos, los ovillos de lana, los primeros dientes; como un imbécil he creído, con el cuello alto durante tantos años, ser la solución para ti, sobre todo cuando eras mucho más joven, con tu cintura y tus sí minúsculos, tus apenadas miradas y me lancé en ristre y le gané en seguida al médico esa que trataba de seducirte entre operación y operación en la clínica de tu tía. Ella, al menos, me apreció en lo que valía y me miró siempre como tu salvador (y a veces como tu padre, creo). Me dedicaba grandes sonrisas por no permitir que el escándalo cundiera en ese pequeñísimo pueblo y por tomarte sin hacer tantas preguntas y por interesarme sobre todo en las clínica (me dejó en herencia el juego de living exclusivamente por eso, creo). Sobre todo, cuando tu prima, la rubia, manifestó a todos su temor inconfesado de que quedarse embarazada por el beso sorprendido entre tú y el médico ese, el casado (parece que el estado de matrimonio lo hacía poseedor de una fecundidad extraordinaria). Todo fue un escándalo que dio contra una coraza de algodón, que era yo, que no entendía mucho de dramas latinos y tenía claro que la clínica de tu tía era la más afamada del pueblo y tú, la más encantadora de las enfermeras vivientes y sufrientes. Te saqué de ahí con todas las de la ley y por supuesto, una vez que te casaste

conmigo, ya no volviste a trabajar y tuviste hijos.

Si alguna vez algo te hizo suspirar, debe haber sido el médico ese, el casado, porque conmigo, nunca suspiros, ni te quejaste. Nunca decías que no, en realidad. Tu gruesa boca consentidora, con las comisuras hacia arriba, tu futuro cuerpo redondo asentía ya a todo.

De haber-sabido... Una vergüenza morada me acalora.

Quieto en el escaño naranja en la estación del metro, de paredes de frigorífico vertidas en millones de fichas brillantes, me impido el movimiento.

De hecho, yo fui en un momento, tal vez durante los quince días que precedieron a tu matrimonio, tu salvación verdadera, el bien en persona. Al menos así lo aseguraban las sonrisas de tu tía en medio de tés reverenciales.

Y realmente fue una sorpresa que el metálico uniforme azul seguido del gris se acercaran a nosotros, una pareja cualquiera, de ésas que van cabeceando de regreso en el metro, un día de esos de semana, como tirados por un tubo, los dos al brazo ausente, que se acercaran, hicieran señas con la barbilla a los de la otra punta, te tomaran nada suave por los hombros, se apropiaran de tu brazo, te abrieran la cartera y apareciendo en ella brillando el billete, el billete de a cien, ésos de la época anterior, de los prohibidos, de los nefastos, de ésos, el santo y seña de los rebeldes. El uniforme tomó el billete con un pañuelo y luego sacó un papel y te confrontó con el retrato hablado y calzaste con él, ojo por ojo, diente por diente. El brazo azul todavía conservaba restos de colegio y dijo, señora, me veo en la obligación. Yo, fuera del carro, con todos los demás, mirando por la ventana, ni defensor ni macho, nada de qué significa este atropello, simplemente, mirando como un pez por el vidrio. Con la boca abierta boqueando, porque todo empieza de nuevo se desconoce, faltará el aire y tú no eras parte de mi costilla ni de mi lumbago, sino alguien tan lejano como un asesinato de diario. Me quedo mirando el retrato hablado.

Y por qué tenías el de a cien, tú que ordenas cada quince días tu cartera, tal como te enseñó la tía y que ni siquiera oyes los noticiarios.

Me hundo en el escaño con la barbilla apretada entre la rabia y las manos, buceando de entre todos los recuerdos quién hubiera podido ser el cobarde que te hubiera puesto en el bolso y después la ira de que te lo hubiera puesto, qué hacía el cobarde en tu bolso, con qué derecho, eso sí que no se podía aguantar, así es que me contenté con verte, imaginarte no más, escondida tras la puerta del hogar, guardando el billete subrepticio en tu corazón, como un tesoro, llamando a escondidas por teléfono, morando con antifaz de miedo y paso inexorable, andando de puntillas por la casa y toda una serie de actos inimaginables en ti, gruesa y serena.

Te quedaste mirándome por el vidrio. Tú misma ayudaste a sacar las infinitas cosas de tu bolso: colores de rouge nunca usados (¿nunca usados?), pañuelos de cabeza multicolores, acetona, servilletas, pero yo te miraba atentamente y cuando llegaron al sobre del cierre eclair, entonces enrojeciste, lo abren y te miran, enrojeciste y me pareció que estaba solo en el metro y que todos eran enemigos míos y amigos tuyos. Los susurros serpenteaban entre las cabezas. Ya ni tu dulce olor entrará por los ojos, nadie oirá tus pequeñas palabras.

Abres y cierras la boca. Las palmas rosadas con hilos de sudor en los caminos líneas que dibujan tu vida rosada, tus calladas palabras diciendo cómo podía saber yo, haciendo memoria con el ceño olvidado, tu mano, tu pequeñísima mano, cargada de diez dedos cortos sin uñas seductoras, que se toman como niñita de mis dedos arrugados, que me señalan a través de la puerta vidriera, que vaya a salvarte, a decir. En algunas tardes, me pareciste infinita como la tierra, agachada como la tierra, suave como el polvo, previsible como los amaneceres... Eras la mezcla perfecta, decía yo. Bastó un sólo invierno conmigo para que crecieras

de golpe y te pusieras a ordenar cuchillerías y sábanas y a proveer de inexorables cújenes la hora del té.

No voy a ir. En el fondo de la fosa helada de la estación asoma un escaño naranja. Me sentaré sobre él y no me moveré hasta que todo haya pasado. La única y sola razón por la que nos separamos fueron las puertas vidrieras: de un golpe, en dos tiempos, nos separan los cuchillos de aire.

Tomo asiento. Mi persona ya ha sido enteramente investigada y fue como la revisión de un calcetín, por el revés y el derecho. En un cuarto de hora me la leyeron toda y se arrastró sin color algunos por las amarillas páginas del informe...

—Un hombre tranquilo, ¿ah?— dijo el de gris.

—Cómo supo usted lo del billete— dicen.

—No lo sabía —respondo. La carpeta de ella está bajo la mía y es bastante más voluminosa.

—Va a tener que esperar— dice el secretario, mirando su máquina y escribiendo sin volverse.

—No tengo apuro— digo y entonces me asusto, porque es verdad.

—Siento tener que comunicarle— dice el de gris, mirando hacia la ventanilla desde donde se ve el carro detenido.

Entonces me levanto. Voy hasta el escritorio y miro al de gris y trato de buscarle los ojos.

—¿Es verdad?— le digo.

—¿Cuándo supo lo del billete?— me devuelve la pregunta.

Y como no contesto, sigue:

—Es grave esto. Corresponde al retrato hablado— me dice mirando por encima de algo. —Detenida, por el momento. Usted podrá comunicarse con ella—.

—No quiero— digo y enciendo un cigarro.

El secretario detiene su máquina.

—¿Cómo dijo?— con el dedo en el aire.

—Que no quiero verla más— dice el viejo y sus espaldas de madera marchadora se agachan y suenan.

—Pero usted puede verla, si quiere— dice el de gris.

—No ponemos objeciones a la compañía del cónyuge, al contrario—.

Entonces el viejo se mira los zapatos y dice:

—No es cónyuge.

—¿Conviviente?— La voz delgada del secretario espera con el dedo levantado.

El viejo afirma con la cabeza y se agacha un poco más.

—Si es culpable, llévensela— dice.

Cruje entero al levantarse y con su cara de cónyuge que no se la puede, llega hasta el umbral.

El de gris lo deja ir. En la puerta, el viejo se detiene y da media vuelta. Se endereza como un soldado y por un momento su abrigo algo húmedo parece abatirse sobre la oficina.

—Cumplan con su deber— dice y se va poco a poco, arrastrando los pies y los nudos de las manos que ya no pueden sostener el cigarro. El secretario se encoge de hombros y saca volando la hoja del rodillo.

RAMON DIAZ ETEROVIC

Es autor de tres libros de cuentos: "Cualquier Día" (1981); "Obsesión de Año Nuevo y otros cuentos" (1982); y "Atrás sin Golpe" (1985). Ha sido publicado en revistas chilenas y del extranjero. Sus trabajos han merecido premios en los concursos "Palabras para el hombre" de la Agrupación Cultural Universitaria (1979); "Residencia en la Tierra" de la Agrupación de Escritores Jóvenes (1979); "Premio Municipal de Santiago Género Cuento", 1982; y "Concurso Chile Francia 1985" del Instituto Chileno Francés de Cultura. En 1984, fue incluido en "Encuentro. Narradores Chilenos de Hoy". (Nac. Punta Arenas, 1956).

EL TIEMPO FRÁGIL

Todo había sido confuso en el día, y ella —que no tenía por qué saberlo— me miró por primera vez a los ojos, y me dijo, el tiempo es frágil, y entonces, sin tener razón recordé que todo había empezado mal ese día, desde el desayuno que de mala gana me sirviera Elvira, sin atreverse a exteriorizar en palabras su enojo por mi trasnochada del día anterior, pero convirtiendo su queja en movimientos bruscos y preguntas sin respuestas. Luego, al mediodía había sido el encuentro casual con el Mocho Pérez —¿hay algo casual cuando durante años recorremos las mismas calles del centro, tratando de olvidar un rencor de sueños truncos?—, mi antiguo compañero de curso, que en dos estaciones de metro me dejó de vuelta a los recuerdos de ese todo tiempo pasado fue mejor. Y todo es confuso, ahora que ella —la muchacha de la esquina— me mira a los ojos y me dice, el tiempo es frágil, y yo, metido en mis recuerdos la veo tendida sobre la cama en desorden, mostrándome sin pudor su cuerpo moreno y desnudo, tratando de acordarme en dónde he visto su rostro apenas iluminado por la luz roja de la habitación. Ese rostro —su rostro— que me evoca no sé bien qué cosa, y que me hace decirle, yo te conozco, en alguna parte te he visto, yo sé todo de ti, todo, menos tu nombre, para luego volver a los recuerdos, a esos recuerdos que tanto molestan a Elvira cuando le muestro los poemas que escribo, sin entender que ellos son una vuelta mágica a la felicidad de la infancia; un escape desesperado de la rutina opresiva de cada día. Entonces el cuarto rojo desaparece y sigo andando por las calles empedradas de mi barrio, el viejo barrio de los yugoeslavos, con sus rostros nostálgicos, mirando cada día hacia el mar como si aún esperaran la llegada de un barco con

noticias de sus familiares, o que en ese horizonte azul se dibujen los paisajes conocidos de su patria. El barrio de las calles empedradas, las casas multicolores —¿por qué sólo en mi pueblo se pintan los techos de rojo?— y los boliches de menestras en cada esquina de donde iban saliendo las vecinas con los jarros de vino envueltos en blancos paños de cocina. Yo fui a tu pueblo —recuerdo que siempre dice Elvira— y nada de lo que cuentas existe. Pero, ahora ella no está, y ese rostro que miro y reconozco, me devuelve a mis juegos, a la incansable pelota de cuero que rodaba de una vereda a otra, entre piernas que se perseguían y rodillas que se lastimaban cada vez que uno atajaba a lo Escuti o a lo Yashin. Sí, los juegos no se han ido, y es el Mocho Pérez el que me pasa a buscar para la pichanga, él que nunca jugó al arco porque su ídolo era Leonel, y para el arco estaba el Pancho “Zapato de Papá”, que se ganó ese apodo el día que sus padres le compraron unos chuteadores, varios números más grandes que los que él usaba, y que de tanto golpear la pelota se fueron enroscando como zapatilla hindú, a pesar de lo cual, entraban en la carne sin asco, y fueron capaces de contener cualquier tiro, hasta que le quedaron chicos, y entonces ya teníamos doce años, y fue el mismo Pancho el que confesó que se masturbaba sin que se lo creyéramos y tuvo que corrérsela en la galucha del Politeama mientras en la pantalla la Sophía Loren mostraba sus pechugas italianas, y nosotros —el Mocho Pérez, el Pato Subiabre y yo— tratábamos de seguir el rítmico movimiento de su mano, que se perdía entre los pliegues de su pantalón y las sombras del cine. Tal vez —y esto sólo ahora lo pienso— fue en esas tardes de cine en que decidimos cambiar nuestros juegos, y a proposición —¿tal vez mía?— incluimos en nuestras diversiones a las niñas del barrio, las que hasta ese momento sólo habían sido saludos a la rápida y desprecio de su fragilidad femenina. ¿Tal vez fue ahí, entre esos nuevos juegos que me fijé en ella? Se llamaba Marcela, y era una de las cuatro hermanas del Pato Subiabre. Aprendí a saludarla cada vez que la veía, y en más de una

ocasión me sorprendí pensando en ella, hasta que una tarde dejé de sentir vergüenza en su presencia, y haciéndome el que pasaba de casualidad, la esperé a la salida de su colegio, por el puro placer de escucharla hablar y poder acompañarla hasta su casa, conversando de nuestros ramos, de las películas del fin de semana y de las canciones de Leo Dan que me fui aprendiendo de memoria de tanto ir a escucharlas en los discos que tenía Marcela. Con los discos aprendimos a bailar y llegamos a las primeras fiestas y a esos boleros que bailábamos a media luz, y que me llenaban de miedo por evitar pisarle un pie, y de temblores inexplicables cada vez que sentía el roce punzante de sus pechos; los mismos que en los juegos de pillarse buscaba en cada encontrón, sintiendo que algo dulce se me quedaba en los dedos cada vez que se los atrapaba, y ella se reía, soltándose de inmediato, pero sin enojarse. Como no se enojó cuando en la fiesta de cumpleaños de su hermano, a alguien se le ocurrió apagar la luz del comedor — fue el Mocho Pérez al que había regalado mi álbum de estampillas por el apagón — y en un rincón de la pieza, ella dejó que mis manos se deslizaran bajo su blusa, diciéndome que me quería, mientras yo no sabía qué hacer con sus tiernos pezones entre mis manos.

¿Y todos estos recuerdos, por qué?, me pregunto mientras la muchacha sigue mirándome desde la cama en la que acabamos de hacer el amor, luego de que subiéramos hasta el hotel, haciéndonos las preguntas de siempre, comentando el frío que hacía en la esquina en que la encontrara una hora antes mostrándose provocativa al paso de los hombres.

¿Y todos estos recuerdos para qué?, ahora que ella me mira como leyendo mis palabras en la frente y yo trato de encontrar otros recuerdos, y de esa fiesta difusa, me voy a las numerosas tardes en que volvíamos con Marcela de la escuela, tomados de la mano y caminando cuerdas de más para retardar la llegada a su casa, porque allí estaba el Pato Subiabre, y la familia que vigilaba cada gesto de nosotros, y lo único que realmente nos importaba era ese jugueteo de las manos

entrelazadas y los besos que cada cierto tiempo nos dábamos. Sí, porque eso estaba claro, como en las películas de Tarzán donde no importaban cuantos salvajes aparecieran atacando a Johnny Weissmuller, porque al final siempre estaban los besos de Maureen O'Sullivan, como yo la esperaba a ella cada tarde a la salida de su escuela, mintiéndole a mis amigos —ya que no era de machos enamorarse— y sobre todo a su hermano, que me conocía más de la cuenta como para tenerme confianza de dejarme mucho rato a solas con su hermana, y con el cual nos agarramos a trompadas cuando supo que pololeábamos —¡qué te crees que a tu hermana te la vas a comer vos!— a la salida del cine de los sábados, y al final nos pusimos a llorar como cabros chicos —¡porque a ti te quiero como un hermano!— no por los golpes ni por la sangre en las narices, sino por el hecho de pegarnos uno al otro, por cosas que estábamos lejos de comprender y controlar, como más tarde lo comprobamos cuando llegó el día en que al viejo del Pato Subiabre lo trasladaron a una pega en el Norte, y yo me quedé pegado en la ventana del aeropuerto, viendo cómo el avión se perdía en el cielo, llevándose nuestros recuerdos, y la promesas que mutuamente nos hicimos con Marcela de escribirnos tres veces a la semana, y que después sólo fue una carta al mes, y al final de muchos días, una escueta postal para cumpleaños y año nuevo.

Y ahora que la muchacha me dice ¿tal vez?, pienso en los años que han pasado desde esa despedida en el aeropuerto, y en los recuerdos que cada vez son más borrosos, y como el tiempo —que para ella es frágil— deforma nuestras ideas, y los amigos que no se ven durante largos años van quedando en nombres que se repiten sin mucha confianza —como si no existieran— y en fotos donde cada día cuesta más reconocerse y saber a quiénes corresponden esos rostros infantiles, todos tan iguales, y al fin de cuentas, tan distintos a los que encontramos de tarde en tarde. ¿Tal vez? ¿Por qué dice tal vez? Porque las cartas se fueron desgastando y luego, llegaron las noticias que traían algunos conocidos que

viajaban a Santiago, la mayoría de las veces por motivos de salud: y alguien —¿no sé quién?— contó un día que el padre del Pato Subiabre había muerto, luego de varios años de enfermedad y hospitales, que terminaron con su vida y con un pequeño negocio que había logrado armar con la plata de su jubilación. Entonces, sólo entonces, volvía a pensaren Marcela y recordé la tarde en que nos despedimos prometiéndonos buscarnos donde fuera que nos encontrásemos. Promesa que nunca cumplí, ni siquiera cuando por motivos de estudio llegué a la Capital, y dejé que la Universidad me absorbiera, llevándose, entre otras cosas, un trozo de papel rosado en el que tenía anotada la dirección de su casa, a la que nunca fui, porque no tuve tiempo y no sabía donde quedaba —mentiras todas— y el papel terminó por perderse, tal vez en los mismos días en que conocí a Elvira, y mis juegos de niños dejaron de serlo, y la adolescencia con espinillas y discos de Los Beatles se quedó en una pieza de hotel donde hice el amor por primera vez, jurándole —esta vez a Elvira— que ella era la única, la mujer de mi vida, y que nos casaríamos apenas recibiera mi título de abogado, el que nunca llegó y terminó cambiado por un prometedor empleo público, cuando se supo que Elvira estaba embarazada y Gabrielito venía en camino.

¿Tal vez, por qué tal vez? le digo y vuelvo a insistir en que la conozco, que en alguna parte la he visto, que sé todo de ella, menos su nombre; y ella me mira, y cree reconocermme cuando me dice que se llama Marcela, y sin saber por qué me cuenta su vida y nombra al pasar un hijo que se llama Andrés —como yo— y pregunta ¿qué te hiciste?, ¿por qué nunca me escribiste?, y le respondo que no sé, que son cosas que pasan, pero que todo está bien, que nada ha cambiado y todo volverá a ser como antes, aunque sé que todo es mentira, que volveré tarde esta noche a mi casa y Elvira me estará esperando como siempre, sin la rabia de la mañana, preguntándome qué me pasa, contándome las travesuras de Gabrielito —que cada vez se parece más a ti Andrés— y que todo volverá a la rutina cotidiana de vivir como Dios manda, y porque a la mañana

siguiente me miraré al espejo para comprobar que el pelo se me sigue cayendo, y al despedirme con un beso de Elvira sabré que después de esta noche —que ya será esa noche— nunca más pasaré por esa esquina donde apenas unas horas atrás encontré a esa muchacha que me dice —el tiempo es frágil— sin tener por qué saber que todo había sido confuso en este día.

ATRAS SIN GOLPE O LA NOCHE QUE VILLABLANCA GANO EL TITULO MUNDIAL

*A la memoria del que te dije.
A él que sabía de cronopios y boxeadores.*

“La Bestia Negra” —recuerdo que dijo el “Tani” Cuevas, mientras miraba mi rostro lleno de asombro, al igual que el tuyo, ahora que me miras risueño y dices —a ti no más se te ocurren estas cosas— y trato de explicarte lo extraño que resulta encontrarse entre tantas palabras que el tiempo pone entre sí, con un nombre que no tendría que decirme nada, y sin embargo, está ahí, presente, como esa lluvia irreal que sigue descolgándose por las ventanas después de varios días de lluvia; o ese rostro que tengo la certeza conocer, sin saber si proviene de las conversaciones que tenía hace diez años con el “Tani” Cuevas, el que en ese tiempo se encargaba de repartir los volantes de propaganda de un circo de mala muerte, llevado aún de la mano de su manager. “El Pulpo” Correa, quien a su vez se las oficiaba de hombre músculos, convenciéndose a diario que el boxeo no daba para comer, y que no le quedaba más remedio que acarrear de pueblo en pueblo a su pupilo, una vez que “La Promesa de la Frontera” dejara de serlo, vapuleado en todos los cuadriláteros, y sin interés más que para los tipos ansiosos de conocer anécdotas de bajo fondo pugilístico —o de esa foto que encuentro mientras hojeo la Revista “The Ring” que me pasa el poeta Teillier— y me encuentro cuerpo a cuerpo con el rostro de aquel negro que conociera una noche de junio, hace justo un año, la noche que Villablanca ganó el título mundial— y no sé si echarle la culpa a la memoria que empieza a hacerme una zancadilla, o al whisky que lentamente se me ha ido pegando en la boca, al tiempo que me vienen ganas de fumar, y Lester Young —que a ti tanto te gusta— me chicotea el deseo de tabaco desde la radio cassette que me prestó Rita, hace justo un año, la noche aquella que llegué a su casa pidiendo una taza

de café cargado y aspirinas, porque la cabeza me dolía como si los golpes de Serrano los hubiese recibido yo en vez de Villablanca.

Esa noche que comenzó temprano, porque aunque la pelea estaba programada para las 11 de la noche, quise asegurarme de estar en primera fila: y antes de las ocho ya me encontraba en la boletería comprando la entrada, seguro de poder reirme después de los que se quedarían afuera, peleando por un boleto; y sin pensar que esa noche en el Caupolicán penarían las ánimas, y hasta alentar a Villablanca daría miedo de casa ajena. Como te decía, era temprano, por lo cual me dediqué a recorrer San Diego, de Alameda a Avenida Matta, mirando vitrinas de las tiendas hasta que los pies acusaron cansancio, y no me quedó más remedio que refugiarme en el primer bar que se cruzó en el camino. Ya en el bar —y esto no es exageración— tuvieron que registrar todo para poder encontrar una polvorienta botella de whisky, la que a pesar de mi desconfianza y del polvo, no estaba nada de mal. Una vez que me sirvieron el trago, me senté junto a una mesa que se hallaba cerca de la puerta de entrada, y me dediqué a observar a la gente que pasaba por la calle. En eso estaba, cuando vi entrar al negro, que con paso de oso sonámbulo y la mirada perdida, se dedicó a recorrer todas las mesas ocupadas por los clientes, ofreciendo unas fotos amarillas que sacó de uno de los bolsillos del raído chaquetón de paño que llevaba puesto. Luego de insistir con sus fotos en varias mesas sin ningún resultado positivo, y convencido que nadie se las compraría, se las ofreció al mozo que atendía el mesón del bar a cambio de un vaso de vino. Este, no sólo se negó a comprar sino que se dispuso de inmediato a echarlo del lugar, en el preciso momento en que al negro se le ocurrió mirar hacia donde me encontraba, dirigiéndose de inmediato al encuentro de mi mesa.

Una vez a mi lado balbuceó tres o cuatro palabras que no entendí, y me extendió las fotos para que las viera. Quizás, porque las encontré antiguas, o porque tenía deseos de que el

tiempo transcurriera de prisa, las tomé entre mis manos y las observé detenidamente una por una. Eran fotos descoloridas y arrugadas en las que invariablemente aparecía la figura de un boxeador, que al igual que un mastodonte, debía medir sus buenos centímetros sobre lo normal, y brillaba de músculos por los cuatro costados. "La Bestia Negra", me respondió cuando le pregunté de quien se trataba, y de inmediato recordé al "Tani" Cuevas, y sin pensarlo dos veces, invité al negro a sentarse, ordenando al mozo que le sirviera un trago igual al mío. Los ojos le brillaron al negro cuando el mozo, que no lograba salir de su asombro, le sirvió su copa. Antes de tomarla me observó fijamente, y luego como si se hubiese encontrado sólo, se miró dos o tres veces en el espejo que colgaba de una de las paredes del bar, haciendo un leve movimiento de cabeza, en lo que creí ver el recuerdo de un buen juego de piernas y un arduo trabajo de sombras.

Más tarde fue lo otro que tampoco olvidó, Villablanca en el ring, mirando hacia todos los rincones del desolado Caupolicán mientras Serrano —que por algo era el campeón— se hacía esperar, y una cámara de televisión buscaba el mejor ángulo del chileno, sin atreverse a mostrar las aposentaduras desiertas ni el nervioso paseo del rollizo promotor alrededor del ring, a cada momento más arrepentido del negocio. Cuando al fin el campeón hizo su entrada abriéndose paso por entre las sillas que rodeaban el cuadrilátero, se escuchó una leve silbatina que apenas logró apagar el ruido que hacía la lluvia cayendo sobre el techo del estadio. En una de las galerías se levantó una bandera chilena que se movió monótonamente mientras duró la ceremonia de presentación de la pelea. Terminada ésta, Serrano miró hacia el público, y cuando escuchó la campana que anunciaba el inicio del combate, salió resueltamente al encuentro de Villablanca, seguro de poder terminar la pelea en un corto tiempo. En ese instante —y aquí vienen las cosas que no me explicó— volví a estar con el negro en el bar, viendo como sus manos temblaban mientras se servía el primer sorbo de licor, para

luego decir algo que no entendí en un principio, pero que tenía relación con las fotos que estaban sobre la mesa y con las conversaciones del "Tani" Cuevas, cuando éste, luego de su primera cerveza, dejaba de renegar de su trabajo en el circo, y empezaba a relatarme historias de boxeadores, como "La Bestia Negra", que en su decir, había sido grito y plata en los tiempos en que los púgiles eran guapos de verdad, y no existía tanta televisión ni tanto dólar de por medio. Recordé que me había hablado de él, diciéndome que se trataba de un peruano. Un cholo de un pueblo cercano a Lima que se educó al lado de su padre, talando árboles que luego vendían por las calles como leña; hasta que sus sueños de viajes pudieron más que su obediencia, y partió un día con un par de pilchas hasta Callao, donde se embarcó de polizón en un buque de carga que partía hacia Europa. Cuando se encontraban navegando lo descubrieron, y como el muchacho se vela fuerte y faltaba personal a bordo, lo dejaron quedarse formando parte de la tripulación, haciendo labores de ayudante de cocina, lo que le permitió conocer a un tal Galindo, cocinero de a bordo y antiguo boxeador, él que al descubrir las hechuras del cholo, lo convenció de aprender en sus ratos libres, algunos fundamentos de boxeo, con los cuales muy pronto se hizo popular en toda la embarcación, al convertirse en el invencible campeón de las peleas que organizaban los marineros para entretenerse durante los viajes.

¡Así se hacían los campeones!, dijo el "Tani" Cuevas. ¡Ese era un campeón de verdad!, recordé que había dicho el negro mostrándome una vez más las fotos que yo doblaba nervioso, mientras vela cómo Serrano se llevaba por delante a Villablanca en los dos primeros round, sin que nadie en ese momento se atreviese a apostar que el chileno terminaría la pelea en pie; hasta que al promediar la tercera vuelta, Villablanca logró alcanzar al campeón con un recto preciso sobre la ceja izquierda. Allí pudo terminar todo, y el público así lo entendió levantándose de sus asientos, gritando ¡dale Villita!; pero éste se equivocó, y en vez de medir sus golpes

para asestarlos con precisión, se puso a lanzarlos sin ton ni son, permitiendo que el campeón se recuperara cubriéndose con sus brazos; y cuando nadie lo esperaba, conectó una combinación rápida de izquierda y derecha que terminó con el chileno en la lona, escuchando la cuenta de protección y levantándose a duras penas para continuar recibiendo los golpes precisos de Serrano.

El boxeo se aprende en el ring —dijo el negro, y mirándome de reojo, agregó— por eso no creo en ese campeón suyo que va a pelear un rato más por el título. En esos tiempos —recordé qué dijo el "Tani" Cuevas— los boxeadores se hacían peleando; y así lo entendió "La Bestia Negra", que después de las peleas sostenidas a bordo del buque en que se embarcara de pavo, aprovechó la confianza que le dieron sus compañeros de viaje, y todas las recaladas de la embarcación, para pelear con cuanto pugilista de puerto le salió al paso, los cuales, invariablemente sucumbieron a sus mamporros. En una de esas paradas llegó al puerto de Valparaíso, donde después de unos combates lo bautizaron como "La Bestia Negra", ganándose la simpatía de la gente aficionada y de algunas muchachas que no vacilaban en colgarse de sus brazos, atraídas por su porte, y por los pesos que empezó a ganar con sus puños, los que desaparecían rápidamente, porque entonces, el cholo peleaba por gusto, por sentirse el más fuerte, y la plata sólo le significaba un medio de prolongar la diversión de los combates. Más tarde cambió de manera de pensar, cuando conoció en Panamá a un promotor yanqui, que después de verlo pelear, lo convenció de quedarse en tierra peleando profesionalmente.

Escuchaba a mi ocasional acompañante, recordando al mismo tiempo los relatos del "Tani" Cuevas. El negro, después del segundo whisky que se despachó, se puso más locuaz, y por un momento pensé que sólo un buen golpe de "La Bestia Negra" podría hacerlo callar. Aprovechando una pausa que hizo para beber, me puse a conversar de la pelea que daría Villablanca unas horas más tarde. Mire jefe —me dijo— a su

campeón le falta box. Puede que tenga fuerza, corazón como dicen ustedes los chilenos, pero eso no basta. Su respuesta me dio rabia, pero de inmediato volví a escuchar al "Tani" Cuevas, diciéndome que la ya famosa "Bestia Negra", volvió después de unos años al Perú, donde a pesar de la incredulidad de los espectadores, noqueó en dos asaltos, al campeón peruano de su categoría. Se alegó que la pelea había estado arreglada y que al campeón lo habían pillado descuidado y muchas otras cosas más; por lo cual el nuevo campeón no tuvo más alternativa que ofrecer la revancha al ídolo derrotado; repitiéndose la paliza anterior, esta vez con los aplausos de la hinchada que reconoció la capacidad del nuevo monarca. Del Perú viajó a Buenos Aires para enfrentarse con el campeón sudamericano; el que antes de pelear, prefirió declararse enfermo, pasando el título por secretaría al poder de la "Bestia Negra", quien en combates posteriores defendió con éxito su corona, derrotando a los mejores peleadores del continente.

Más tarde, cuando transcurrieron el cuarto y quinto asalto, y parecía que la victoria de Serrano era sólo cosa de tiempo, Villablanca sacó su garra de luchador, y a pura fuerza fue arrinconando al campeón hasta hacerle perder compostura, envolviéndolo en una pelea desordenada que empezó a arrojar puntos en favor del chileno. Fue ahí, en el sexto round cuando el público volvió a entusiasmarse. Los trescientos espectadores gritaban como cinco mil, y más de alguien en su casa, frente al televisor, se arrepintió de no haber ido al Caupolicán. Villablanca buscó una y otra vez la ceja abierta de Serrano, al que en cada momento se le hinchaba más el rostro, a pesar de los esfuerzos de su rincón por cortarle los hilillos de sangre que le imposibilitaban la visión. Claro —no se trata que esté exagerando— porque para qué vamos a andar con cosas, el chileno se veía bastante atontado, y en más de un descanso se vio como sus segundos le mordían desesperadamente las orejas, tratando de devolverle la lucidez que necesitaba para seguir luchando. En todo caso, cualquiera fuera el resultado

los que estábamos en ese momento en el Caupolicán, nos sentíamos felices con la pelea que estaba haciendo nuestro campeón.

Después de todos estos triunfos —dijo el "Tani" Cuevas— vino el descuido de Max Paredes, que así se llamaba "La Bestia Negra". La fama y la facilidad con que ganaba sus combates lo envanecieron; y en vez de dedicarse a entrenar, se dejó llevar por la alegría fácil de los cabarets, derrochando noche tras noche el dinero que ganaba y la fuerza innata que poseía. De esta manera se produjo su inevitable declinación, y no obstante, lograr realizar con éxito algunas defensas de su título, llegó el momento que tuvo que enfrentar a un púgil cubano, Kid Charol, que como buen cubano —y aquí basta que nombre a Kid Gavilán y al Mantequilla Nápoles para que sepas de qué hablo— llevaba todos los conocimientos del boxeo en las palmas de sus manos y que terminó zarandeándolo sin misericordia, en una lección que lo marcó para siempre. Cuando se encontró sin título y sin la posibilidad de continuar con su vida disipada, "La Bestia Negra" trató de reaccionar, asociándose con un promotor gríngo que creyó ver en él a un nuevo Firpo, capaz de conquistar los Estados Unidos; lo cual no ocurrió, porque de diez combates que realizó el cholo, perdió ocho, no quedándole otra alternativa que regresar al Perú, donde cuentan que tampoco le fue muy bien, ya que se tuvo que enfrentar al "Burro" Icochea, que para entonces era la nueva sensación del boxeo peruano, dándose éste el lujo de ganarlo sin apelaciones en dos oportunidades. De allí para adelante sobrevino la parte triste. Afectado de la vista por los golpes recibidos en el transcurso de su campaña de boxeador, tuvo que abandonar el ring, empezando a deambular de un trabajo en otro, hasta terminar vendiendo sus fotos a la entrada del Correo de Lima, que fue donde lo conocí, si es que se puede decir que era él ese recuerdo de gigante que caminaba apoyado en un bastón, moviendo su pesado cuerpo que se fue ajando hasta que nadie podía creer que eran suyas las fotos

que vendía. Sí, amigo, lo conocí afirmó el "Tani" Cuevas, en los tiempos en que todos decían que sería un gran boxeador, y estuve haciendo una peleas en Lima. Ahí supe de su historia y un día me lo presentaron, y él me regaló sus fotos, las cuales con el tiempo se me extraviaron, quedándome sólo con el recuerdo y la esperanza de volver a verlo un día para contarle que ahora entiendo mejor, y sé lo que es ver el boxeo desde abajo.

Estos eran mis pensamientos, entre los recuerdos del negro que había dejado unas horas atrás, y los gritos del público alentando a Villablanca cuando se produjo la primera detención del combate, y subió al ring el médico de turno a examinar el ojo inflamado del campeón. Puede seguir, dictaminó el médico, y Villablanca se le fue encima a Serrano, dando y recibiendo, arrinconando al Campeón que no atinaba a otra cosa que a cubrirse el rostro con los brazos, esperando que el tiempo pasara y sus segundos pudieran curarlo en el rincón. Y así, sin variaciones se llegó al round once de la pelea. Al sonido de la campana, el campeón salió temeroso y se quedó esperando a Villablanca cerca del centro del ring. El chileno se le fue encima derrochando las fuerzas que aún le quedaban, a diferencia de Serrano que se veía lento y sólo confiaba llegar al final del combate para ganarlo amparado en su calidad de campeón y por los puntos acumulados en los primeros asaltos. En ese momento pensé que el manager de Villablanca estaba en lo cierto cuando aseguraba la buena preparación de su pupilo y que lo importante era llegar al décimo round. Ahí, también —y no sé por qué— me acordé del autógrafo que todavía conservo de Goodfrey Stevens, y me levanté del asiento para gritar, justo en el momento en que el árbitro detenía la pelea, y nuevamente subía al ring el médico del combate para decir esta vez que Serrano no podía seguir, que la pelea se terminaba y que Villablanca era el nuevo campeón mundial.

Eran las once treinta y dos minutos de la noche del cinco de junio de 1982, y Villablanca se arrodillaba sobre el ring,

abrazado al obeso promotor de la pelea, mientras los que estábamos en el Caupolicán gritábamos a todo pulmón, y en las calles de Santiago empezaban a salir los chilenos que nunca creen en nada —tal vez porque no es tiempo de esperanza— a celebrar el título mundial de Villablanca.

Seguramente dirás —a ti no más te ocurren esas cosas— y yo por primera vez te diré que puede ser, porque ahora tengo de nuevo en mis manos las fotos que me vendiera el negro aquella noche, después que nos vaciáramos la botella polvorienta de whisky, y saliéramos a la calle tambaleando, sintiendo mi cara pegada al rostro sudoroso del negro, que se veía feliz, y que se negó a aceptar mi invitación para ver la pelea de Villablanca, insistiendo que no valía la pena, que el campeón era el campeón y nadie le ganaba; y además diciendo que no veía box, porque ya no quedaban peleadores como “La Bestia Negra”; y yo prometiéndole escribir sobre él, sabiendo que al otro día no me acordaría de ningún detalle de su historia, la que pasaría a engrosar mi larga lista de proyectos, como la biografía de Luis Vicentini que tanto sueño con escribir, sin saber por dónde empezar, porque las cosas son así, imprevistas, sin sentido, y se mueven entre recuerdos que de tanto nombrarlos no sabemos al final si son reales o no. En verdad te reconozco, a mí no más me ocurren estas cosas, porque nada explica que esta noche, mientras Lester Young me adormece con su saxofón, y afuera llueve sin cesar, esté escribiendo sobre las fotos amarillas que guardó en mi escritorio y la noche en que Villablanca ganó el título mundial.

CARLOS FRANZ

Premiado en varios concursos literarios: Concurso Universidad de Chile (1980); Concurso Nacional de Literatura Juvenil (1980). Ha publicado sus obras en revistas y semanarios, como la Revista de la Universidad de Chile; Andrés Bello; y Obsidiana. Está incluido en "Encuentro. Narradores Chilenos de Hoy" (1984). (Nac. Ginebra, 1958).

CIENCIA DE PAJAROS

El sol. El valle de Santiago amurallado entra en el alba a las 6.48 minutos. A esa hora tú, Delia, duermes con las rodillas en los pechos soñando el que, no sabes, será el último sueño de la noche. En tu cuarto la oscuridad palidece. Se va abriendo la helada noche de perros, de los prostíbulos detrás de la estación, de las ampolletas que cuelgan de un hilo, de los locutores radiales y los camioneros que manejaron persiguiendo su sintonía, del lustrabotas que durmió en la Plaza Brasil, de la comisaría de Ñuñoa donde grita un borracho sin zapatos, del Hotel Gloria en la Av. La Paz con sus muros húmedos, de los nidos espinosos que han tramado unos pájaros en los tragaluces del Instituto Forense. La noche que se va lavando de las altas claraboyas de la sala 3, agazapándose bruscamente contra la bóveda cuando al entrar encendemos la lámpara de operaciones. El mesón de mármol destella bajo la luz blanca, de nuevo tengo la impresión de que es demasiado alto para una persona normal pero, casi a la vez, advierto el entarimado de madera que rodea la mesa de operaciones elevándose 20 centímetros sobre el embaldosado. El mesón es oval; por sus orillas corre una canaleta que desemboca en un resumidero con colador metálico, en el extremo que, sin justificación lógica llamamos de los pies. La Sala también es oval, excepto donde se cierran las puertas de acero con bisagra de succión que cruzamos al entrar. Ni el mármol, ni la alta bóveda, ni las barandillas de tubo que circundan las gradas del anfiteatro, que subiendo y declinando hacia la pared sirven de aposentaduras a los estudiantes cuando vienen, me producen el escalofrío que me endereza al empujar la manija de hierro verde para ingresar aquí.

Los escalofríos que tal vez tú sientas ahora, Delia, al extender involuntariamente un pie hacia un sector helado de las sábanas, emergiendo del sueño al día progresivamente, como a la trizadura luminosa que vislumbrarás al alzar la taza de tu desayuno. Quizá confundas aún la voz maternal que levanta a tus hermanos con las otras que soñabas, secretas, rituales...

"Mujer, N.N.; Paredes, Emiliano; Riquelme, Luisa..." La enfermera lee, claramente y en voz alta, la lista que nos mantendrá ocupados las próximas dos horas. Yo también, igual que el viejo auxiliar Gregorio (sucio, flaco, el delantal ceniciento, los dedos temblorosos manchados de nicotina), estoy acostumbrándome a no oír, ni interesarme en los nombres, las edades y los datos antropométricos. Ahora tampoco siento ese cansancio demoledor, ni cometo la equivocación de desayunar a toda prisa. Ahora el hambre se declara, por conveniencia, a las 9 en punto, cuando puedo cruzar la Av. La Paz entre sus palmeras polvorientas hasta el Leguisamo y pedir la taza de café y el pan rancio de siempre, antes de partir a la facultad.

A clases, Delia, en 10 minutos más, a las 7 clavadas, tendrías que levantarte de la cama revuelta y vestirme para ir a clases. Pero no irás, ni yo tampoco. Me lo has prometido: una última cita. Aunque sea en la mañana, te supliqué, apenas abran el Hotel Gloria. Y creo que eso te convenció: la perspectiva de entregar tu belleza a mi deseo sabiendo que nunca más..., y dejarme con el recuerdo de ese segundo de absoluta pasión enquistado agriándome la boca, mientras te marchas, tal vez con algún desconocido que trato de imaginarme. Para disimular frente a tu madre vas a salir llevando al brazo el delantal blanco immaculado, con alforzas bajo los pechos, que te destacaba entre las nuevas alumnos y que has dejado listo en la sillita de paja a los pies de tu cama. Ya lo sabes, apenas dormitas, las peleas de tus hermanas turnándose en el baño te han suspendido en las fantasías seguras y voluptuosas que le

abren paso a la vigilia. Quizá des vueltas en la cama desparramando el pelo rubio y ensortijado sobre la almohada. Cada tic del reloj rodará por la cubierta del velador, bajo la cual estará el otro con dedicatoria, y caerá al suelo de parquet encontrando un eco, tac, y así irás descontando los 9 minutos que faltan hasta que la alarma te sorprenda sin motivo, como si no lo supieras.

El reloj eléctrico de esfera blanca que se apoya sobre el dintel de la puerta metálica, semejante a un blasón, preocupa a la enfermera Martínez quien le ordena a Gregorio que deje de una vez los instrumentos como están y empecemos. Gregorio aparece un momento después trayendo en brazos a Mujer N.N., desnuda, joven, blanca y vanamente temo que Gregorio sea en realidad tan débil como parece y la deje caer. No, la deposita sobre el mesón y al entrar a la tienda de luz fluorescente que cuelga de la lámpara de quirófano baja aún más los cetrinos párpados siempre caídos en la costumbre de evitar el humno de un cigarro prohibido aquí, en la Sala 3. La enfermera Martínez prepara la ficha sobre la tablilla de apuntes, me la alarga y se sienta junto a la puerta, muy profesional. Algo se agita trás la alta claraboya empavonada, un rumor de picos y alas chirriando contra el vidrio. Gregorio se ajusta al delantal de goma y los guantes. Como de costumbre me siento absurdamente de más en estos momentos previos, de pie con la ficha en la mano a un extremo del mesón de mármol. El Médico Jefe me ha dicho lo que les dice a todos los estudiantes en su práctica, que no les mire las caras, que mi trabajo está en el interior de los cuerpos. En esta posición veo a Mujer N.N., desde la planta de los pies juntos por los talones separados en una V que ahorquilla la cabeza ilusoriamente más pequeña. Al cercarme observo los pechos apretados, las pecas del entreseno, el vello del pubis y las axilas es rubio y escaso. Lleno la ficha. El vientre se comba hacia adentro entre los huesos puntiagudos de las caderas.

Te acaricias las caderas con la esponja, Delia, seguramente largo rato, jugando con la ansiedad de que se acabe el agua caliente luego del baño de tus hermanas, hasta saltar de la ducha al polvillo del vapor. Secas tu cuerpo y lo vistes a toda prisa, sonriendo cuando levantas la gorra y en el espejo el pelo seco se derrama sobre los hombros en cámara lenta. La doctora más hermosa, contigo todos serán "pacientes", decíamos, y te reías con franqueza cuando en el laboratorio frondoso de cristales te entregaban subrepticamente una probeta a la que le habían pintado con yodo la forma de un falo. Eso fue lo primero que cambió entre nosotros: cuando empezaste a reírte de mi seriedad, de la fatiga ceremoniosa que me agravó los gestos desde que empecé a trabajar en el Instituto Forense (Pero esta mañana en el Hotel Gloria no te vas a reír. Aunque apretes, aunque me marques la flor de tus dientes menudos llegaré a tocarte las trencillas del paladar. Querrás huir, perderte en el follaje espeso de zócalos y cornisas del Hotel, pero te enterraré en ese musgo donde encontrarás nieblas que te borrarán la cara, aplastándola como una ciudad bajo un alud de limo. Querrás gritar ¡no!, rajando los labios. Gritar ¡no! y limpiarte ese pus de resinas ácidas. Pero antes se te pudrirá la memoria, azumagada como el papel mural en el que unas grullas sucias se han desvaído hasta casi desaparecer. Tu creerás, aterrada, que emprenden el vuelo, que se despegan a tirones de la pared dejando sus siluetas recortadas en el empapelado. Mientras estoy dentro de tí las verás girar sobre la cama, babeando el óxido ferroso que ha trascendido en los muros como un espectro de las cañerías).

Y ahora, posiblemente, tarareas un pegagoso spot televisivo viéndote de cuerpo entero, vanidosa, en el espejo de tu madre. Ciñéndote la bufanda le sacas la lengua a una estampa de Monseñor Escrivá que te bendice en una esquina del marco y te arrepientes, y lo olvidas observándote. Quieres verte hermosa. Que yo te vea

hermosa cuando vayas a encontrarme en una hora más. (Así me harás doler tu belleza cuando te desnudes frente al armario de luna del Hotel Gloria en la Av. La Paz —peligrosamente cerca de nuestra facultad y del Instituto, por eso lo elegiste—. Así me dejarás abrazarte, pero sin desvestirme todavía, y murmurarás a mi oído, entreviendo los reflejos luminosos de los autos que pasan filtrarse en aspas por las persianas, barrer el cielo raso y dejar un destello verde en la marquesa de bronce: “¿No me guardas rencor?”, dirás tú. “Ninguno”, y agregaré sin esperanza: “pero no me dejes”. “Acordamos no discutir sobre eso...”, protestarás y paseándote desnuda, consciente del contraste entre la blancura de tu piel y las grullas veteadas de humedad del empapelado, vas a consolarme: “Por lo demás sabes que te quiero. Pero necesitamos separarnos un tiempo. No se puede seguir...”. Y en ese momento te pondré un dedo en los labios para no escuchar de nuevo tus quejas: mis celos desenfrenados durante estos meses, los coitos feroces y dañinos. Pondré mis manos bajo tus pechos como me gusta hacerlo, sopesándolos). Ahora estás más cerca. Son las 8.15 minutos de la mañana. Tal vez abonándote el escote por el frío, detienes el primer bus chirriante que debes tomar para acercarte a mí. Me distraigo imaginándote venir mientras veo las sombras de esos pájaros que han anidado en el alféizar del tragaluz de la Sala 3.

En su rincón la enfermera Martínez me vigila expectante con los ojos hinchados de sueño mientras endereza la cofia plástica. Está presionándome por mi parsimonia. Me evalúa. Quisiera dar la espalda al mesón y sostener su mirada para que entienda de una vez quien tiene autoridad aquí. Finalmente le indico a Gregorio que puede empezar. El movimiento crónico de sus manos se aquieta como si antes sólo temblaran de ansiedad. Realiza una larga incisión hacia atrás partiendo de una de las sienes, bajo la nuca y hasta la otra sien. Observo el rostro de Mujer, N.N., la nariz afilada, la frente tersa. Tirando desde la nuca, Gregorio separa la

piel capilar del cráneo y la da vuelta sobre el rostro, tapándolo. La melena pajiza y rizada se esparce sobre los pechos. El líquido rojo ha manchado otra vez el mesón immaculado y corre, aunque en escasa cantidad, por la canaleta periférica. La enfermera Martínez consulta su reloj pulsera, sin gran dificultad pues la luz de la mañana ya entibia la Sala 3. Ahora se distinguen claramente las sombras de esos pájaros que se disputan un gusano graznando o hurgan parásitos en las amplias alas. La enfermera taconeó impaciente. La miro hasta que se quiebra su cuello almidonado. El ronroneo de la sierra eléctrica me saca a la superficie. Un espeso polvillo blanco se levanta bajo las manos huesudas de Gregorio. Traza un corte perfecto de parietal a parietal y desprende la tapa. Ahora se yergue para interrogarme. Me entiende, aunque no hayamos intercambiado sino monosílabos y saludos en estos meses. Empuñando la misma delgada hoja con que realizó la primera incisión saca el encéfalo de su cavidad, separándolo del terminal de la médula, y lo pone en este extremo del mesón, frente a mí. Tengo el escalpelo en la mano. Mujer, N.N., a simple vista no se advierten lesiones. Miro el cuerpo, el sexo amarillo y hermético, los muslos torneados con la impronta de una vacuna: las mujeres se hacen vacunar en las piernas por estética. A mi espalda la enfermera Martínez tose estrepitosamente para llamar mi atención. Vuelvo a observar a Mujer, N.N. Tiene el rostro, los ojos tapados por su propia piel; entonces me decido y secciono varias veces el encéfalo para examinarlo. La enfermera Martínez carraspea iracunda por mi lentitud.

Muy rápido, Delia, y cómo te gusta, muy rápido y de pie en la pisadera del primer bus, volando con suavidad sobre los reflejos de las charcas en las esquinas de Providencia. Vienes turbada entre los cuerpos desconocidos de los pasajeros. Desfila una vitrina en la que once locutores televisivos, contra el fondo de un gran reloj, leen a coro inaudible las primeras noticias. 8.40 minutos. La falda

escocesa chicotea entre tus rodillas. (Entre tus rodillas que enredaré a los barrotes de la cama de bronce del Hotel Gloria en la Av. La Paz. Donde te sujetaré para abrirte y acecharé los olores violentos de tu interior. Las puertas del Hotel caerán a una ráfaga. La racha ciclónica de mi voz que te susurrará en la entrepierna, entrará a saco por las ingles dejando que te tuerzas. Te minaré. Entonces ya no rogarás. Te escurrirás entre los barrotes de la jaula de bronce verdecido, licuada hasta la tinta, hasta un humor violeta que agriará las bisagras, las aldabas y los clavos, dará vuelta a la llave en la cerradura y la perderá. Entonces, ¿serán tuyos los pezones amoratados que van a brotar en las lunas del armario?. ¿Serán míos los testículos que se disgregan al apretarlos en una fina arenisca de guijarro?. La pieza del Hotel Gloria se cerrará como una bolsa de cuero. Estaremos uncidos, labio a labio, dentro de la jaula de bronce, junto a las grullas que se habrán desprendido del papel mural limpiándose las manchas de humedad). Pero a las 8.45 minutos, Delia, en pleno presente, sigo desmembrando el cuerpo de Mujer, N.N., en la Sala 3 del Instituto y tú continúas viniendo a nuestra cita. Saltas del vehículo entre los bocinazos de la Plaza Italia y te apresuras a cruzar el río para cumplir el itinerario inevitable. Cuando se te acaba el puente de metal (Schneider—Creusot 1898) te dispones a esperar el segundo bus que corre por Pío Nono, por la Av. La Paz hacia mí. El sol le pone cobres al Mapocho y azules a Los Andes transparentando la nieve. Te imagino oscilando, pensativa, del orgullo a la compasión, esa sobra del amor. Vienes tan asida e inasible como un volantín atado por un hilo a nuestra cita. Tal vez sospechas, pero crees que me debes este último encuentro, crees que te debes a ti misma este recuerdo romántico. Y cuando las beatas mañaneras dejan la capilla a punto de correr a arrodillarte y persignarte y no sabes si por tus pecados veniales, o por los míos... El sol destella en los letreros rojos del bus La Granja que ves acercarse.

Las lámparas de quirófano parecen soles crepusculares reflejándose en el mármol untado de sangre del mesón. Ahora Gregorio, imbuido de mi lentitud, para desesperación de la enfermera Martínez, secciona a partir de la vulva el bajo vientre y cortando el arco pelviano, extrae con mano experta el aparato genital. Pone en este extremo del mesón el útero morado. Lo examino, no es mayor que un gotario terminado en el estrecho "Hocico de tenca". Mujer, N.N., nulípara. Un cuenco vacío. Nada irrumpió en él, excepto, quizás, mi mano. Aún sosteniendo el órgano me separo un poco de la mesa y al hacerlo oigo caer el escalpelo con un ruido sordo sobre el entarimado, primero, y luego tintineando en las baldosas, despertando graznidos de los pájaros que reclaman irascibles en una esquina de los tragaluces empavonados. Gregorio arrastra los pies para ir a recogerlo, la enfermera Martínez truena:

— ¡Apúrese hombre! —. Habría que gritarle. Pero su cara de vieja escueta indica que las mejores razones se le escaparían. Aunque yo las tuviera. Aunque fuese seguro que donde se ha hecho imposible el amor se necesita esta ceremonia.

Doy por terminada la autopsia. Indico a Gregorio que limpie y ordene las vísceras y luego suture con cuidado. Completo la ficha con las palabras usuales, firmo. Al entregársela, la enfermera Martínez no se contiene más. La bóveda se abre a un torrente de ecos. Las siluetas de los pájaros se alarman detrás de los ventanales extendiendo las alas sobre sus nidos. Gregorio y yo miramos desde muy lejos, semejantes a dos sacerdotes interrumpidos en medio de la eucaristía. La cólera le ha resquebrajado el almidón en un centenar de venitas apopléticas. Sin embargo, no nos mira, ordena con violencia innecesaria sus cosas, su silla, sus fichas, su llavero y precipita:

— ¡Otra vez. Otra vez vamos a tener que completar en la noche! Una es mujer de trabajo, no se puede andar con finuras. ¡Parece que le gustara esta cochinidad. Que fuera

algo suyo la fiambre esa! Pero el Doctor me va a oír esta vez. El doctor... Puerta de...— La enfermera Martínez lucha con la pesada manija verde, su aparatosa salida se frustra. Finalmente la puerta cede y al cerrarse deja escapar un largo suspiro neumático. Aquí dentro el silencio tiene la brusquedad de un campanazo. Nos quedamos encapuchados en él, inmóviles los tres. Sólo los pájaros se agitan contra el vidrio, parece que fueran a rascar el empavonado para atisbarnos.

Vienes con la frente entregada al torpe masaje de la ventanilla del bus, Delia, internándote por la Av. La Paz, esperando que pase la fachada de estucos rosados del Hotel, que la recepcionista, llena de eufemismos llama "casa de citas" (No sólo tú y yo acudiremos, también vendrán, desde las cuatro paredes, las grullas desvaídas despegándose a tirones del empapelado. Sus aletazos te marcarán una mejilla y huyendo de ellas querrás arrojarte al pozo escarchado del armario, perderte en su luna, pero el espejo se empañará al acercarte y a través de ese vaho, como si fuera un alto tragaluz, creerás distinguir una Sala abovedada, tres siluetas borrosas que se afanan entrando y saliendo de un círculo de luz y el cuerpo sin rostro que sangra sobre el mármol. Antes de que me preguntes, Delia, te arrastraré a la cama, me envolveré contigo en las sábanas y así amortajada no verás cuando las grullas de papel destrozén a picotazos las ventanas y se pierdan entre los sucios tejados, aleteando y posándose por todo lo hondo del valle de Santiago).

—Justo a tiempo— te digo. Me esperabas en el ángulo soleado de la fachada del Instituto. Las comisuras me duelen al sonreírte como si fuese la primera vez que intento el ejercicio. Un camión crujiente llena de aplausos la Av. La Paz. Las marmolerías y los puestos de las floristas enceguecen la mañana.

—Alcanzamos a hacer uno solo— te comento. Y no te sorprendes, pero palideces, me niegas la mano, pero me

sigues irresistiblemente, cuando agrego:

—Te voy a contar cómo fue. Vamos...— Los pájaros revolotean, dan aletazos de palo quebrado en el alféizar de los tragaluces, emprendiendo el vuelo hacia el Hotel.

TRES MUSICOS CALLEJEROS TOCARON UNA SERENATA EN EL CERRO ALEGRE

Los tres músicos callejeros se habían puesto de acuerdo. Doña Engracia agonizaba. Subirían hasta su casa, en la cima del cerro, para tocarle. De los tres sólo uno respetaba el oficio, los dos restantes creían hacerlo temporalmente y con ello daban a entender que no lo consideraban del todo a su altura. A uno de ellos, el que se llamaba Delfín, no le era necesario saber música, y no lo sabía, pues le bastaba con darle vueltas a la manija del organillo y seleccionar la tonada con una pequeña llave del costado. Este era el más alto de los tres y el más joven y llevaba siempre una chaqueta militar de campaña. Le gustaba usar el pelo largo, también recitar largas poesías a veces en otros idiomas, lo que hablaba de una cultura fuera de lo normal y hacía que fuese considerado en el bar Blue Ship como un tipo raro.

Otro de los músicos había sido en su juventud marinero, pero desarrolló una sífilis que ahora le impedía embarcarse. Era bajo, macizo y muy moreno. Estaba cansado. Hablaba poco, como no fuera para recordar detalles de sus viajes y usar términos náuticos que paladeaba largo rato al mencionarlos. Los repetía para convencerse de su sentido: "...golpeaba en la amura, sí, la amura..."

El otro había sido antes un bongosero de éxito, hasta que perdió los dedos de la mano derecha en una pelea. Lo que se sabía es que apareció una noche en ese estado junto a la puerta de la boite "El Zorba". De su antigua profesión le quedaron las camisas guayaberas y un entrecerrar lagrimeante de los ojos, como si el humo y la oscuridad de los cabarets estuviesen siempre a su alrededor. Sin embargo, era este el único que no lamentaba su oficio. Por las mañanas limpiaba y frotaba las guarniciones de bronce

del gran tambor, luego se aseguraba al muñón de la mano derecha uno de los largos percutores, se echaba el tambor a la espalda y empezaba de calle en calle, por los cerros, su faena. Ni más ni menos, decía él, que si vendiera pan o repartiera el diario.

Los tres se habían puesto de acuerdo por iniciativa de Delfín. Todos conocían a doña Engracia. Les había fiado comida en su pensión. Los contrataba para tocar en fiestas patrias. Más de uno había dormido sobre el sofá floreado, en la gran galería envidriada suspendida del cerro como un observatorio, y se había despertado con el chillido de los canarios repartidos en cuarenta jaulas de madera. Los tres le habían leído a la vieja las cartas de remotos enamorados que su absoluta miopía le vedaba. Y se habían sentido incómodos al oírla sollozar con disimulo tras un pañuelito de batista que se iba manchando de negro con la coquetería senil de su rimmel. Así que se concertaron para ir a tocarle algunas de sus piezas preferidas, ahora que ella estaba enferma.

El tema dio para largo. Se trataba de encontrar una música que les fuera común. Con la guitarra del antiguo marino no había problema, pero el tambor y los platillos del ex-bongosero admitían escasas afinidades. La decisión que tomaron fue forzada, en definitiva, por otro motivo. Delfín demostró en forma terminante que la clave del organillo era limitada y lo que mejor se le avenía era el tango. Así que eso fue: tango. Versiones libres que incluían: Cuartito Azul, Medias de Seda, Margarita Gauthier, Frente al Mar y desde luego, Yira, Yira.

La voz del antiguo marinero desveló largas noches de sus vecinos. Varios reclamaron ante la administración del ascensor urbano que le cedía una pieza, como cuidador nocturno, en lo alto del recorrido del funicular. Nada consiguieron. Los ensayos generales del grupo se verificaron al aire libre en la terraza del cerro Artillería. Delfín le daba vueltas al organillo, el viejo marino tocaba la

guitarra y cantaba muy despacio al comienzo de cada canción y, hacia el final, a voz en cuello, entusiasmado. El ex bongosero se llevaba los aplausos y cierta envidia de los otros. Marcaba el compás golpeando suavemente con los percutores y en las incidencias más altas y definitivas de una canción tironeaba con el pie el largo cordel unido a los platillos, transformando hasta la más cadenciosa melodía de tango en un ritmo de carnaval, que terminaba con él girando y girando sobre sí mismo. La gente esperaba verlo caerse con su gran tambor a la espalda. Entonces Delfín que oficiaba de director, le hacía una seña imperceptible por sobre la caja del organillo y todo terminaba de súbito en dos acordes rotundos que sindicaban lo anterior como un indiscutible tango. Ya estaban listos para tocarle a doña Engracia.

Subían siguiendo la cimbra de la calle Diego Dublé. El sol del mediodía lustraba el empedrado de huevillo, volviéndolo ilusoriamente resbaloso. El ruido del tambor sacó a la boca de las escaleras gatos y niños. El gato se arrellenaba en un peldaño, somnoliento; los niños querían tocar al loro de la suerte que Delfín llevaba en una jaula de alambre sobre el organito. Al llegar a Placeres, donde las calzadas se encontraban como un techo de dos aguas, se detuvieron para contar sus monedas y leer en la pizarra del "Virgilio" el almuerzo del día. El ex bongosero dijo que no le gustaba, el antiguo marino dijo que le daba lo mismo. Delfín, parado en la puerta, con la mano en la mampara de vidrio velada por cortinas a crochet, se quedó en silencio mirando hacia fuera. Frente al restaurante estaba la funeraria D'Onofrio con su furgón negro estacionado al sol. Era un Chevrolet 49, le habían puesto piedras en las ruedas traseras para que no resbalara por la pendiente; un ribete de cucharitas plásticas para helado enmarcaba el parabrisas desvalído. Delfín miraba a los empleados de la funeraria. Eran tres hombres al igual que los músicos. Esperaban jugando a la rayuela sin entusiasmo. Al inclinarse para lanzar el tejo sus camisas

blancas, sudadas, se reflejaban como largas palomas en los tapabarros del furgón.

Cuando terminaron de almorzar salieron a la calle a tocar algo y hacer hora hasta que fuese tiempo de ir donde doña Engracia y, sobre todo, hacer hora hasta conseguir el valor suficiente para poder ir. Subieron deambulando por los cerros. Desde la ladera de algunos se veían las grúas de los barcos surtos en el puerto. Desde otros, en cambio, sólo se veía el cielo en lo alto y a los costados las paredes de madera enchapadas en zinc, pintadas a retazos con sobrantes de pintura ocre, amarillo, gris espeso del color de los buques de la armada. En la entrada del pasaje Polifemo, una larga escalinata hasta lo hondo de la quebrada, tocaron Yira... Yira. Subiendo más, frente al club social de ex alumnos de la Escuela de Grumetes, bajo balcones morados repletos de maceteros con aspidistras y helechos, una muchacha tímida le pasó a Delfín para que el loro de la suerte se la predijese. Delfín sacó el pequeño cajoncito lleno de tarjetas de colores y abrió la jaula del loro. Este salió, indeciso, balanceándose, y caminó sobre las tarjetitas mirándolas. El viejo marino y el ex bongosero se cruzaron señas de inteligencia. Delfín entonces golpeó con la mano el cajoncito y el loro se agachó y tomó con el pico curvo una tarjeta y la sacó. Al leerla la muchacha pareció estar a punto de llorar. Después los tres se fueron comentándolo. El ex bongosero y el antiguo marino estuvieron de acuerdo, y así lo dijeron a medias palabras en que no estaban bien que Delfín hubiese mandado a imprimir esas sentencias y malos augurios en vez de las acostumbradas promesas de alegría y larga prosperidad.

Delfín creía que ni el ex bongosero ni el antiguo marino sabían con exactitud por qué iban a ir esa tarde a cantar para Doña Engracia. Por su parte el bongosero, cargando el gran tambor y palpándose en un gesto ya maquinal el muñón de la mano derecha, iba pensando, en ese preciso instante, que Delfín era demasiado joven y nuevo en el oficio como

para comprender que Doña Engracia los había albergado, a él y otros en invierno, cuando llueve día con día y es imposible salirse a una esquina a tocar. El viejo marino pensaba en los calabrotes, gruesos como el muslo de un hombre, con que había visto asegurar los buques durante una marejada en Oporto.

Doña Engracia vivía en lo alto del Cerro Alegre. Su casa era a la vez la más importante y grande de la vecindad y desde ella podía verse del puerto a la Punta de Angeles, la más extrema de la bahía. Estaba ubicada en una callecita sin salida, corta y soleada, que se llamaba Pierre Lotí. Pero lo único de su casa y ella lo recalca a todos sus visitantes, era el jardín. Estaba en un terraplén sacado a la ladera del cerro. Podían verse desde el pasaje las dos altas y polvorientas palmeras, la glorieta desfalleciente por el peso de un enorme jazmín del cabo y el estanque oval justo bajo la orilla de la calle y que en otro tiempo conoció el chorro de una fuente. De acuerdo a la estación primaveral la hierba había brotado por todas partes, y el musgo entre las gradas que conducían a la glorieta, y el estanque estaba lleno de agua sucia, de ramas, hojas y larvas de mosquitos. La ventana con postigos blancos de Doña Engracia quedaba a la altura de la calle, desde la que podían verse sus cortinitas con vuelos de tul, el peinador de tres espejos y sobre él un payaso de trapo con su gorro colorado. Hasta allí llegaron los tres músicos callejeros. Entraron por Pierre Lotí y se detuvieron en el borde de la calle a la baranda sobre el jardín.

Las casas de Pierre Lotí eran casi todas iguales, blancas, de dos pisos, precedidas por parterres de cardenales y maceteros. Por las ventanas y puertas de todas ellas asomaron rostros curiosos. Un ciego apoyado en su bastón quedó oyéndolos junto a un umbral en el que la plaquita de bronce anunciaba a Carlos Franzo. Delfín apoyó el organillo contra la baranda, el antiguo marino se colgó la guitarra del cuello carraspeando, el ex bongosero se acomodó el bombo

a la espalda y la atadura del largo percutor al muñón de la mano derecha. Estaban listos. La tarde caía con rapidez y el sol inaparentemente se inclinaba hacia un confín de la bahía. El pito de un remolcador sonó a lo lejos. Empezaron a tocar. Primero fue un tango melancólico: Frente al Mar, que el viejo marinero cantó identificado con él. Delfín le daba vueltas a la manija, el loro de la suerte se sacudía inquieto y las pequeñas pelotitas de papel plateado para venta, colgadas a un costado del organito, saltaban despidiendo reflejos. Luego fue una adaptación especial de El Choclo, particularmente apropiada para que el ex bongosero se luciera golpeando el tambor en una cadencia pegajosa y tirara de los platillos como ratificando el final de cada compás. Entonces empezó a salir la gente. Unas pocas personas que se juntaron a prudente distancia, luego algunas más y al cabo muchas, que aparecían de todas las casas, asomadas a los balcones, tras los visillos, niños que corrían desde pasajes más lejanos. La multitud llenó la mitad de la calle comentando en voz baja, los más pequeños pidiendo a sus padres que los subieran en hombros; a la conclusión de cada tango aplaudían unánimes. Pero los tres músicos callejeros tocaban dándole la espalda a la muchedumbre, fijándose sólo en la ventana de Doña Engracia. Nadie aparecía por ella. Delfín recurrió entonces a su recurso extremo, enfrentando a la multitud explicó que aquello era una serenata para la señora Engracia y que el próximo tango era uno de sus preferidos y se lo dedicaban especialmente. Y tocaron Cuartito Azul. Luego fue Naípe Marcado y El Ciruja y cuando el sol ya se ponía intentaron la apasionada Fatalidad de Yira... yira por segunda vez en la tarde. La gente que se apiñaba tras ellos había copado toda la calle, los que quedaron al final gritaban silencio para poder escuchar. Una mujer rubia les tiró monedas desde una ventana. Cuando terminaban de tocar inmediatamente les pedían que repitiera la pieza y el antiguo marino, con voz engolada por el orgullo,

contestaba: "momentito, momentito...". Para no quedarse atrás el ex bongosero acudió a sus pasos de baile más complicados y amenazó con quebrar los percutores de tan sonoros e impetuosos que se volvieron sus mandobles al tambor. Delfín, por su parte, dirigió con mano inflexible los finales de cada canción y no permitió que nadie más eligiera la pieza siguiente. Sin embargo los ensayos previos los habían preparado para una exhibición forzosamente limitada. De modo que cuando la pareja de carabineros apareció disolviendo el gentío al terminar Yira... Yira, lograron, sin querer, dejar la impresión de que el tango clásico era uno más del rico repertorio y no el justo y necesario final para audición que se prolongaba demasiado. Los tres músicos callejeros se dieron cuenta de esto más tarde, pues mientras la gente se retiraba y dispersaba, ellos siguieron tocando de espaldas a lo que sucedía. Esperando que en la ventana de Doña Engracia apareciese alguna señal.

Las últimas personas terminaron de irse a sus casas. El pasaje Pierre Lotí quedó desierto. Mientras tocaban los tangos el área luminosa del sol se había escurrido por la fachada de la casa hasta desaparecer. Los músicos desmontaron sus instrumentos en silencio, salvo el ex bongosero que alegó que tenía hambre y se marchó. El era músico profesional, sabía cuando saludar y retirarse. Los dos restantes lo vieron doblar hacia la calle Templeman y Delfín comprobó, sin asombro, que allí estaba detenido el Chevrolet 49 de la funeraria D'Onofrio. Desde atrás del furgón negro se asomó un niño de pantalones cortos jugando a las escondidas. Les apuntaba con una enorme pistola espacial. Al oír el estridente sonido del juguete el chofer de la funeraria se bajó para callarlo. Los tres empleados que competían a la rayuela frente al restaurante "Virgilio", ahora con chaqueta y corbata, empezaron a bajar del carro sus implementos.

Refrescaba. Delfín, apoyado en el barandal miró hacia abajo. Al refugio esfumado de la glorieta. A las aguas

oscuras del estanque. En su reflejo vio las primeras
estrellas y el instante en que se encendió el farol callejero
que tenían a la espalda. Sólo una imprecisa línea de claridad
subrayada, mucho más allá del puerto el fondo de la bahía.
Delfín le dijo al antiguo marinero: hora de irse.

SONIA GONZALEZ

Sus trabajos se encuentran publicados en "Ergo Sum. Caja de Cuentos" (1985); y "Escriben los Abogados" (1985). Ha obtenido premios en los concursos: "Radio Chilena" (1976); "Departamento de Educación Extraescolar Ministerio de Educación (1977); "Fuga Poética" (1985) y "Escriben los Abogados. Concurso de Cuentos del Colegio de Abogados" (1985). Tiene publicado su primer volumen de cuentos: "Tejer historias". (Nac. Santiago, 1958).

COSAS QUE SOLO NICOLAS SABE

El viejo Nicolás se sienta al balcón. Espera. Los crepúsculos siempre han sido suyos, Y no le digan que la fatiga no se acumula, que con dormir una horas basta. El sabe como es que transcurren cosas por la vida. Cada año, lo mismo que todo minuto, adquiere la forma de un surco lamentable que se traza, brutal, donde antes acechaba una sonrisa. Le gusta reconocerse como si fuera uno distinto de sí, mirar desde afuera hacia adentro metiéndose en el interior de su vida, de su vida real, distinta de esa que, diablo, ellos ven y compadecen. Lentamente sus manos: atraviesan duras y visibles las venas; sus rodillas cubiertas por la tela café del pantalón. Ver hacia adentro, hacia el anhelo de esta tarde, sentado a la espera del crepúsculo con renovada ansiedad de viajero. Frente al parque, inmóvil, es cierto, inmóvil, inmóvil. Si pudiera lo gritaría. Los crepúsculos de este parque, piensa, son los más espléndidos que ha visto jamás. El sol se mueve, no le digan a él que no, que es la tierra, no a él que ha visto tantos, es el sol el que desciende con lentitud, el que irrumpe entre los árboles y todo se hace una sola cosa, incluso él.

Pero esta tarde es diferente. Miguel yace entre la hierba con la cabeza rota; sobre el pasto cae la sangre de su sucia sien derecha. A metros de él transitan todos aquéllos que han escogido los parques para hacer en ellos el amor o la soledad. Miguel yace bajo los rosados ciruelos.

Temprano vino Elisa a extender un chaleco sobre sus hombros. No hace frío, Elisa, hija mía, habría querido decir, acentuando la palabra hija para que ella entendiera. Y Elisa habría podido adivinar esa protesta apaciguada nada más de volver sus ojos hacia el brillo inteligente de los de su padre.

Pero todo lo que ha visto es cosa suya. Mucho tiempo hace .que nadie lo toma en cuenta, ni siquiera por

curiosidad. Si viera a través de sus ojos Mario, por ejemplo, descubriría a través de ellos como de una ventana; a Elisa descender de un taxi y despedirse con culpable temblor de su sujeto obeso que se sujeta los pantalones sobre la barriga, un tipo gordo y feliz que sostiene la mano de Elisa mientras pone primera; a Elisa entrever a su padre por la chasquilla viéndola desde el balcón, incapaz de decir nada. Y si Elisa supiera que él carece de palabras para la crítica, más por tolerancia que por la incapacidad física de articular sonidos, tal vez, sólo tal vez aventurara mirar a sus ojos. Pero ella no sabe.

Le echó el chaleco sobre los hombros porque era martes, día en que Elisa despierta alegando que ella también tiene derecho, que se la pasa en la casa, que es la sirvienta de todos, que hace tiempo que no ve a sus amigas; día en que Mario se despide haciendo un además con el brazo que significa que todos sin excepción pueden irse al infierno. Porque era martes le echó el chaleco sobre los hombros, día en que Elisa regresa después de las nueve de la noche y ella y Mario se reencuentran con renovado desdén, él a ella desde el sillón, apartando por segundos la atención del noticiero; ella a él desde la puerta, interrumpiendo con esa mirada el gesto maquinal de quitar una llave del enredo de la chapa.

Los martes Mario se da el tiempo de realizar ciertas rutinas de reconocimiento y confianza con sus hijos, que consisten en conversar temas escogidos para los martes y pedirles luego que se vayan a la cama. Nicolás los escucha hablar de matemáticas y deportes, Hablan por costumbre o ilusión, buscándose infructuosamente en la parte negra de aquellos diálogos, piensa, porque Miguel mira a Eduardo, Eduardo a Miguel, y Mario se pierde en ese tránsito de miradas. El sabe eso.

Sólo que esta tarde es distinta. El crepúsculo ha desplegado una formidable claridad detrás de las ramas primaverales; más allá, los lejanos edificios grises cortan el horizonte con irregulares terrazas. El grupo de muchachos que jugaban en el parque se ha disuelto, y ninguno ha descubierto a Miguel quedando rezagado en la hierba.

Nicolás advierte que se van y quiere llamar. Como si lo consiguiera, por un momento Eduardo levanta los ojos de su cuaderno sucio de ecuaciones de segundo grado para mirar al abuelo.

¿Pasa algo? Nicolás sabe que Eduardo ha intuido más que escuchando su sobresalto. Ahora quiere insistir. Cómo decir a Eduardo que se acerque al balcón, que se asomó por sobre la baranda y que mira a Miguel, su hermano, entre la hierba, a Miguel.

El chico se acerca al viejo con su seriedad de enano erudito, observa la calle y regresa satisfecho a sus deberes.

Los viejos, ha de pensar, mientras mueve la cabeza.

La sombra total de la noche se desploma sobre el parque. El cuerpo de Miguel es bruscamente ocultado por el negror.

Se acumula el cansancio, piensa intentando ver. Sobre sus ojos flota un velo acuoso que no tarda en derrumbarse con triste rigor por sus mejillas.

Entra Mario. Pregunta por Miguel, al paso, mientras sus manos tiran de la silla de ruedas hacia el interior del departamento, en tanto empuja con el peso de su cuerpo la puerta de vidrio sobre los rieles. Un vicio de ruido y respiración rabiosa y cansada enturbia la atmósfera antes rica del aire puro del crepúsculo.

No está, responde Eduardo. No sabe dónde. Cierra el cuaderno y se pone rápido de pie con gesto de muchacho cumplidor, con militar obediencia que Mario ignora yendo por las habitaciones.

No se conversa de matemáticas ni deportes. Mario pregunta otra vez por Miguel. Eduardo se encoge de hombros una vez; luego dos, ante la mirada ceñuda de su padre; tres, abriendo las puertas de los closets; cuatro, regresando de la calle después de dar una vuelta al edificio; cinco, asomándose al balcón desde el que sólo divisa la oscura calle con agujeros de luces como ojos de ciegos.

Pasan junto a Nicolás empujando su silla de un lado a otro, lo vuelven hacia la muralla, lo entran en la cocina; por minutos lo dejan entre la puerta del baño y la de la pieza de los muchachos, ante un espejo que obliga al viejo a inclinar

la cabeza para no ver toda esa fatiga que él sabe se acumula.

Hablan. Puede percibir que hablan, pero no entiende el murmullo espeso que sale de sus bocas. Mario pregunta. Eduardo responde o calla. Sus siluetas se aproximan a la puerta. Van y vienen, igual que miradas a través de una escafandra que lo limpia, que los margina.

Mario sale a la calle. Eduardo se sienta sobre la mesa del comedor y abanica su cara con un cuaderno.

El viejo realiza ahora un viaje hacia atrás. Se responde las propias preguntas. Sí, dice, trepaban a los árboles. Miguel: su polera azul y sus estornudos. De pronto se volvió hacia él que lo miraba desde el balcón. Abuelo, debió haber gritado para que lo mirara, aunque él no lo escuchó. Abuelo. Miguel sabía que el viejo lo miraba cuando cayó.

La puerta se abre dejando pasar a Elisa y Mario, quien con feroz energía la cierra apoyando su cuerpo flaco sobre la madera. Sostiene a la mujer por el codo, la empuja contra uno de los sillones. Elisa cae sentada y grita a Mario insultos que le encienden la cara. Mario se agarra la cabeza como si quisiera desprenderla de su cuello; pregunta por el hombre, por el taxi, por ella, por Dios. Se amenazan.

Eduardo se aproxima al abuelo. Apoya su mano sucia de tinta azul en el brazo venoso de Nicolás. Su pose de sabio se desmorona y abraza al viejo por el cuello.

Mario llora. Y Elisa. Eduardo moquea mojando la camisa del abuelo. Nicolás siente la necesidad de hacer su viaje hacia adentro, su aventura de reconocerse nuevamente para saber que él no, él no está perdido. Pero Miguel continúa tendido sobre la hierba, y así Nicolás no puede, de verdad que no puede.

TEJER HISTORIAS

Quién fuese abrigo, p'andar contigo.
Serrat.

Quieta sobre la cama. Los ojos abiertos. El sol de las diez de la mañana se filtra por la precaria juntura de los postigos, y traza un triángulo, no sé por qué precisamente un triángulo; es sobre su ojo izquierdo que lo dibuja, ahí donde mi dedo continúa aquella línea de claridad para tocar esa piel cálida y húmeda; los párpados un poco trajinados a causa del inútil descenso de lágrimas. Del resto, bueno, te digo: los brazos flojos, pesados, como dos vigas caen por una de las orillas de la cama; las manos rozan la alfombra recogida y cubierta de revistas y platos con migas de pan. Así de abatida, la impresión es la de un vestido recién tomado del colgadero, todavía tibio y quebradizo sobre el cubrecamas azul. ¿Lo recuerdas? Azul con listas violetas. No ha buscado acomodo y espero que lo haga. Tal y como si luego de haber pasado horas cogido por los hombros aquel vestido tardara en vencer la modorra del sol que lo ha resecado lento, como un papel. Bien se ve que es ella.

Si sólo por hoy la vieras, Roberto. Si detuviéras ese paseo inútil de este rincón y te trasladaras, con la pura idea de mirarla otra vez, plácida y triste, nada más plácida y triste.

Patricio, yo sé que fue a causa de aquella pesadilla que te conté, esa de la que Roberto despertó antes de las seis de la mañana, todavía oscuridad, aún sirena y patrulla; saltó de repente del sueño azotado en la confianza por un fustazo traicionero. Carajo, fue lo primero que dijo. "¿Qué te ocurre, Roberto?" Carajo, con esa impotencia que en otras personas significa Dios mío. Me costó quitar el enredo de sábanas de encima. Quise encender la lámpara. Deja eso, reclamó, estableciendo con el brazo una frontera entre los dos. Le busqué la cara en la oscuridad, pero era más que

eso, deseaba, necesitaba mirarle la verdad. Porque supe que iba a mentir desde el primer carajo. Alegó que era un calambre que le mordía la rodilla, el calambre del carajo que lo atacaba a veces, no sabía por qué, no importaba, y justo esa noche, a él nomás le ocurrían esas cosas, precisamente la rodilla izquierda que era la más querida para él, no le preguntara porqué, era un barrero en cuestión de rodillas. Había que ser bien salado, la víspera del partido pasarle, ¿me daba cuenta? Pero no le creí, Patricio. Duérmete, dijo, adivinándome en el desvelo; se apoderó del rincón pasando su cuerpo por sobre el mío, me empujo hacia la orilla, permísito, dijo, tiró una carcajada. Habrá dormido diez minutos luego, más no fue, y creo que se quedó pensando en la pesadilla mal disfrazada de calambre para que yo no intuyera el miedo que lo aguardaba en sus sueños. Pero quizá no fue así, tal vez no pensó en mí. Digo que no más de diez minutos el tiempo que se tomó. Después se apegó a mí con la ternura ritual de los amaneceres, me besó la nuca y rodeó mi vientre con sus brazos. Comenzaban a cantar los pájaros, y esto te lo cuento, Patricio, nada más para que te hagas la composición de época, de primavera: septiembre, octubre, por si Roberto llega a preguntártelo, que en eso el olvido me ha tirado un poco de espalda; te repito que bien no recuerdo la fecha precisa de aquella mañana, eso sí, dos días antes del de cuchillos..., pero eso es otro tema. Yo sólo quería que supieras que Roberto soñaba, que su sueño era terrible y que no quiso contármelo.

Dice, Roberto, que lo supo por algo que habías dicho tú, tiempo antes, algo que ella hilvanó más tarde a los retazos de su recuerdo.

Me voy, Roxana, me dijo, Patricio.

Dice, Roberto, que ella pensó que te ibas dónde, que por qué puta razón, que si sin ella entonces con quién. Todo eso, dice, fue lo que pensó.

Pero, sabes, yo adivinaba otra cosa, Patricio, y creo que por eso me acomodé a los tiempos venideros, con paciencia

y buen humor. Hasta este día, Patricio, este día en que es preciso que vayas.

En eso la encontré. En eso y tejiendo. Pero esa es otra historia, Roberto. Cuando me cuenta que te dio de puñetazos, hace ademán de trazar un gran escenario. Tú estás en medio de la pieza, metiéndote la camisa bajo los pantalones, abrochando tu cinturón; y ella medio dormida a causa de ese sopapo tuyo que no acaba de entender y piensa no es más que un mal sueño. Porque no se lo esperaba. Entonces, de repente, salta sobre tí con sus puños rosados endurecidos para el castigo. Cuando me cuenta lo que dice hizo (que yo no lo creo), se mira las manos con ternura, como si no fueran las suyas sino las de una amiga muy querida y tonta. Que no te vas, dice que te digo... Entonces, era verdad. Luego enciende un cigarrillo y me pide que le alcance los diarios para ver tu fotografía.

Los muy animales escogieron la peor, Patricio. Ya verás que tiene los ojos más grandes y menos juntos. Si parece un caballo en ésta. Y el pelo más largo le queda mejor porque le cubre las orejas algo filudas. Bueno, con barba nunca lo ví; en aquel tiempo usaba bigote, un cuidado y suave bigote negro de jovencito de película que nos hacía reír porque Roberto así inventaba personajes: a veces era un cajero de banco, otras detective. ¿Te das cuenta? ¿Llevarán bigote los bribones que lo agarraron con los papeles?

Dice papeles, no panfletos, para librate de toda sospecha, por si alguien escucha.

Te puedo describir ese día, Patricio. Llegué a la consulta a las diez de la mañana. Pensé que el doctor no llegaría temprano porque nunca lo hacía, pero aquella mañana fue diferente. Me había tomado el tiempo de preparar un buen desayuno porque Roberto jugaría por la selección de la escuela; comió dos huevos pasados por agua, leche chocolatada, galletas. Al llegar a la consulta encontré al doctor Vera ordenando el archivo; respondió con un gruñido a mi saludo. No lo mandé a la cresta nada más porque en el

momento en que iba a hacerlo metí la mano al bolsillo de mi chaleco y ¿qué crees?, detalles de una sola persona en el mundo: dos galletas, un elefante y un buho. ¿Sabes lo que es encontrar un tesoro como ese, en el instante en que el animal del doctor me pegaba un grito para que fuera a su privado? Eso también me convence de que era sueño y no calambre; porque, dime tú, Patricio, si no era sueño, si era cansancio, ¿cómo explicas aquella galleta en el bolsillo, esa mañana, el doctor Vera dándome la espalda y refunfuñando ante el kardex, etcétera? La cosa siguió de la siguiente manera: el doctor se pasó la mañana entretenido en encontrar mal cuanto yo hacía, lo que no tiene nada de raro porque todo lo hice mal. "Roxana, ¿quiere traerme la ficha de Sagredo?, me pasó la de Salcedo, linda". A mediodía sonó el teléfono. Encontré las galletas, fue lo primero que le dije, echando a correr una sonrisa por el hilo. Quería que almorzáramos; había ganado su equipo. De qué calambre le hablaba, preguntó. Raro ¿no?. Empanadas y jugo de frutas, Patricio, éramos tan pobres. En la esquina de Mac Iver y Alameda, en medio del ruido y la polución, en la mierda misma de la ciudad, precisó Roberto con cara de asco, vuelto hacia Mac Iver, la empanada a medio camino de su boca. De pronto el apuro por irse, ya era muy tarde, no sabía si iría por casa esa noche, que no lo esperara. Me besó en la frente y salió, en la puerta se detuvo vacilante. Después partió. Aquella tarde me entretuve revisando papeles y cuadernos tendida en la cama, para hacer tiempo. A las doce decidí que ya no llegaba. Me puse la camisa. Dormí sin quitar la pintura de mis ojos.

Tal y como duerme ahora, Roberto. Como si la noche la sorprendiera muy cansada ya para cualquier preparativo que no sea cambiar sus ropas y poner la cabeza sobre la almohada. Me cuenta que antes iba al baño, se limpiaba la cara con un algodón embebido en una crema especial, se lavaba los pies, les ponía otra crema, y escobillaba largamente sus dientes de conejo.

Me dormí sin quitar la pintura de mis ojos. ¿Te das cuenta, Patricio?. Quiero que veas que es más que un detalle, quiero que comprendas que de alguna manera cumplía así un designio, y que tal vez, si hubiera quitado la pintura...

De manera que no era sino un calambre. Casi no lo creo, Roberto. Si viéras cómo se ha aferrado ella a la hipótesis del calambre. Ayer, luego de abrirme la puerta, sentarse sobre la cama, poner el tejido en el canasto y desdoblar el periódico, me quedó mirando a la espera de que yo adivinara.

Qué pasa, le pregunté.

Tu foto estaba en la primera plana, pero ¿cómo saber que eras tú? ¿Tú, resucitado gracias al tiroteo del mes pasado del anonimato de todo aquel tiempo?

—Nada, que era cierto lo del calambre —dijo.

—¿Lo del calambre?

Estaba un poco feliz. No sé si hago bien en decirte esto, Roberto, pero estaba cercana a la alegría al menos. De inmediato me aclaró que eras tú, que estabas preso. Y sus ojos se abrieron como dos lámparas.

Yo sé que sabrá apreciar que piense en él en estos momentos. Por último, Patricio, no le digas nada acerca del asunto calambre, que ya parece fijación de borracho. Por un momento, sólo por un momento pongámonos en el caso de que el mencionado calambre no haya sido tal; es una hipótesis que funciona de la siguiente manera: Roberto llega dos noches después, lo estoy esperando en el sillón. Fumo. Tengo el estómago duro. El no ha llamado en todo el día. Espero horas, no sé exactamente cuántas; durante mi espera recuerdo cosas perdidas; cuando él llega sé lo que va a ocurrir; abro la puerta y no es su sonrisa la que adelanta el saludo, sino una cara seria; intento hacer un chiste; no quiero reprocharle nada, ni el mal humor, ni la gravedad con que se sienta cerca de la ventana (pompa y circunstancia le dicen). Te juro que no quiero, Patricio, pero

de pronto se queda mirándome como si buscara palabras dentro de sí, y le digo, más bien le grito que ya, dispárate de una vez, yo sé que piensa dejarme y no me gustan las ridículas comedias románticas que han vivido otras, no estoy para eso. No quiero, no quiero, por eso decido no llorar, cierro los ojos para darle la espalda, aprieto los puños. Roberto comienza...

Me voy, Roxana. Eso dijiste. Después sigue la historia de lo que ella pensó, de lo que quiso decirte, y de cómo saltó sobre tí para arrancarte el alma. Eso es lo que ella dice, con las mismas palabras.

Porque tuve noticias de él es porque me fui quedando tranquila, Patricio, porque alguien me dijo un día que estaba escondido, y otro que había dejado la escuela, y otro que salió del país. Por todo eso pensé que no era de amor esta historia, o sí, sí, pero de otra suerte de amor que yo entendería el día que creciera y arrancara de mi mente rosas y camelias. El día de arrepentirme de haber saltado a su cara.

Y lo último. Mientras terminaba de tejer el cuello de un suéter, me encargó que lo importante era decirte que le perdonaras los puñetazos dirigidos al alma, esos que te dieron en la cara; que le perdonaras su bobería romántica, la torpeza de sus pensamientos. Y confesarte también que pensó casarse contigo y los hijos, para sacarte lenta, astutamente de ese juego que te llevó a la cárcel. Que te lo dijera nada más para aliviarle a ella la pena, para sacarte de entre nuestras vidas, compadre, para ver si de esa manera te sales del silencio que se sienta entre Roxana y yo cuando nos miramos, cuando le cojo la cara luego de hacer el amor, y de tantos detalles que si tu supieras, compadre; para ver si de esa forma te podía ayudar, y de pasada ella comenzaba a barrerte de sus recuerdos, de sus hipótesis de todos los días, de ese miedo a aceptar que te fuiste que disimula inventando historias. Eso para terminar, Roberto. Y vine también para entregarte este suéter que tejió celosa y

secretamente para cuando volvieras, que me dio para que te abrigaras en la cárcel, en la libertad, para que donde fueras te abrigaras con él, y para que calentaras también a la mujer que escogieras, dijo, que a ella no le va a importar, que va a tratar de que no le importe. Y me lo jura, compadre.

EDGARDO MARDONES

EDGARDO MARDONES

Autor de "Caperucita desnudando al lobo", editado por LAR en España (1983). De reciente retorno al país, su trabajo ha sido especialmente difundido en el extranjero. (Nac. Santiago, 1949).

OSA MAYOR

Y así no más fue, osezna, viste, qué joda, quedé igualito que novia de pueblo, vestida y alborotada con un ramo de rosas rojas en la mano, dos palabras a flor de labio, y todavía colgando de mi muñeca izquierda ese minúsculo paraguas verde, tan parecido, ¿no?, a aquel que encontráramos por ahí, en uno de esos puertos donde imprevisiblemente se encalla, o nos dejan, y hay entonces que, haciendo de tripas corazón, aguantar gigantescos temporales, lluvias desoladoras, goterones blandamente vacíos colándosenos hasta el mismísimo tobillo. Aquella vez, yo te dije, ante un rápido balance a vuelo de pájaro, que quien realmente andaba precisando un paraguítas sobre todo verdesperanza, eras tú, y tú, que no, que nada que ver, estás más loco, que más bien era yo, que mejor porqué no lo rifamos. Al final concluimos democráticamente y con pleno consenso en los siguientes puntos: a) Que los dos por igual precisábamos del paraguítas en cuestión. b) Que tal vez si nos abrazábamos apretado, apretadito... c) No cabría duda... d) Que el paraguítas verde muy bien alcanzaba para dos, y más, dijimos riéndonos. Todavía nos reímos mucho más, cuando después en un hotel popularmente denominada "hotel parejero", tú y yo, fuimos, en una de sus habitaciones, desprendiéndonos a carcajada limpia del disfraz de aire hipiente con el que andábamos investidos. Enseguida pedimos una piscola simple, porque pensar en leche, la verdad como que habría sido un cambio demasiado violento. Pero lo que sí cambiamos fue el socorrido, gordo y soberano pito de mariguana, encendiendo, conspicuamente, un Hilton King Size.

Fue después de los cambios radicales: mariguana por Hilton; Mayo del 68 en París, Octubre del mismo año en los chiles, como en tantas otras partes en el Continente, que se nos vinieron los años 70, osezna amada, y era lindo entonces con: "La imaginación al poder", encontrarse de cuando en cuando en el Café Puskin, beber con urgencia un cortado, intercambiar las experiencias contingentes, tú, mucho más morena, más grandes y verdes tus ojos, siendo tan tú, tan tú, y todas, tan Asunta en ti, Chabela o Margara o Valeria, hipienta jubilada a la que yo jodía recitándole al oído, "negra, negrísima que te quiero negra", y cosas por el estilo, mientras, tú, muy seria, "es que el sol quema fuerte en las poblaciones", decías, regalándome al final una sonrisa canchera. Después era perderse otra vez, cada uno de las tareas del compromiso, pero sabiendo que impajaritadamente volveríamos a encontrarnos, tú, tal vez marchando en una columna desde Estación Central, y yo, bajando, desde las faldas de la Cordillera. Entonces el punto de encuentro podía ser Plaza Constitución o Avenida Vicuña Mackenna, El Obelisco o Plaza Italia, entreverados entre banderas y codos, tú, casi siempre con una rosa roja en la mano, "para ti", decías, prendiendo la rosa en mi camisa, "para nuestra suerte". Después era irse abrazados, entrar a cualquier restauaran, y en torno a un causeo y la infaltable botella de vino rojo, descansar de la larga caminata, y más tarde, amarse, osezna, sin urgencia.

Fue después de los despueses, de marchas militares, de bandos y bayonetas, cárcel y leña dura, que te vi por última vez. Tú llevabas tu pelo largo apresuradamente peinado y caminabas con cierta disimulada aprehensión, la de saberse perseguida. Después fue ver tu nombre un poco más arriba del mío, en esa lista que confirmaba nuestra expulsión de la Facultad, qué sé yo, de todas partes. Entonces hubo que pensar en maletas y aviones, en ese inevitable adiós, casi con la mierdoza certeza de que ya no nos volveríamos a ver más. Por ello cuando ese día en que vagando por calle

Corrientes, rumiando un retorno que empezaba a intuirse lejano, te vi del otro lado de la vereda, tú, ahora un poco más delgado tu rostro, tu pelo ostensiblemente más corto, envuelta en chaquetón chilote, protegiendo tu cuello una bufanda montevideana, simplemente me pianté, osezna, porque todo parecería entonces ser como una confluencia de sueños, sueños nutritivos y pesadillas. Era hermosamente absurdo que tú estuvieras precisamente ahí, al otro lado de la calle, esperando como yo el cambio del luz, para ir puesta la luz verde, casi premeditadamente a encontrarnos justo en medio de la calle reconocernos, abrazarnos, abrazarnos sin soltar palabra, con sólo esa leve explosión ahí, y esa humedad bañando nuestros ojos, sentirnos una vez más sólo eso, osezna.

Y bailando aún en la sangre de la alegría del encuentro, nos metimos en un Café en calle Suipacha, atropellándonos entre preguntas y respuestas a media, regresando a lugares, a recuerdos comunes, dilatando conscientemente el punto, ese inevitable punto al que deberíamos llegar, hiriendo nuestra pequeña alegría del reencuentro. Empezamos entonces por nombrar a los amigos y compañeros vivos; libres o presos, que todavía seguían al otro lado de la cordillera, del río o la selva, era un poco lo mismo, porque tú y yo, a esa altura del Continente, indistintamente podíamos ser chilenos, uruguayos, argentinos o del altiplano, que reencontrándose en un Café, en cualquier Café del mundo, enfrentaban la dolorosa verdad de ir comprobando que los amigos o compañeros muertos o desaparecidos, no sólo eran aquellos que tú y yo, individualmente teníamos como los "únicos", sino que iba siendo la suma de los que tú y yo teníamos, aquellos hermanos que habíamos dejado en la esperanzadora duda de que no hubieran muerto o desaparecido. Salimos del Café. Lloviznaba. Caminamos por Florida, y la garúa fue mojando tus cabellos, nuestros rostros, y tú intentaste, como antes, tomarte de mi brazo, hacer esos zig-zag al

caminar, ese paso atrás y ese otro adelante, la explosión de esa carcajada que desconcertaba terriblemente a los transeúntes, pero no salió igual, y a los pocos metros desististe, y seguimos caminando envueltos en nuestro silencio. En el Parque Francia impremeditadamente nos sentamos en un banco de frente al puerto, mientras yo trataba de imaginar la forma de restituirnos, al menos a una mínima esfera en la cual poder encontrarnos, reencontrarnos sin tantas muertes y penas. Imposible, osezna, imposible.

Después te acompañé a una casa y en el colectivo me fui enterando de las novedades: un compañero porteño, dos meses de embarazo, un trabajo por ahí en una fábrica. Porque la vida continúa, noche, dijiste, con optimismo. Yo te respondí que sí, que por supuesto, sí, desviando mi mirada de tus ojos, clavándola en cualquier parte, tragándome las dos palabritas que nunca te dije, y que ahora ya no tenía mucho sentido decir, cómo saberlo. No nos volvimos a ver. Al poco tiempo murió Perón, y nuestra ya escuálida suerte en los Buenos Aires se hizo cada vez más difícil y hubo que volar otra vez, ahora a las auropeas. Y por esos lares ajenos, entre walquirias y cerveza negra, me fui deshaciendo de tu recuerdo, nostalgándote, no lo niego, a veces, en alguna mujer morena una noche.

Y volviste a aparecer, tú, osezna, brillando, tú, la tantas veces perdida y reencontrada, tú ahora un poco menos delgada, un poco menos tus ojos de esa chispa espontánea y canchera de los buenos tiempos. Y me pareció que vos al verme, al cruzarse nuestras miradas, como que también me reconocías, o tal vez lo creyó mi optimismo, no sé, y buscando un cómplice antiguo, te invité a un café. Creo que fue el segundo sorbo de un café de residuo amargón, que te dije, para no pecar, como en tantas otras oseznas ocasiones, de tímido o dormido en los laureles, las dos palabritas salieron, osezna, te amo. Vos te sonreíste, y se te colorearon las mejillas, porque, claro, no te esperabas. Buen síntoma, me dije yo, e iba viendo que había respuesta

de sonrisa y mejillas coloreadas, puerta entreabierta, puente, a explayar un poco más el sentimiento, despejando rápidamente del centro de la mesa un feísimo florero con rosas plásticas, para que así, al menos, el camino a tus manos estuviera más expedito. Pero tú a todo esto comenzabas aceleradamente grave a enumerarme tu curriculum vitae de los últimos años, "mira, che, vengo de un segundo matrimonio fracasado, tengo dos nenes en los que pensar, no sé, no quiero un nuevo fracaso, veremos más adelante, cuando termine la terapia". Entonces a mí no me quedó otra cosa que con gesto clandestino hacer restitución del florero y sus feísimas flores plásticas, porque estábamos constatando que no sólo se sufría el destierro del paisito, sino que todavía más, de alguna manera también del alma, que es otra forma del exilio. ¿Dónde, y cómo, osezna, poder reencontrarnos? Yo pedí otro café, mientras tú apresurabas tu partida, por no sé qué trámite urgente de hacer. "Telefonéame, che, nos vemos uno de estos días, chau".

En realidad no era fácil entrar cualquier día a una florería, elegir un ramo de rosas rojas, colgarse ufanamente en la muñeca izquierda ese minúsculo paraguas verde, y reinsistir, osezna, qué se le va a hacer, si somos tan humanamente imprevisibles, si podemos infinitas veces reencontrarnos o desencontrarnos, con la salvedad que ahora ya sé que no será la primera ni la última vez que te pierda de vista, ahora que tú, después que herr Svenson, indicándome con gestos de brazos, me ha señalado allá, al otro lado de allá, me entero que tú has retornado hacia tierras más cálidas, las de nuestro cono sur. Te confieso que hubiera querido, en el momento que herr Svenson confirmaba tu partida, haber invadido por el absurdo complejo de estar haciendo el ridículo, para al menos en ello poder haber centrado toda esta tristeza. No, la verdad que me importaba tres carajos estar en plena vereda con un ramo de flores y ese minúsculo paraguas verde extendido, protegiéndome, osezna, como siempre, ayudando.

CAPERUCITA DESNUDANDO AL LOBO

4-19

Querida Caperucita,

(creo que así te decía Galo)

guardo la esperanza de que esta carta me haga llegar noticias del hermano que no logro ubicar. Revisando direcciones encontré la tuya, que él en algún momento escribió en mi libreta. Me preocupa su estado, tanto físico como del otro. Por ello, al no tener noticias que me indiquen que él sigue, como decimos, vivito y coleando, me imagino lo peor. En caso que tú lo llegaras a ubicar, contále que me fui de aquella ciudad gris y húmeda (desde allá le envié tarjetas y cartas que por supuesto nunca respondió), que ahora estoy en otro país comenzando a echarme livianamente otro idioma a la lengua. Decíle que recibí tarjeta-telegrama de Yusepi, quien, entre otras cosas, da a entender que instaló un kiosko de diarios. Increíble, cada cual buscando las formas de comunicarse.

Bueno caperucita, espero de que esta carta me traiga alguna noticia de Galo, y que a su vez sea el inicio de un intercambio epistolar contigo, al menos, por el momento.

Un Beso,

Ulises.

Le dejaste exhalar el último resuello quejumbroso y con ademán suave pero definitivo hiciste que su cuerpo se descolgara del tuyo. Te levantaste y fuiste hasta el baño, abriste la canilla del agua (y fue ahí cuando por primera vez el ojo del lobo se había comenzado a insinuar). Estudiaste con detención tu rostro en el espejo, párpados sombreados

color azuladvioleta, trazos finos de línea negra bordeando los ojos, dos largas y frondosas pestañas, algunas manchas descoloridas en los labios de rouge rojo carmesí, cejas impecablemente depiladas. Y desde el reducido ángulo que te dejaba el espejo (aquí se había insinuado un segundo ojo del lobo) lo viste a él encender satisfecho el cigarro Camel, aspirar hondo, impostar la por si acaso nunca se sabe, repetida mueca james bonesca de hombre seguro de sí mismo, ejecutivo, hombre primer plano según el unánime consenso de tus amigas. El se sintió espionado y coquetonamente hizo jugar el cigarro entre los labios, ajeno, adivinaste, a lo que a ti en ese preciso instante te estaba doliendo, jodiendo el alma. Empezaste por desprender lento las dos largas y frondosas pestañas dejándolas caer parsimoniosamente en la taza del baño, con un trozo de papel higiénico limpiaste con gestos seguros el azuladvioleta y las descoloridas manchas de rouge rojo carmesí. Jabonaste las manos lavando minuciosamente el rostro. Después fuiste hasta la cama, recogiste tus prendas de vestir (aquí el hocico del lobo había prefigurado sus líneas). El, que estaba tendido de costado con cigarro entre los labios, se alzó bruscamente atrapando uno de tus brazos y con mandíbula dura te increpó con, "acaso te ha picado algún bicho". Tú respondiste que sí, que efectivamente era una especie de bicho, un bicho lobo omnipresente lo que te había picado. Tan difícil de describir como la sensación, esa que sentimos cuando estamos sentados en la taza del baño haciendo lo que se sabe. El, por supuesto, sólo había atinado a mantener su boca bien cerrada, evitando la ridiculez de boca abierta, ante la tamaña sorpresa de oírte decir lo que decías.

Saliste a la calle y en tu mente apareciendo imágenes que intempestivamente y en desconcertante rapidez y simultaneidad te bombardeaban. Era como que toda la calle, toda Av. Vicuña Mackenna con su tráfico de vehículos y peatones, una de las caras del lobo, fustigándote. Se te instalaba en

alguna parte de tu garganta una angustia sin mayores presentaciones, sólo un nudo ahí y la necesidad de gritar. Reaparecía aquel día remoto en que al salir del hotel te habías encontrado imprevistamente en medio de una muchedumbre que marchaba con carteles y banderas, y de pronto dos manos posadas sobre tus ojos con la voz inconfundible, "Caperucita ciega qué se te ha perdido", del Galo. Sobrenombre Caperucita que tú nunca entendiste bien porqué te bautizaba así Galo. Caperucita, tú, girando en torno a cuestiones más o menos reducidas a la compra semanal de la revista femenina de moda, al hojeo del último best-seller norteamericano (te bastaba leer el breve resumen de la contratapa para comentarlo cómodamente con tus amigas). El infaltable paseo sabatino por Av. Providencia (aunque en verdad tu barrio quedaba por Matucana abajo), visita de tanta boutique in o mona. Tú, Caperucita, flotando muellemente sobre ese supuesto Mar que tranquilo nos baña, tú sobrevolando en su azulado y puro cielo de brisas refrescantes, montaña de picachos nevados con su edénico campo de flores bordado como decía la canción del paisito de los incumplidos esplendores. Porque la verdad del lobo no era que todo fuera tan dos más dos cuatro, sol amarillo, casitas en el campo siempre con montaña atrás, tres o cuatro nubes locas, chimeneas humeantes sobre las casitas. La lobezna realidad te había clavado su lanza cuando tú, en el momento del orgasmo, descubriste los inocentes calzoncillos de tu amado casanova, detalle absurdo, que por esos benignos azares colgaba en la silla justo de frente a tus ojos. Inocentes calzoncillos mostrando desvergonzadamente ese inconfundible color café oscuro, claramente mierdita seca, y atrás, más nítido que nunca, todo el rostro del lobo, sonriendo.

Uno, a fines del 19

Querida Caperucita,
en estos días poco claros, más bien aguachentos y que

transcurren sin grandes alteraciones, porque acá como que el lobo ha logrado la inalterabilidad casi total, róndame a mí un profundo sentimiento de vaca definitivamente en el matadero: sin alternativa visible. Y lo que es yo, con las maletas en tren de espera, cada día más flaco, paradójal, ¿no?, viviendo en países de la superabundancia. Todo aquí urbanizado matemáticamente. ¡Cómo decírtelo! Es estar en ninguna parte. Es parecido a un sueño que no alcanza a ser pesadilla, que se mantiene justo en el límite, permanentemente. Somos un cuerpo sin su cabeza, ¿Hasta cuándo?

Bueno. ¡Basta de cebolla!

UN BESO

Ulises.

P.D. (Nada me dices en concreto de Galo. Que sobreentienda? Qué?)

30-19

Querido Uli,

he recibido tu carta y también la postal. Me gusta que elijas motivos que traen mensaje (Galo solía hacer lo mismo). Me refiero al cuadro que hay en la tarjeta en la que el Mar comienza a derramarse...

La verdad que tu carta no la habría contestado debido a que, bueno, a diferencia de allá por acá el lobo está en continuo movimiento, y para qué te digo, altamente alterable.

Después te escribo más largo contándote.

Y a tu beso yo le agrego un abrazo.

Caperucita.

P.D. (Disculpa lo conciso de mi respuesta. Más explícita, cómo?).

JUAN MIHOVILOVIC

Autor de "La Última Condena", novela publicada en 1983, luego de ser premiada en los concursos "Pedro de Oña" (1980) y "Juegos Gabriela Mistral" (1980). Como cuentista y poeta ha obtenido numerosos premios en certámenes nacionales e internacionales. (Premio Nacional de Cuentos "Bata", 1982); y "Premio Julio Cortázar", Buenos Aires, 1984). Destaca también su labor como comentarista y crítico literario en diarios del sur del país. (Nac. Punta Arenas, 1951).

CONFESION

¿Y tú en quién piensas al hacerlo?, le pregunté de nuevo mientras miraba el suelo buscando la ayuda de alguien que lo sacara de ese atolladero en que por propia iniciativa se metió, y se rascaba la cabeza confundido, se sonaba las narices presionando con el índice y el pulgar su tejido cartilaginoso esperando que el aire dejara de penetrar, pobre iluso, por sus vías respiratorias, que ahora sí respiraban el aire de la humillación, ya que nadie sacó el tema a colación, sin embargo, él insistió, nos sedujo con sus intentos reiterados y su malévola sonrisa, o maliciosa, como la denominaba Panda, hasta que el juego de naipes se transformó en un suave parloteo sobre las formas y piernas de las mujeres del barrio, o de aquellas otras, que emergían de tarde en tarde en un baño semioscuro, en los galpones o en las endebles ramas de los ciruelos que se cimbraban como si el viento estuviera de placemes y nadie, ni don Simón, que a esa hora se tomaba el sombrero con las dos manos en un vano intento de paralizar la brisa inexistente, o doña María, la bolichera, que afanosa colgaba las sábanas de un lavado efímero como el sonido de los árboles, suponía qué pasaba, pero claro, Tito callaba y no porque fuera excesivamente tímido, lo que traducía el juego en algo enigmático, sujeto a rápidos paseos mentales que debían dilucidar el por qué de ese misterioso ocultamiento de su secreto que tendría que salir a flote, porque los compromisos son sagrados, sobre todo los del juego, que ya no es tal, sino que comienza a transformarse en un deseo inevitable de desnudar el alma de Tito, qué digo el alma, el cuerpo, y específicamente sus partes bajas unidas a su despliegue imaginativo, ya que nadie, a confesión de parte

no hay más que hablar, negaba que necesitaba la imperiosa idea visual o el acomodo de una representación no teatral del asunto, sino descrito en términos personales y privados, personales, porque el instinto colectivo no era algo que involucrara a nuestra conciencia, me refiero sólo al problema que tratamos, ya que lo más colectivo que conocíamos eran las pichangas de fútbol y uno que otro cumpleaños venido a menos, digo a menos, porque ya eran pocas las invitaciones y cada vez menor el deseo de llegar a comerse una torta que, aparte de lo dulce no constituía otra gracia, salvo, y en eso todos estábamos de acuerdo, la de mirarle las partes prominentes a alguna de las hermanas, o bien, insinuar un acomodo de manos a la empleada, que muy risueña se escondía tras los cortinados como si temiera, igual que Tito, ruborizarse delante de quien la sorprendiera, cuando en realidad se sorprendía de sí misma, y tú que has ido a comerte un pastel so pretexto de olvidarte que estamos creciendo a pasos agigantados y que mañana, a eso de las cinco de la tarde, estarás metido en alguna oficina o en algún bus repleto de sudores viendo pasar el día y la gente o viendo que te ven como si no fueran a verte más y luego, qué más da que ahora no aproveches las incitaciones de lo tentador, lo que allí se ofrece al alcance de la mano y de cuyo pensamiento mejor ni hablar, no vaya a ser que la señora, la madre de José, te descubra con la ropa en los hombros y tú como si tal cosa, incapaz de silbar algún bolero, o de sonreír, observando las cortinas donde ella ha dejado un halo de rosas que no son rojas, apenas si de una opacidad condenado a imaginar por el resto de tus días y, segunda denominación o privacidad para los estados de onírica contemplación, en los que asoman, como una fila de etapas desatadas, lo peor o mejor de tu naturaleza, y vas dejando encima de las camas, colchones o lugares más increíbles, tus huellas de niño sonrojado, apretado en tu triste forma de escudarte en esa timidez prefabricada porque Tito, te conozco, dije, y a mí no me vienes con

cuentos, qué es eso de la moralidad, ¿se come?, preguntamos a coro, o eso de que los padres puedan oír, ¿qué padres?, inquirimos en una repetida y deslucida entonación, si estamos solos, ¿o es qué acaso has hecho votos de fraile candoroso?, preguntó con sarcasmo tu mejor amigo, qué mejor, peor, diría Alex, reventando de golpe y porrazo tu amistad idealizada, aquí las cosas son como deben ser y no como quisiéramos que fueran, así que está bueno de rodeos, de que esto no camina, que está bien dicho si no se dice, cuando todos lo han confesado y ya te decíamos al principio que si alguien no estaba de acuerdo se retirara, que a lo mejor tendría tiempo de santiguarse a la hora del almuerzo en la hipócrita reconstitución de almas ignoradas como si la vida fuera una comedia eternamente reiterativa, pero no, ya sabemos que estamos hechos a nuestras medidas, así que le pedimos que no agachara la cabeza y fuera a llorar, menos ahora que todos nos habíamos reído a mandíbula batiente de cada uno surgiendo escenas inusuales, lo que es como decir que el hombre no tiene espíritu de superar lo cotidiano, cuestión que no vale la pena discutir ni teorizar, al diablo lo teórico, dijimos en el tercer acto de nuestra coral manera de contestar, como si nos hubiéramos propuesto destrozar a Tito, pobre Tito, pensamos en más de una ocasión mientras estaba allí, pálido y ojeroso de tristeza, rasgándose las rodillas como queriendo penetrar en la carne y llegar a un hueso insensible al que pudiera sensibilizar con su, creíamos todos, ridícula manera de comportarse, porque se dijo esto o lo otro y nadie censuró, palabra que por lo demás desconocíamos como ignorábamos tantas otras, ya que se trataba de reirnos, o bien, sino de reirnos, ya que la risa dura lo que la imagen en esfumarse, al menos de reelaborar la situación vivida por otro que, trémulo y palpitante hablaba como si el mundo se concentrara en una oscura galería por la que nuestras respiraciones se entrecruzaban raudas como las visiones que llegaban, saludaban con una venia de piel y de

remotas sensaciones por ser ajenas, pero vividas por todos, ya que a cada cual según sus necesidades recalcó Pedro como si entendiera lo que estaba diciendo, o a lo mejor lo intuía, vaya uno a saber en ese tiempo, distinto al de ahora en que uno ha dejado de ser y vive para sus adentros, otra vez como tu Tito, equilibrado en tu indecisión, pero si las reglas fueran claras, y no se trata de ser condescendiente contigo por ser el menor, por lo demás todo el mundo lo hace, hasta su padre, si, seguro, si lo vio Panda el otro día por las entreabiertas tablas del galpón, y no mires de esa forma, no te hagas el despistado, tienes que sacarte la venda, que por lo demás te has colocado solo, así que no vengas con seudosantidades, y está bien que vayamos a misa los Domingos, nadie es profeta en su barrio si no cumple con su deber de buen hijo, y aquí las apariencias no engañan, sino que identifican y tu podrás vivir mejor que nosotros ¿mejor? ¿en qué sentido?, vaya uno a saber qué es superior para tí e inferior para nosotros, pero a la hora de las presentaciones varoniles cada uno a lo que sabe, y si no lo sabe, pués que aprenda, qué es eso de ponerse a lagrimear como niña bonita, aquí ni los perros aúllan en las noches, así que no nos vengas con cuentos de viejas pechoñas, sabemos cómo son los velorios y ahí sé que puedes llorar, aunque no tengas ideas por qué, pero cuando se llora se llora y si la mayoría decide cumplir un compromiso lo cumple, o hasta aquí no más llegamos con el juego, que de juego con tu actitud le va quedando bien poco, y podrás acusarnos, decirle a tu madre que otra vez el Julián te ha obligado a hacer lo que no quieres, pero que quede claro que nadie te ha presionado a venir a este rincón, el patio es ancho para irse a las calles aún pueden ser cruzadas por niños menores de catorce años, si es que se puede llamar niño a alguien que está rompiendo la idea de la pubertad como quien rompe un cascarón de gustos almidonados o de palabras secretas o escondidas a propósito para que las manejen los que tengan las llaves de la hipocresía, ¿de la hipocresía? Sí,

puede ser el término correcto, aunque a ser sincero no creo que alguien lo tenga muy claro en cuanto término, pero si como reacción epidérmica, y no sé si tú habrás notado, Tito que hay palabras que nos ponen la piel en guardia, te iba a decir de gallina, pero la cobardía no tiene nada que ver, sino que en guardia, porque estás a la expectativa, ahí, siempre esperando que alguien dilucide el problema, y el problema es que nadie va a hacerlo si tú no eres capaz por tus propios medios, lo cual también es poco menos que imposible, porque, qué medios te son propios a esta edad, en fin, creo que me entiendes, y si vienes a decir que deseas ser mejor que nosotros vas a quedar sólo en el deseo, además de quedar solo físicamente, y está bien que escuches esa música ridícula inentendible hasta para quienes la compusieron, y están muertos, dirás, y con mayor razón, te contestamos, para que llegues aquí con pretensiones de grande que ni siquiera puede pararse en sus dos pies, y apenas si sabes, aunque estamos empezando a dudar que lo sepas, qué es un hombre, y si bien tú diste la idea ellas son meros símbolos si no se traducen en algo concreto, y bueno, será absurdo o tómalo como quieras, pero hasta ahora la humedad de tus ojos no dice otra cosa que mocosos acartonados, mimos de niño bien, acurrucado contra el enorme pecho de tu madre mientras aprendes a no valerte por ti mismo, luego qué pretendes con eso de separar, de establecer categorías si tú y yo y Panda y los demás, estamos en las mismas condiciones y no se trata de ningún cántico dorado, sino que de realidad pura, de pura realidad que se nos mete por el cuello, por las orejas, que nos persigue por las piernas cada vez que corremos por la playa o se esconde tras los arbustos del cerro cuando en medio de las sombras nos llamamos como si quisiéramos encontrarnos para siempre y sabemos que aquello es inútil, que no es otra cosa que un sueño que termina si alguien te encuentra arrodillado al lado de un árbol o de cúbito abdominal bajo las ruedas de los

camiones, y allí el juego termina y comienza el otro que no sabemos qué nos depara, quizás nada o quizás nada nunca, lo que sería más trágico que llorar, te repito, como baboso o soltera empedernida, y ya descubrimos cómo llora la vieja Domitila en la soledad de su habitación, porque más de una vez la espiamos por detrás de los manzanos cuando se sube los vestidos en el baño y la escuchamos quejarse dolorosamente de su antiguo deseo de ser mujer para que nadie se haya dado cuenta de ese pequeño gran detalle, y por supuesto que su canto de sirena ahogada es demoledor, pero qué quieres, ¿qué todo el mundo cante a su compás y se destroce como pájaro decadente o vuelo sin alas?, creo que las cosas no van a cambiar demasiado por el hecho que eludas tu existencia como si esquivaras una bicicleta al dar vueltas a la manzana queriendo alcanzar el eje central de aquellas vueltas, porque dicho está, y no sé si fue un visionario quien lo dijo, que habla que ser como uno era y si no te decides a decirlo más vale que desaparezcas y no andes con proposiciones de trovador decalco cortejando a esa niña que si supiera que tienes los pies de barro y la conciencia de un mojigato te daría, y ten por seguro te dará, un soberano puntapié de desprecio e imaginarás que las muchachas no te rompen la boca a puñetazos, pero sus golpes duelen como si te pasaran la aplanadora municipal, y ahí si quiero verte, llorando de nuevo, y no vendrás después queriendo demostrar demasiado tarde que también eres hombre, si sabemos que lo haces, todos lo sabemos, y nadie escapa a su destino natural como quien arranca de un correazo, porque lo que es así no tiene vuelta, y lo que podría ocasionarte pérdida de atributos no es otra cosa que tu propia culpa reprimida que quieres te persiga por el resto de tus días, y siendo de esa forma, que más podemos decirte que no te hayamos sugerido por sobre tus poemitas, que no niego pueden valer algo, pero no tienes por dónde que alguien los lea si primero no sacas el balde de tu cabeza y miras a la gente con decisiva fuerza de persona dúctil, o lo

que sería mejor, con serena convicción de que las etapas son un mal necesario e indispensable donde se concentra la virtud y el defecto de cada uno, y ahí te quiero ver equilibrándote, y no como ahora, que apenas tienes un poco de cansancio en la frente y algo de arrugas, de ésas que surgían cuando nadie suponía siquiera que estabas hechos para convertirte en pedazos de piel desvaneciéndose o torpe figura de cera derritiéndose entre un ropaje de apretados contornos que se pega al cuerpo, que se te pega, y veo que suda tu rostro y las manos se toman los dedos desesperadas como aferrándose a sí mismas en un juego vano, que esa vez te negaste a jugar, como si se pudiera huir de la propia persecución, cuando la verdad, por dura y terrible que parezca, es la misma que insinuaste, que insinué, dijiste acorralado (como ahora) contra el último rincón de la habitación, sudoroso y pálido, como si te estuviera forzando a decirnos quién ocupaba el sitio de tus devaneos imaginativos, quién llenaba el espacio de tu secreto deseo de despertar tratando de salir de algún viejo laberinto y escaparse en un intento de fugaz sensación, y extraña paradoja, de lo definitivo, porque te repito, nada puede salvarte (como aquella vez) de lo que no nos querías decir (como ahora) y que tú sabes mejor que muchos de nosotros que nos quedamos solos, o derrotados, y que tendrás que confesar de una vez por todas, y que no hay espejo que no te retrate pretextando escudarte tras un antifaz, como aquella dolorosa vez en que confirmaste las sospechas de todos los que te escrutábamos con recelo, como ahora yo te miro aferrado a tu triste incómodo, a tu pobre forma de no saber enfrentarte a ti mismo de una vez y para siempre, de nuevo como esa tarde en que a fuerza de interrogativas miradas y dudosa creencia de tu masculinidad reconociste al fin (no como ahora) que te masturbabas pensando en mi hermana, en mi frágil y límpida hermana, envuelta en su vestido de terciopelo azul o arrastrando su larga cola de primera comunión y que a esas alturas, pobre

hermana mía, jamás imaginó (menos tú) que nos iba a estar observando por la entreabierta puerta de la cocina, mientras tú y yo nos miramos como aquel día con los ojos llenos de lágrimas después que lo dijiste.

GAVIOTAS EN EL CIELO

Creía en su interior una metamorfosis indefinible reduciéndolo a su constante necesidad de entender. Podía verse acongojado, con una tristeza infinita subiendo por sus tobillos, envolviendo su cintura, sus hombros, para anegar esa mirada perdida que insistía en horadar su alrededor. Había corrido y saltado. Se estacionó acuclillado en la puerta de la zapatería y escuchó temblando el ruido del esmeril entre risotadas y conversaciones sobre mujeres, sexo y el torneo atlético semanal. Intentaba clasificar voces y pausas. Ahuyentaba esa persecución de soledad que a menudo lo arrinconaba. Retrocedió vigilante ante los años que avanzaban en tropel ocupando toda la calzada. Le hacían muecas obscenas, lo apuntaban, le mostraban sus arrugas mortecinas, le sonreían con cierta melancolía mientras lanzaban sus oblicuas ironías, su sadismo incontrolable y él presentía que si no escapaba pronto se vería convertido en un rastreador perenne de su propia senectud, que ondulaba grotesca envolviendo sus visiones. Y estaban allí los mismos que cruzaban los montículos de tierra y desperdicios que eran la antesala de una playa sucia y oscura, y que se estacionaban bajo ese gris irresoluto, mojados por esa lluvia intermitente, azotados por esos ventarrones que no terminaban nunca y que traían desde el mar embravecido bandadas de gaviotas para que se llenara el aire de quejidos animales y cayeran destrozadas, hechas pedazos, arrastrando por la arena sus alas informes y miraran la superficie del mundo con ojos de muñeco. Estaban apoyados en el vetusto mesón destartado absorbiendo el polvo que levantaban los zapatos escofinados, con la mirada más quieta, inquiriendo todavía por

remotas e idénticas explicaciones que no llegaron. Los vela a través del cristal empañado como si se tratara de figuras indelineables, ectoplasmáticas similares a esas imágenes de ficción que le devolvían los alargados espejos del cine Municipal y que lo llenaban de un terror masoquista, porque se contemplaba a regañadientes, escapando y volviendo sobre sus pasos, riendo apresurado de su postura gigantesca, de su delgadez repentina, de esa obesidad espasmódica que estiraba como un grueso elástico su sonrisa contrahecha. Y le pareció que aún podía meterse en ese antiquísimo espacio de fantasmas introduciendo un pie por el reflejo de su memoria que iba reproduciendo la inversión de un mundo propio aún y que, paradójicamente se le antojaba tan distinto.

Distinto ahora que regresaba y lo buscó porfiadamente en esa profunda soledad que suelen devolver los cristales humedecidos. Pero, Julián no estaba y entre las risas apagadas suya era un olvido imposible que esforzaba su presencia para que nadie la ignorara. Sin embargo, él había estado detrás suyo escuchándolo como si se tratara de lentas gotas invernales cayendo dentro de un sueño inmemorial. Un sueño, donde amparadas por un cielo plúmbeo de compactas espesuras recortaba como arcángeles de terciopelo interminable la danza dudosa de esas gaviotas reales, tangibles, verdaderas.

Y tú estabas tras de mí e imaginaba tu rostro mojado, tu mirada dudosa y esa especie de apostura santificada lidiando con iras diabólicas, donde el bien y el mal pugnan en un encuentro indescifrable que no atina nunca a terminar. Estabas allí y yo no te veía. Pero, escuchaba tu risa sorda creciendo incontenible por encima del murmullo que las olas emitían como glóbulos de espuma y cuyas formas inconclusas nadie vislumbraba. Estabas allí, cara al cielo, cubierto de señales que no acertábamos a descubrir pero imaginaba la contracción labial de tu boca demudada y tu débil balbuceo atosigando palabras que jamás salían. Y

luego asomaba tu blancura cadavérica como si no pudiéramos retroceder metidos en la nieve. Entonces Dios no estaba ni constituía una preocupación inventarlo. Dejábamos que nuestras torpes sonrisas remecieran el espacio alado, y esas aves incrédulas, difíciles, quietas en su mansedumbre visceral, dubitativas en sus pupilas estáticas, giraban como veletas que retornan siempre al punto de partida. Y tú no plagiabas gestos ni sacabas nombres de fantasía. No agitabas los latidos de ese corazón tembloroso que sentía crecer dentro de mí. Yo te percibía Julián como tú, como tú al volver imperceptiblemente la cabeza y tu mirada sigilosa se encontraba con mi búsqueda semejante. Eramos la sombra gigante que apenas divisaba el cielo y el cielo era un vuelo minúsculo extrañamente multiplicado. Entonces Julián, disparabas, y las nubes se abrían para derramar su carga de plumas blanquinegras. Graznidos profundos, dolorosos, como esa vida que todavía no llegaba y que, rara y dócil, caía entre los pies. Pero, la sangre no significaba la probable detención de un ciclo reprochable. Ni siquiera la insinuación de una pregunta. Si alguno internamente formuló alguna vez el deseo de huir hacia el consciente margen de la bondad no lo supimos. El día era un momento, un insignificante segundo de eterna lucha resolviéndose en nuestro favor. El vuelo no se había hecho para el hombre. Lo sabemos hoy. Tratamos de entenderlo en este presente Julián, cuando azorado te encuentro con el mentón sostenido por tus manos arrugadas y el cristal de la zapatería te refleja diferente. Y trato de que pronunciamos el sonido de la desesperanza, en el preciso instante que las plumas se desparraman por el aire y flotan como luciérnagas imposibles de alcanzar. Y esas quejumbrosas materias esparcidas por la arena, desgarrando su fervor de luces y distancias, que cruzan como flechas invisibles, no tienen identidad, no poseen siquiera un indicio que las haga reconocibles. Y te veo Julián. Respiras agitado y lanzas de nuevo la primera piedra

que se va con nosotros. Y esa muerte que cae, esa fúnebre apariencia de lo percedero aleteando, desgajando sus alturas, derrotada otra vez su audacia inexplicable, da tumbos delante de tus ojos. Y tu Julián, pálido como la nieve que cubre tus zapatos, que se intercala porfiada entre las piedras y esa arena negra, pálido como la desolación que repleta el sin sentido diario. Tú, Julián, pálido, simulando un Cristo de papel en una galería deshabitada, sonríes como un beodo congénito reconociendo su temporalidad, que se aturde con la muerte y la desea. Y te arrodillas para golpear y zaherir, para burlarte del ave que ya no ultraja tu figura desde el cielo. Pero, el descanso es un escudo angosto que dudosamente describe tu debilidad. El río llega aburrido hasta la orilla. Los cerros dulcifican fugaces un concierto inmutable de abanico. Respiramos. Llenamos de vitalidad el músculo cansado y un coro de lucha que persiste incuba su extraño desafío en la altura. De nuevo un llenarse de quejidos sordos, de graznidos atrevidos que aturden el cerebro como si nada tuviera remedio. Y no nos detuvimos. Ese corto sendero que unía un principio desconocido y un presente obstuso estaba en su crítico apogeo y el mundo era un carrusel infinito que ni siquiera insinuaba la imprevista ternura del silencio. Otra vez me veías botando mi infancia que invencible retornaba. Nevaba. A veces nevaba y parecíamos momentáneos ancianos cobijados en la soledad de nuestros cuerpos. El aire las arroja, siempre el aire entremezclado con sus porfiados picoteos descifrando lo inasible, las arroja hasta nosotros sabiendo el destino que las trajo y que las lleva. Y mueren, mueren Julián. Se deshacen en el suelo desafiantes. Aguzan el oído y aumentan el sonido. Hay que matar eternamente. Sabemos que matar es un estigma, intuimos que matar es un fin en sí mismo y que, ignorantes aún de un tiempo que no regresa, vacilamos rara vez ante el misterio. Pero, yo quería llorar Julián, llorar sin palabras cuando volvías la espalda. Y no podía. Me tragaba mi súbita

tristeza como si fuera irreverente desnudar mi alma en tu presencia. Y ese imperativo fugaz que mi voluntad aplacaba a duras penas se trastocaba con ese aletear persistente deslizándose entre la nieve. Y caen. Caen por docenas. Se retuercen en un suelo movedizo. No saben recuperar su origen. Deambulan sin alas, se retuercen con sus extremidades quebradas, picoteando el propio dolor de haber caído. Nos miran Julián. Quiero que recuerdes siempre cómo nos miraban con esos ojos desprovistos de intensidad que eran capaces de penetrar un futuro que ni tú ni yo pensamos que existiera. Recuerda Julián cómo nos miraban. Se paralogizaban en sus propios estertores, detenían la agonía y en el preámbulo decisivo nos miraban Julián, como si no fueran ellas las moribundas. No se si lo entiendes ahora, ahora que ocupas el vacío de tu lugar en el mostrador de la zapatería y que te sigo hablando tras el cristal humedecido como si no pudieras verme. Pero, sé que estás allí Julián y que me escuchas, o no tendría sentido haber vuelto después de tantos años para decirte todo lo que he pensado de esos días.

Sobre todo de ese día Julián, cuando te negaste a reconocer que ya era muy tarde para continuar y decidiste que estabas hecho para el desafío ineludible. Que el temor era un invento del desconocimiento, y tú creías saber que tu lugar sería imperecedero, que las gaviotas no terminaban para nosotros. Que era justo descubrir perpetuamente el sentido de una obscecada posición como la tuya. Creo que por eso no huiste Julián. Que por eso no funcionó en tu corazón el miedo de vivir. Para ti correr hubiera sido un sacrilegio a tu temeridad, algo así como no poder mirarse más en los ojos de un espejo. Por eso afrontaste el castigo de un cielo impensado que agudizó sus picotazos furibundos. Y ellas se transformaron en la justicia de una causa que no ganábamos para nadie. Quizás si una brusca conciencia colectiva unificada en ellas sus anhelos de existencia. Quizás el odio rechazado por un destello de

luz extendida en esos ojos de insensibles apariencias se haya hecho enorme y lapidario en tu cabeza. Y creo que por lo mismo reñas. Y reñas todavía al bajar hasta tus manos y cuando escarbaron como inesperados chasquidos tus mejillas y tus ropas se alargaban en tristes jirones mecidos por la brisa. Después el viento perseguía mi huida con su monólogo de espuma en mis oídos. Ya no te escuchaba, pero supuse que no me llamaste envuelto en la torpeza de un orgullo absurdo. Y aunque lo hubieras hecho yo optaba por arrancar hacia otro sufrimiento que ahora me regresa. Pero, créeme Julián que si he vuelto ha sido para verte, aunque indague con insana ansiedad los recovecos de un presente que te mostrará a medias. Porque esta porfiada soledad de cristales empañados me revela difícilmente el espacio que una vez ocupamos y que ahora sólo llena tu ausencia definitiva, esa ausencia que me creció dentro cuando te fuimos a buscar destrozado y parecías besar la arena en un gesto moribundo. Esa ausencia que la vida no pudo llenar y que me ha traído al primer lugar de nuestro invariable desencuentro como si todavía escuchara esos lánguidos graznidos perdiéndose para siempre en el Estrecho, tras una lúgubre procesión en blanco y negro.

DIEGO MUÑOZ VALENZUELA

Tiene publicado su libro "Nada ha terminado" (1984) que reúne sus primeros cuentos. Ha sido publicado en diversas revistas de Chile y el extranjero. En 1984 fue incluido en la antología "Encuentro. Narradores Chilenos de Hoy". Finalista en 1985 en el "Concurso Chile-Francia". En 1983 creó junto a José Paredes la revista de cuentos "Obsidiana", y fue el primer Coordinador General del Colectivo de Escritores Jóvenes. (Nac. Constitución, 1956).

AUSCHWITZ

El anciano comenzó a descender calmoso la escalera que conducía a la estación del tren subterráneo. No tenía ninguna prisa, nadie lo esperaba. El matrimonio sin descendencia se había esfumado por completo con la muerte de su esposa algunos años atrás. Este recuerdo no lo entristecía ya; nada lograba sacarlo de su mutismo desde hace algún tiempo. Una vez al mes se animaba, más por obligación que por entusiasmo, a cobrar el cheque de la jubilación que le permitía prolongar su vida reposada. No pasaba estrecheces económicas, al menos. Era, tal vez, un monótono privilegiado.

Estaba pasado el mediodía y un calorcillo punzante se agitaba gozoso en la atmósfera pregonando el verano inminente. El anciano, sin embargo, portaba un grueso abrigo invernal; a su edad este cambio de clima era todavía una sutileza incapaz de modificar su indumentaria.

Terminó el descenso y se dirigió a la boletería que era atendida por una mujer rubia, madura y de expresión muy rígida. Demoró mucho en reunir las monedas para cancelar el boleto y la cajera lo observaba molesta. Por fin juntó el dinero y recibió el boleto azul a cambio. Sintió, al alejarse, la mirada fría de la mujer en su espalda, pero no se atrevió a voltear el rostro.

Una vez en el andén sintió fatiga, era larga la caminata, y se acomodó en una silla acrílica desde donde pudo dominar toda la estación. Enfrente suyo había un grupo de muchachitas que no hacían más que reír y hacerse cosquillas unas a otras. Cerca de él, de pie, un individuo alto, corpulento, con un bigotillo muy bien cuidado, contemplaba a los jóvenes sin perder detalle de sus movimientos; unas veces sus faldas

descubrían sus piernas suaves y torneadas, otras sus senos de turgentes pezones se adivinaban por entre los escotes audaces. Este hombre —pensó— tendrá unos cuarenta años.

Al otro lado de la vía, era curioso no había nadie. El anciano abandonó sus observaciones al percibir un estremecimiento en el piso. No, no era un temblor, ya lo sabía, era el ferrocarril que se aproximaba. Se incorporó al tiempo que hacía su entrada el Metro. Se abrieron los vagones relucientes y los nuevos pasajeros ingresaron. Las muchachas y el cuarentón subieron delante del viejo. El vagón estaba casi desocupado y no tuvo problema para encontrar asiento. El cuarentón se ubicó frente a las muchachas; era evidente su excitación. Una mujer gorda llena de paquetes se quejaba del calor y de la carestía mientras devoraba un chocolate enorme. Más al fondo un quinceañero se ruborizaba con las miradas provocativas y las carcajadas eróticas que le dirigían las jovencitas. El cuarentón se retorció, envidiando al mocoso.

Las estaciones empezaron a sucederse vertiginosamente. Una de las muchachas se acercó al joven con el pretexto de pedirle fósforos. El anciano pensó en reclamar si es que fumaban, mal que mal estaba estrictamente prohibido, pero su inercia lo traicionó. El muchacho tenía fósforos y prendieron los cigarrillos. La señora gorda masculló algo que no se entendió a causa del chocolate que hinchaba sus mejillas. Los muchachos conversaron, luego empezaron a jugar a tactándose los cuerpos uno al otro. Las muchachas se erotizaban y miraban al cuarentón. Acrecentaron sus juegos nerviosos. Al fondo la pareja se besaba tendida en un asiento. La mujer arrojó una mirada horrible al anciano, como insinuándose. Las muchachas rodeaban al cuarentón complacido. El anciano sentía náuseas por los guiños de la gorda. Los muchachos se desnudaban. De pronto el anciano pensó que todo era tan extraño. Una voz ordenó bajarse a todos los pasajeros a través de los parlantes. El tren se detuvo, pero las puertas se mantuvieron cerradas. Afuera había una espesa neblina. Transcurrieron algunos segundos. Estaban

todos de pie, menos el anciano. Estaban frente a las puertas que no se abrían.

Cuando empezó a salir gas por los conductos hábilmente disimulados, todos gritaban y golpeaban las puertas de vidrio y trataban de separar las gomas que las hermetizaban.

Desde afuera era posible ver cómo la gorda vomitaba el chocolate sin dejar de chillar y estrellarse contra los vidrios. Los puños del cuarentón estaban destrozados y la sangre corría por los vidrios. Las muchachas aullaban histéricas junto al quinceañero. Sólo el anciano se mantenía en el asiento aspirando en grandes bocanadas el gas que le robaba la vida.

ANOCHECE EN LA CIUDAD

—Tal vez esta maldita celda ni siquiera existe —dijo la sombra pequeña a la vecina esperando una respuesta. Pero nada vuelve, ni siquiera un gemido. Sólo la noche húmeda, eterna del calabozo.

—¡Te digo que no pueden encerrarnos! —insistió—. ¿No es cierto?... ¿No es cierto? ¡O acaso no...!

La sombra vecina se estremeció imperceptiblemente, después tosió algunas veces.

—No puede durar mucho, Carlitos, no puede durar —tosió de nuevo, como si las tinieblas quisieran ahogarlo.

Afuera amanecía y Leonor abrió la ventana del dormitorio. Miró el paisaje con agrado, era un barrio muy hermoso. De pronto sintió frío, o tal vez miedo; allí justo enfrente la vieja casona y pronto recordó todo. Los sueños, las pesadillas que la perseguían hace semanas acudieron con prisa a su mente, agolpándose confusos. Esa oscuridad horrible y esas sombras que se mueven pesadamente; gritos espantosos, maldiciones, aquellas luces que encandilan de improviso. Golpes sordos, gemidos, chispazos, perros; un líquido que viaja rítmico al piso. Leonor cerró la ventana de un manotazo. No podía comprender la misteriosa asociación que ella misma establecía entre sus pesadillas y la casona.

—Debo estar enferma, nerviosa —susurró.

¿Qué pasa, mi amor? —preguntó alguien desde la pieza contigua.

—Nada, nada. Hablaba sola...

—Es que me pareció...

Y Leonor rompió a llorar antes de que su esposo alcanzara a abrazarla con fuerza.

La sombra de Carlos tembló de frío, afuera anochece, pero

allí dentro nadie sabía la hora; tampoco les serviría de mucho saberlo. Eso no iba a cambiar la oscuridad eterna a la que estaban condenados.

—Tengo frío.

—Ahí vienen —interrumpió la sombra de Antonio.

La prisión es botas que se acercan, estruendo de llaves, trueno de puerta y cerradura.

—¡Carlos Andrade! —aulló el sicario.

La sombra pequeña se incorporó al oír su nombre.

—Vamos a conversar —dijeron las botas con tono burlón.

La puerta volvió a cerrarse, y tras ella desaparecieron algunas enormes siluetas. Hacían avanzar a empujones a una sombra esmirriada y silenciosa.

Antonio había quedado solo en la celda. Levantó sus manos que trazaron fugaces trayectorias de fuego en la densa penumbra de la estancia, arremetió contra la puerta dándole puntapiés y puñetazos hasta romperse la piel y los huesos, gritando como para romperse la garganta. Pero nadie vino por él, y sólo unos terribles latidos en las sienes pudieron detenerlo y hacerle chocar pesadamente contra el piso nauseabundo del calabozo.

Anocheceía, y la señorita Lucrecia, así se hacía llamar la anciana atisbadora del vecindario, sorbió su mate con deleite, y acto seguido recorrió con suavidad la cortina blanco como si fuese un mínimo escenario. Observó la casona. Desde que había muerto su hermana gemela, solterona como ella, no tenía más compañía que aquella ventana y los comentarios ocasionales con las vecinas de edad.

Llevaba varios meses observando lo que ocurría en la casa vieja. Durante el día no se notaba movimiento; en la tarde comenzaba el desfile de autos nuevos y furgonetas, jamás alguien a pie. Era muy extraño. Y esas largas antenas de los vehículos, como las que usan los radiotaxis. La mayoría de los coches tenía matrícula extranjera o de provincia; otros no portaban patente o un estratégico brochazo de pintura la ocultaba totalmente.

La furgoneta verde, sin patente, entró con lentitud a la casona y la señorita Lucrecia abrió muy bien los ojos; así no perdería detalle alguno.

—¡Carlos, Carlitos! ¿Cómo estás? —inquirió con dolor Antonio. Carlos, exánime, inconsciente no podía responderle.

—¡Carajos!... ¡Las pagarán, estoy seguro!

Un rumor de carcajadas penetró en la mazmorra. La procesión de taconeos fue atenuándose con la distancia.

—Allí, allí; esa es la casa: el número y la descripción que nos dieron. ¡Animo Alicia!... por nuestro hijo —dijo el hombre canoso con voz trémula y cansada.

—Por nuestro hijo, por nuestro hijo... —repitió automáticamente Alicia revolviéndose el rostro con las manos.

La pareja atravesó la calle silente y sombría hasta alcanzar el frontis de la casona, y allí se quedaron abrazados, palpitantes, en un instante más largo que sus vidas.

Alicia alargó el brazo hacia el timbre. Una lejana voz de citófono contestó desde algún lugar de la casa.

—¿Quiénes son? ¿Qué desean? —la voz metálica y fría.

Leonor dio una vuelta en la cama, y luego otra, agitó las manos entre las sábanas. Se quejó. Un brazo se precipitó a rescatarla de la pesadilla. Leonor, entre sueños, no atinó más que a aferrarse al cuerpo de su esposo.

La señorita Lucrecia abrió aún más sus ojos de lechuza como si así pudiese perforar la oscuridad, pero no distinguió más que dos siluetas muy unidas, confundidas junto a la puerta de la casona.

—Queremos preguntar por... —empezó Alicia.

En ese preciso momento Leonor despertó sollozando.

La sombra abrió los ojos pausadamente a medida que volvía de la inconsciencia. Los abrió por costumbre nada más, porque en medio de aquellas tinieblas era indiferente mantenerlos abiertos o cerrados. Sólo se percibía la débil y dificultosa respiración de Antonio y una que otra de sus características explosiones de tos.

Lo demás es silencio, oscuridad.

Carlos trató de ponerse de pie, pero los dolores le contuvieron con irresistible potencia. Miles de agujas lo punzaron. La más atrevida de ellas perforó sus genitales. La sombra se contrajo y emitió un gemido. Antonio se acercó más a él, hasta tocar, abrazar con cautela al atormentado prisionero.

—An...tonio... me han... venido a bus...car.

—Sí, sí, luego vas a salir.

—No, viejo, m-mis pa...dres vinieron, pero no v-voy a ver...los ya —dijo Carlos— ya n-no... voy... a ver... —y un violento espasmo lo hizo perder el sentido.

—Dios mío —musitó Antonio— Dios mío, si podría ser mi hijo —y se abrazó al cuerpo extenuado del muchacho con unos inmensos deseos de llorar; pero nada salió de sus ojos, tampoco de sus labios. Algún día, alguna vez, pensó. Algún día, alguna vez.

La señorita Lucrecia vio alejarse a la pareja, en apariencia habían discutido con alguien de la casona, así lo indicaban los ademanes violentos de ambas partes. Alicia y su marido se sumergieron en la noche, la puerta de hierro se cerró, y la anciana quedó más sola y más intrigada.

Se dirigió al dormitorio vagamente decidida a no preocuparse de la casona hasta el día siguiente.

—Siempre lo mismo —gimió Alicia— no está aquí su hijo, ¿por qué no va al Ministerio? ¿No estará en el extranjero? ¿No estará oculto por ahí? Si quiere encontrarlo muévase señora, pero aquí no está, aquí no hay nadie prisionero, es una oficina fiscal, nada más... ¡Cómo si no nos preocupáramos! ¿Los oíste, Roberto, los oíste? Oíste, los propios canallas que están asesinando a nuestro hijo tienen la osadía de sugerirnos un camino a seguir. Estoy cansada...

—Un día de estos voy a hacer algo más que preguntar.

Y yo... Alicia se abrazó a Roberto, y se quedaron así largo rato, inmóviles, apenas viviendo o muriendo, esperando.

La lluvia que empezó de súbito consiguió diluir ese abrazo, y

ambos se encaminaron con prisa hacia algún lugar de la ciudad.

—Leonor, qué te pasa, qué tienes; te llevas el día llorando y no me cuentas nada —preguntó con suavidad Andrés, mientras acariciaba el cabello de su mujer.

—Es que... no es nada... o no sé. Son esas pesadillas horribles que te conté, y esa casa vieja del frente; no he visto a nadie allí durante el día, y en la noche esos autos negros, los furgones. Le tengo miedo a esa casa.

—Pero mi amor, eso no es lógico —dijo Andrés tratando de calmar a su esposa— tú no sabes quién vive en esa casa, no puedes suponer que algo malo ocurra allí. No has sido nunca aprensiva, qué te pasa Leonor, qué...

—Allí ocurren cosas horribles, Andrés, cosas que quizá no podemos siquiera imaginar que pueden suceder. No sé por qué, pero los gritos de las pesadillas vienen de la casona, no me equivoco, estoy segura.

Andrés se encaminó a la ventana, miró por entre las cortinas, y vio dos siluetas alejándose de la casona. Sintió una amargura inmensa en la garganta al divisar esas personas, y sorpresivamente experimentó una angustia espantosa, opresiva. Quizás debiera relatarle a Leonor sus propias pesadillas, pero no quería contribuir a ponerla más nerviosa. Algo ocurría en esa casa, él también lo sabía. Encendió un cigarrillo, aspiró el humo con fuerza y supo que esa noche no podría hablar más. Apagó la luz y se recostó junto a Leonor. Ninguno de los dos pudo dormir porque esa noche fue más oscura, más larga que todas las otras. El cigarrillo, abandonado por su dueño, terminó de consumirse en el cenicero del velador.

Antonio remeció la puerta, gritó pidiendo ayuda, mientras Carlos agonizaba en un rincón del calabozo. Nadie vino, pero no porque nadie escuchara.

Carlos vomitaba sangre en un rincón. Una sombra que se desliza en la oscuridad, nada más. Nadie viene. Alguien gritando frente a una puerta. Antonio rompe los nudillos

contra la madera. Alguien grita con desesperación. Nadie viene, nadie viene...

Antonio se arrodilló, se quedó así, callado, mirando nada; ya ni siquiera escuchaba las convulsiones de Carlos. Sólo era una sombra arrodillada, silenciosa.

Amanecía, y Leonor abrió la ventana que daba a la casona. No pudo mirarla.

—Andrés —dijo— hoy nos vamos.

El marido no preguntó a dónde ni por qué. Se dispuso a hacer las maletas a pesar de que presentía que así no escapaban, no se desprendían de la casona. La paz no la daría la distancia. Había algo que hacer, mucho más que una simple mudanza, aunque de momento no era una mala idea.

Secretamente Leonor pensaba lo mismo. Y al tomarse de las manos ambos se sintieron más tranquilos.

La señorita Lucrecia miró con inquietud el bulto envuelto en lona verde que arrojaron al furgón los hombres de la casona. Entonces supo con certeza que en esa casa vieja ocurría algo extraño y terrible y por primera vez en muchos años, echó a llorar con una tristeza inesperada.

Carlos, los ojos secos y abiertos, encogido en su última prisión. El furgón parte desde la entrada de la casona. Antonio, enloquecido, pide auxilio para su amigo, pero ya es tarde; golpea, estremece las paredes.

Y mientras la noche cae sobre todos, el furgón corre, aterrador, por una silenciosa avenida.

ANTONIO OSTORNOL

Es autor de dos novelas publicadas: "Los recuerdos del silencio" (1981) y "El obsesivo mundo de Benjamín" (1983). Como cuentista se ha dado a conocer en diversas revistas literarias y fue incluido en "Encuentro. Narradores Chilenos de Hoy", antología editada por Bruguera en 1984. (Nac. Santiago, 1954).

EL HIJO DE MARCIAL

*Era preciso hacer habitable el ser de este hombre (...).
Era preciso hacer habitable el ser de los hijos de este hombre.
Jorge Semprún*

Serían cerca de las diez de la noche cuando, del otro lado de la puerta, se escuchó el llanto de la guagua. Al momento, el timbre, un ding-dong delicadísimo, anunció la presencia de alguien.

Alicia estaba sola con sus hijos. Roberto andaba vendiendo remedios en el sur. Dudó un instante, el tiempo necesario como para que el ruido del televisor llenara el silencio y, nuevamente desde una lejanía inconmesurable, se escucharon los quejidos de la guagua. Entonces, se acercó a la puerta y miró a través del ojetillo: en el descanso de la escalera se perfilaba una figura gruesa con un bulto en los brazos.

Preguntó muy despacio quién era y la respuesta no hizo sino acentuar su inquietud. Marcial estaba ahí, justo al otro lado de la puerta, y el tono de la voz reflejaba una instrucción perentoria: tenía que abrir, y al hacerlo, quizá por el contacto de la luz o por el suave movimiento de los brazos de Marcial, la guagua dejó de llorar: tendría algo más de un año y los ojos se le cerraban solos.

Se saludaron casi como si la visita fuera normal, un beso en la mejilla y un cariño descuidado en la cabeza, poca cosa, algo mínimo para decir que, a pesar de todo, eran buenos amigos. Y lo eran, pensó Alicia, sólo que hacía tanto tiempo que no se veían. Sin embargo, Marcial se movía con una exactitud que no indicaba ninguna emoción por el encuentro. Dejó al niño sobre el sofá, se dirigió a la ventana que daba a la calle y miró corriendo apenas las cortinas. Sólo entonces se sentó. La guagua se había dormido y Marcial respiró hondamente.

Alicia no sabía qué pensar. Miraba a Marcial y miraba a la guagua, y en su cara se formulaba una interrogación de tal magnitud, que ni siquiera se atrevía a enunciarla. No pudo resistir y, sin decir una palabra, tomó en sus brazos al niño y se lo llevó a su dormitorio. En seguida, cruzó la cocina y en el departamento se oyeron los ruidos de las ollas al chocar, del agua que corría, de los platos dejados con violencia sobre alguna mesa.

Cuando Alicia volvió, Marcial miraba nuevamente por la ventana. Ella se detuvo un momento a observarlo: había envejecido, no tenía el garbo de antes, la apostura soberbia. Sus facciones estaban crispadas como si lo dominara un miedo incontenible o un silencioso dejo de culpabilidad. Trató de recordar desde hacía cuánto tiempo que no se veían. No logró precisarlo: se había esforzado demasiado en olvidar. Y lo habría conseguido definitivamente, de no mediar su presencia abrupta, ahí parado en medio de la pieza, como irrumpiendo de la nada.

Marcial masticaba con marcada lentitud un trozo de carne. Mientras comía, se hicieron preguntas triviales, demasiado obvias: ¿cuántos niños tienes?, ¿cómo anda la salud?. ¿Roberto está trabajando?. Y las respuestas fueron breves, los datos precisos, las anécdotas resumidas en exceso. En general, concluyeron, todo seguía más o menos normal, excepto esta llegada, esta comida de trasnoche que aparecía extemporánea e irreal.

—La guagua, Marcial, ¿es tu hijo?

—Sí, mi único hijo.

Fueron las últimas frases en la mesa. El café fueron a tomárselo en el pequeño estar. Alicia no dejaba de mirar a Marcial con fijeza: esperaba una respuesta concreta, algún indicio más preciso. Pero Marcial no parecía dispuesto a explicar y ella no se atrevía a preguntar. Permanecieron en silencio bebiendo de las tazas a pequeños y nerviosos sorbos. De vez en cuando se decían algo. Luego, volvían a callar. Hasta que un quejido llegó de la pieza.

—Es él —dijo Alicia.

—Sí, es él.

—¿Cómo se llama?

Marcial se sonrió por primera vez desde que había llegado y con un discreto rubor contestó: "Como el poeta". Sí, Alicia también sonrió y, con una mueca traviesa le contó que su hijo mayor también se llamaba Ernesto, como el poeta, y, aunque no lo dijo, recordó eso de que **al perderse yo a ti, tú y yo hemos perdido...** Se levantaron para ir a ver al niño. Sobre la cama, el pequeño cuerpecito se retorció y el sueño ahogaba sus murmullos. Apenas se veían las manos gorditas que trataban de coger algo incansable.

—Tiene sueño —dijo Alicia.

—Es hambre, no ha comido— repuso seco Marcial.

—¿Cómo?

Marcial arrugó las cejas, con una mano se apretó la cara como si quisiera hacerse daño y con los ojos buscó en la penumbra un punto indeterminado. Alicia le dio vuelta la cabeza con violencia y lo interrogó con los ojos por un momento sólo sintió la respiración contenida de Marcial, las hinchadas venas de su cuello, el sudor que lo cubría invisible. Comenzó a balbucear unas palabras, Alicia, tengo que explicarte, por favor, pero ella no lo dejó, y como impulsada por una fuerte descarga eléctrica, salió de la pieza y, durante un tiempo imposible de determinar, Marcial sólo escuchó el ruido, amplificado en la noche, de los pasos ágiles que recorrían el departamento de un lado a otro. Tomó en brazos a Ernestito y lo acunó. No se volvió a dormir. Tampoco siguió llorando: apoyó la cabecita en su hombro y a intervalos regulares emitía leves quejidos. Marcial se sentía afiebrado. Las imágenes del día se le repetían una y otra vez sin dejarlo pensar. Después que recibió la confirmación telefónica de sus sospechas, estuvo a punto de no ir a buscar a Ernestito. No podía precisar el tiempo que pasó sentado en la Fuente de Soda esperando a decidirse. ¿Cómo podría explicarle a Alicia?, ¿cómo poder

partir nuevamente? Ahora le darían la leche, también lo mudarían. Luego se dormiría, era evidente: entonces, tendría que explicarlo todo.

El niño ya se había dormido y Alicia terminaba de ordenar la cocina. Desde hacía rato que no paraba de hacer una cosa y otra, como si no quisiera detenerse un momento. Marcial, sentado en un sillón, la observaba: se mantenía bien, no había engordado, su contextura seguía siendo firme. En ella no se apreciaba el paso del tiempo, a pesar de que ya bordeaba los treinta y tenía tres partos a su haber. Todavía era una mujer atractiva, aunque quizás un poco frágil. Poseía intacto, sin embargo, ese don de la ternura, que le permitía asumir con extraña calidez las situaciones más complejas y decirle ahora, sin ningún tapujo, que ella daba por sentado que se quedaría a alojar, ya que el toque, como era lógico, estaba por empezar.

Marcial asintió sonriendo. Un tibio calor lo envolvía y sus miembros estaban poseídos de un desgano absoluto. Tenía sueño. Hubiera querido cerrar los ojos, relajarse, dejarse llevar por la pesadumbre que lo embargaba. Pero Alicia no se lo permitía. Sentada frente a él, como si se tratara de la situación más normal del mundo, hablaba sin parar, casi compulsivamente, siguiendo un discurso remoto, recordando al viejo poeta que había hecho literatura con los indígenas y que ahora lo daba todo en esa lucha que ella no entendía, pero recordaba esas tardes en que recitaban juntos sus poemas y que tenían que verse más seguido, y hablarlo todo, Marcial, todo... La situación no podía prolongarse. Marcial lo tenía muy claro: debía explicarse bien. Se refregó los ojos y le pidió a Alicia que lo escuchara un momento. Ella se sorprendió y lo miró a la cara. En ese momento percibió mucho más nítidamente los cambios experimentados en el rostro de Marcial: había más arrugas, menos pelos, unas profundas ojeras que se marcaban bajo sus ojos. Y Marcial ya no mantenía la vista fija: continuamente la estaba desplazando.

—Tenemos que hablar de Aurora, también de mí, y de ti, quizás con cierta inquietud. A Marcial le faltó el aire, lo tomó con fuerza y lo mantuvo en suspenso. Al final, expiró con profundidad, con la profundidad de un recuerdo largo. En los ojos de Alicia habían nacido breves destellos: sí, también deberían hablar de Ernestito, pero no sólo de sus hijos que compartían fortuitamente el sueño, sino del otro Ernesto, del que les pertenecía sólo a ellos.

—Algo te pasa, Marcial— dijo Alicia precipitándose.
—¿Por qué no me lo dices de una vez?

En sus facciones había desaparecido todo optimismo. Algo grave pasaba, algo que estaba constricto en el ceño fruncido de Marcial.

—Sí, tienes razón. Necesito que me ayudes.

Encendió un cigarrillo, lanzó lentamente el humo, se concentró en las volutas: debería haber dicho que tenía un problema de vida o muerte, pero resultaba demasiado trágico, a pesar de ser cierto. La situación era inexorable. Recordó la noche anterior, cuando todavía no quería convencerse: Aurora entró como un bólido a la casa. Estaba pálida, temblaba. Estoy segura, Marcial, había balbuceado, me están siguiendo. Y se aferró a su cuerpo hasta traspasarle toda la violencia de su miedo.

—Hoy día Aurora no volvió a la casa. Me lo dijeron por teléfono.

Había llamado desde la oficina y la empleada, a medias palabras y en su curiosa sintaxis, desencadenó sin querer los términos de una historia que en este momento se le hacía soportable. Lo primero que hizo fue ir a buscar a Ernestito. Lo retiró antes de la hora, tomando todas las precauciones. Entonces comenzó a recorrer la ciudad sin tener un destino fijo. Estuvo en los parques, pensó en ir a casa de su suegra, se refugió en un café, hasta que se hizo de noche y no pudo prolongar más su determinación.

—Fue ahí que pensé en ti.

Alicia inclinó la cabeza como si todavía no entendiera o

meditara una grave respuesta. Las palabras de Marcial habían vuelto a poner en el centro de su existencia una vieja definición. Ella sabía e imaginaba perfectamente la situación de Marcial. Sabía que debía ayudarlo. Pero estaba Roberto y aquella vieja historia nunca aclarada. También sabía que no podría contar con su marido. Quiso ganar tiempo, tal vez inventar una salida que intuyó imposible.

—Por esta noche podrías quedarte. Luego, sería un problema.

Era cierto, pensó Marcial, y no puedo contestar. Sabía, sin embargo, exactamente las palabras que debería pronunciar, ni por un momento había olvidado el propósito preciso de esta visita. Pero se resistía a hablar, no se atrevía: el rostro risueño de Ernestito, de su único hijo, le nubló la vista. Una angustia nacida quizás de tiempos inmemoriales le hizo soltar las palabras como un escupo:

—Yo no quiero quedarme, sólo quiero dejarte a mi hijo.

Alicia no reaccionó. Siguió mirándolo con la misma expresión de infantil preocupación con que había escuchado todo el relato. Pero ante la interrogación muda y angustiante de Marcial, el tiempo se le vino encima y una ciega decisión se configuró en su rostro. Roberto tendría que entender y ella debería ser capaz de explicarle. Tuvo absolutamente claro que su conciencia no resistiría el recuerdo de la imagen demacrada y convulsa de Marcial con ese llanto que no podía contener y los espasmos secos de un cuerpo dominado por fuerzas superiores a él. Se acercó y lo acarició. Sintió su cercanía y, en un gesto difícil de precisar, lo abrazó. Alicia se persignó con lentitud, marcando cada movimiento de su mano, y cerró los ojos.

Al día siguiente, temprano, Marcial se lanzó a la calle. No quiso entrar al dormitorio donde estaba su hijo. Simplemente, creyó percibir la respiración acompasada de sus pulmones. Alicia lo despidió en la puerta y se quedó

mirándolo desde la ventana. Lo vio cruzar la calzada y, cuando iba a mitad de cuadra, un auto comenzó a desplazarse lentamente a su lado. Doblaron la esquina y, definitivamente, desaparecieron.

LAS ARAÑAS

*Lo más terrible se aprende enseguida
y lo hermoso nos cuesta la vida.*

Silvio Rodríguez

Alguien sugirió, en un comienzo, la posibilidad de un serio desequilibrio mental. A fin de cuentas, argumentos había. Cuando niño, decían se le había visto jugar reiteradamente con arañas. Esto no tendría nada de particular, a no ser que los juegos se ajustaban siempre a la misma rutina: luego de un prolongado acoso, las arañas eran capturadas vivas. Con un cordel, cual experto laceador, las anudaba por la cintura y las iba depositando en una férrea caja de cartón. Allí era imposible cualquier punto de fuga. El lo había calculado todo y los orificios eran lo suficientemente estrechos como para que ni siquiera la más pequeña y ágil de las arañas cupiera, y lo suficientemente amplios como para que entraran la luz y el aire, y el espacio no tuviera la sordidez de las cárceles. De esta forma, lograba el objetivo básico de sus juegos: mantener las arañas con vida. Luego, cuando ya había juntado unos cuantos arácnidos, en lo posible de la más variada naturaleza (en su Diario de Vida, el decimoprimer día del mes de la primavera, consignó la presencia en la caja de siete arañas todas de colores diferentes, e incluso algunas cuyas tonalidades se difuminaban de tal modo, que resultaba infructuoso el intento por discriminar su espectro original), entonces, provisto de un velón robado a su abuelo procedía a destapar la caja y las mataba arrojándoles con lentitud la esperma sobre sus cuerpos. Ahora bien, el asunto no consistía solamente en darles muerte, sino que era un procedimiento más sofisticado: en lo posible, la agonía de los insectos debía ser larguísima, y la eficacia del juego se medía por la longitud del tiempo que mediaba entre la primera aplicación de la esperma y el aniquilamiento total

de las arañas (sin ir más lejos, el primer día del mes de mayo, escribió en su Diario que una araña mantuvo en movimiento la única pata libre de esperma, durante la nada despreciable cantidad de treinta y tres minutos).

Este fue, sin duda, uno de los argumentos más poderosos para defender la tesis del extravío mental. Había otros, debo reconocerlo. Como, por ejemplo, su obsesiva tendencia a las bromas de mal gusto. Todos recordábamos con mucho humor —y una cierta cuota de miedo— aquella ocasión en que tomó la corbata del Perón Carrazana y la apretó con tanta energía y precisión que fue necesario recurrir a una tijera para aflojar el nudo antes que el pobre Perón dejara, definitivamente de respirar, cuestión que a esas alturas del partido le era tan difícil, que su tradicional color aceituno había dejado lugar a un violeta que, siendo muy hermoso, anunciaba en forma inequívoca la muerte. Cuando logramos rescatar al pobre Perón de las pérdidas de la malévola, todos nos volvimos hacia Benito: ahí estaba, sereno como un niño, intentando una sonrisa totalmente ambigua. Lo cierto es que —locuras más, locuras menos— a partir de ese momento, Benito se ganó un respeto que en muchos años no había podido lograr, ya que su torpeza física (era francamente descoordinado y muchas veces tropezaba como los perros recién nacidos) y un aire de huaso ladino y asolapado, lo habían transformado en blanco sistemático de cuanta burla y escarnio podía inventar un grupo de adolescentes inquietos y bastante maduros para sus años.

Insisto: había más argumentos para sostener la hipótesis del desequilibrio. Pero también es cierto que algunos creían percibir en el conjunto de los sucesos, y en toda la historia de Benito, una suerte de extemporánea posesión. Pensarán que es broma: poseídos por el Demonio, hoy, en pleno Siglo Veinte, resulta ridículo, por decir lo menos. Sin embargo, a mí me consta (estuve en la Comisaría) haber escuchado al Inspector, un hombre con casi treinta años de

servicio, decir en voz muy baja, como para sí mismo, que no podía creerlo y que le parecía cosas de brujerías y pactos secretos. Si señalo esta opinión, obviamente no es porque la considere definitiva (debemos convenir: no es más que la opinión de un oficial de la policía). Lo que sí estimo como argumentación seria, es el análisis de sus cuadros. Yo no soy ningún experto, pero verlos y contemplarlos con acuciosidad infunde terror. Trabajaba sólo colores cálidos en su máxima intensidad y, a medida que se profundizaba la observación, las figuras (siempre son arañas) van moviéndose y mutando hasta que, una a una todas comienzan a delinear los rasgos de Benito. Pero es es el rostro de un Benito traspasado de heridas abiertas por donde fluye ancha la sangre. Y si uno persiste en esta observación atenta, ocurre lo más increíble: ese rostro, Benito llagado y sangrante, empieza a aullar. En una ocasión, la experiencia fue tan impaciente, que el efecto parecía un sueño. Fue cuando presentó el mural "Montaña rusa". Era una tela que cubría una pared, desarrollada en rojos y amarillos muy ricos. Las imágenes correspondían a una serie de arañas que flotaban en el vacío, perfilando los contornos curvilíneos de la aterradora entretención. Vi repetirse en esa tela miles de veces el rostro lacerado de Benito, y creí escuchar el aullido continuo de una persona que cae irremisiblemente al vacío y que, como en los sueños, presiente con claridad el momento en que se despedazará contra las rocas. El cuadro me pareció fantasmagórico y, si la memoria no me falla, creo haber empleado el término demoníaco para definirlo. En esto no tengo duda alguna: la inmensa mayoría de los que conocieron a Benito, creen poder afirmar y probar que él estaba regido por alguna fuerza sobrenatural y maléfica.

○ Pero yo no estoy de acuerdo. Sé que no tengo ningún argumento concluyente como para rebatir en forma tan tajante algo que hasta el más rudimentario de los sentidos comunes aceptaría como explicación válida y suficiente.

Seré aún más drástico: afirmo, con absoluta certeza y convicción, que Benito era un tipo inmensamente bueno, tal vez la persona más buena, que hayamos podido conocer. Sólo poseo dos recursos probatorios: su Diario de Vida y los pocos testimonios que alcanzó a dar Angélica.

Benito había organizado su vida de la forma más corriente del mundo. Casó a los 27 años con una mujer ni fea ni hermosa, que ejercía de tecnóloga médica y que tuvo a bien engendrar dos hijos varones. Estos niños, por largos quince años, alegraron su vida. Durante este tiempo, Benito se esforzó por producir ingresos monetarios tales, que les permitieran un buen pasar. Claro, el costo de esta dedicación fue que Benito paulatinamente abandonó la pintura. Hizo clases, llevó contabilidades, decoró interiores, consolidó las cuentas corrientes de una zapatería y diseñó jardines. En fin, tuvo diversas ocupaciones y, con el fruto de su trabajo más lo que aportaba su mujer, constituyeron un hogar donde, al menos en un cierto nivel, se sugería la felicidad. Hay que agregar a esto, un dato significativo: su esposa fue la primera mujer que poseyó y de la única que estuvo realmente enamorado, antes de conocer a Angélica.

Ahora, lo importante es decir que durante esos quince años, no se registra ningún hecho que pueda ser catalogado como de locura o maleficio. A Benito invariablemente se le vio manso y satisfecho. Así fue siempre, hasta que después de tan largos años, un día su mujer se lo dijo todo y, tomando sus cosas y sus hijos, se fue a vivir con un eminente médico que, al fin, había logrado separarse legalmente de su legítima cónyuge. Todo fue muy sencillo: ella se lo dijo y Benito calló, se sentó en un sillón y estuvo interminables once horas sin moverse. Se limitó a observar escrupulosamente cómo desarmaban su felicidad y se la expropiaban para instalarla en otro lugar muy remoto, del cual él, por cierto, estaba excluido. Fue entonces que, seguramente recordando una canción que sus hijos solían

escuchar, escribió en su Diario de Vida: "Los amores cobardes no llegan a ser amor, ni siquiera Historias" (Este pensamiento quedó registrado con fecha cuatro de enero y, a pesar del trazo inseguro, es perfectamente descifrable).

Este acontecimiento trágico tuvo una consecuencia positiva. Benito retornó a la pintura y durante los años que siguieron a la partida de su mujer, se verifica uno de sus períodos pictóricos más interesantes. Es la época de sus maravillosas arañas. Todos los críticos han convenido en lo mismo: su producción adquiere dimensiones y registros que nadie habría augurado veinte años atrás cuando, en las riberas del Mapocho, expuso tímidamente sus primeras obras. Ahora se habla sin tapujos de su genialidad, de su imaginación desbocada, de su deslumbrante locura. Fue así hasta que ocurrieron los primeros aullidos, durante una exposición realizada al aire libre, en una población marginal asediada por la policía. Entonces se empezó a hablar de pactos y conjuros maléficos y alguien, no sin razón, estableció la comparación con Van Gogh.

Por esos días conoció a Angélica, una dulce muchachita de dieciocho años que incursionaba por el mundo de la estética y había quedado marcada por el signo sabatiano de María Iribarne. En rigor, como la misma Angélica lo proclamó durante una fiesta, a las cinco de la mañana y absolutamente volada, Benito no la encontró sino que fue ella quien lo buscó y lo prefiguró mucho antes, al excitarse peligrosamente frente a uno de sus cuadros menos celebrados.

La relación que establecieron se consolidó con rapidez (Benito registró el evento un cuatro de septiembre, señalando simplemente: "Albricias, la primavera aún existe"). Y era cierto. Uno podía llegar a su casa —un estudio luminoso situado en la ladera del cerro— a cualquier hora y siempre los encontraba gozosos. Angélica posaba, Benito retrataba, y hacían el amor cada vez que su conciencia y su instinto se lo indicaban. Ambos creaban a

su entero gusto y entera libertad un pequeño mundo feliz. De aquellos meses es lo que se ha definido como su etapa lila y figurativa. Desaparecen las arañas y se abre paso a una imagen multidimensionada de Angélica. La conclusión de sus amigos fue unánime: Benito se había salvado, sin perder su genio pictórico. Era indudable, Angélica había provocado el más fecundo de los exorcismos. Ella, con un aire siempre dramático, decía: "Hemos inventado la felicidad, hemos inventado la eternidad". Y, realmente nadie habría osado dudar de lo auténtico de tal afirmación ni de la enorme verdad que entrañaba.

Fue así hasta el final. Su último cuadro —considerado por algunos como su obra maestra— es sin duda una síntesis de su estado anímico y un verdadero testamento artístico. Es una tela grande, dispuesta en forma vertical. El color predominante es el blanco y, en primer plano, estilizada, se distingue la figura de Angélica, desnuda y en movimiento de virginal ascenso. En el fondo, como una lejanía apenas perceptible, se perfilan ocho manchas delgadas, que se articulan como finas patas. El reconocimiento del pasado, dijeron algunos; los demonios y las obsesiones, afirmaron otros; una genialidad absoluta, concordaron todos. El éxito fue completo. Expuso su obra en medio de la aclamación de sus congéneres, del público y de la crítica. Esa noche, ofreció una dispendiosa fiesta para sus amigos, que se prolongó hasta la madrugada. Cuando se fue el último de sus compañeros, hizo el amor con Angélica y consignó en su Diario: "Nos hemos amado gloriosamente. Lo más terrible se aprende enseguida y lo hermoso nos cuesta la vida".

Amanecía. Se tomaron del brazo, cerraron la puerta y se fueron a caminar la ciudad. Recorrieron los barrios y llegaron a los límites urbanos. Allí se sentaron en una piedra y esperaron que pasara el tren. Cuando lo vieron venir, no dudaron un segundo y se arrojaron, definitivamente, a la felicidad.

JOSE PAREDES

Poeta, autor teatral y cuentista. Como narrador tiene editados los libros: "Rojas tus bocas" (1983); y "Para nunca olvidar" (1985). Creador junto a Diego Muñoz Valenzuela de la revista "Obsidiana". En 1984 fue premiado en el concurso Neruda 80 años. Mención Cuento. En 1985 fue finalista en el concurso Chile-Francia del Instituto Chileno Francés de Cultura. En noviembre de 1985 estrenó su obra de teatro "Todas esas vidas". (Nac. Osorno, 1951).

La sala está a media luz. Roja lámpara cuelga del techo. De la radio sale melodía de Blue. El humo torna irrespirable el ambiente. Un hombre embriagado intenta seguir la música con voz bamboleando. Hay fuerte olor a licor. Las voces de los bebedores se funden a las de afuera. Entrechocan los cristales. La radio es silenciada por la enguantada mano del Maestro de Ceremonias. Apagan la luz. Los reflectores iluminan el entarimado al cual sube el M.C.: Viste malla multicolor; su cara está maquillada de negro y amarillo. El M.C. ruega atención y calma a los presentes. Y anuncia: "Señoras y señores, en un instante más, observarán un show inolvidable". Pifias. "No, no se me impacienten, lo que les ofrezco, es... fe-no-me-naIII"... Sale de escena con gesto afeminado y haciendo pasos de ballet. Se oscurece la sala. Tambores. Un foco ilumina a los músicos: Acordeón, guitarra y percusión. Entre luces y palmas: Fantasmal mujer. El gentío eufórico. Ella trata de mover, sensual, su cuerpo. De sus ojos sale fuego. Su cabello, desgredado. Centran la luz en sus formas. El acordeón comienza a romper el bullicio con lastimado canto. Ella, cual felino en celo, aprehende el ritmo. La tarima cruje. Hondo silencio. Un suspiro aislado es interrumpido por el plañido de la orquesta. Ella se insinúa como las vedettes que ha visto en algún filme. Se saca el chaleco. Aplausos. Desabrocha de uno en uno los botones de la blusa; su mano tiembla. Carcajadas. Blanca enagua. Tira al público la prenda. Seno erecto. Se palpa: Dolor y susto en su pupila. Los músicos cantan melancólicos. "Eras un arcoiris de múltiples colores"... Desliza la falda en extraño mecer de caderas. Hay calor en el ámbito. La mujer tiritita. Los

hombres imitan las voces de los cantantes. Uno trata de manosearla, alguien que vigila lo detiene. A través de la enagua se transparenta su intimidad. Abismal asombro. En los ojos de ellos, llamas de lascivia. Pálida la piel de ella. La blanca enagua vuela por las volutas enrojecidas y cae a las toscas manos de los espectadores... "tus mujeres son blancas margaritas"... La gangosa voz. El sostén trasluce seno violáceo. Ellos se enfervorizan en clímax. La mujer en corcovos. Frío sudor invade su cuerpo. Estela negra en su mejilla dejan las lágrimas. El albo sostén mancillado. En su piel: Túmulos violetas. Ellos exigen más. Ella, como alada, se agita más allá de los acordes: Se va, se va, su hálito... Se evade su corporeidad levitando por el humo, como hoja en tormenta, desprendiéndose del peso, del espacio, del suplicio, del ruido de los goznes, de los gritos... Deja libre sus senos: Ensordecedores vítores. Los músicos apresuran el compás. Ella se mece lenta, lentamente. Arroja el sostén: Furia en sus manos. Se yergue en la escena: Virginal vestal. Quietas las luces. Expectantes las miradas. Ellos jadean como bestias. Ella sonriendo, se toca, se palpa, se acaricia, dulcemente. En la boca de los hombres, saliva de cópula vedada. Los ojos de ella, lejanos. Contorsiona su languidez en desolado grito. Los hombres, atónitos. Aparece el M.C. dando pequeños chillidos. Redoblan los tambores. Ordena silencio. Ellos: "¡No ha hecho el show total!". La mujer, exánime. Cubre con sus manitas su pecho, acurrucada en un rincón. "La función de esta noche llega hasta aquí. La 'señorita'... ha cumplido con creces esta prueba. La hemos pasado, por otras. No ha sido fácil ablandarla, pero, con buenos métodos... ¿Quién no entiende?". Los asistentes reclaman. "Ya, ya, chi-qui-lloossss... no-se-pongantepesados. Tomen sus ropas y se marchan a dormir". En la lámpara cuelga la enagua. Un espectador guarda en su chaqueta con galones, el sostén. La P.M. los va sacando de a uno. El M.C. atiende a la mujer, con cierto rechazo. "Tendrá mejor trato desde ahora", le dice despectivo. "Lo

hizo muy bien, no necesitaremos, tal vez, otros métodos...
¿Tiene pudor, no? Si no confiesa, pasará nuevamente por
esto, ¿Qué me dice?". Ella gime. El M.C. hace un mohín y la
cubre bajo gris manto. El torso de la mujer, lacerado. En sus
senos, quemaduras de cigarrillos. En sus pies, la marca de
los goznes. Ella llora. Se levanta, apenas se sostiene. El
M.C. le da apoyo con teatral repudio. Oscuridad. En el
ambiente aún resuena: "Eras un arcoiris"...

PRESAGIO

Apoyados a la baranda de madera observan el calmo flujo del agua. El pasto, cubierto de blancura. Los gallos cantan más de tres veces. De los árboles, trinos llenan de gozo las pupilas. Ellos dos musitan una canción apenas audible. La luz que llega aleja las sombras. Los ojos respiran rocío. Y miran hacia allá.

El acordeón de don Pablo cantaba como nunca ese día, 15 años atrás. María, alegre en mis brazos. El piso de madera crujía por el peso de los rudos bailarines que éramos todos. Nos conocimos e intuimos que íbamos a construir un plácido nido. Ese fue el común pronóstico. Mas, hacemos el roce y no sabemos hacia dónde el viento llevará las llamas.

Troncos arrastran las aguas. También animales muertós.

El día que Luis nació, una bandada de buitres se posó sobre nuestra casa. Maté cuatro. María estuvo asustada varios meses. Temía dejar solo al niño, sin su regazo. Doña Rosa, la **meica**, nos dijo que esas aves eran portadoras de malos augurios. María y yo nos inquietamos mucho. Después vino el olvido.

Brilla el acero. Rayos de sol se filtran por las ramas.

Enmudece la madrugada. Las piedras se ven en el fondo del cauce. Cantan los pájaros. Humaredas en las chimeneas de las casas. Mis manos están entumidas, casi no las siento. El peso de los años yergue una última rebelión de

mis músculos que tensos han permanecido en estos extraños días. Helada brisa nos zahiere los pómulos: heridas abiertas.

Sagaces trotan, en escaramuzas, de un lado a otro. Y se apostan, estrategias, por el camino. Trampas en todas partes.

Nuestras brazadas poderosas: Hendíamos jubilosos la pesada corriente; una y otra vez, sin cansarnos, íbamos y volvíamos, de orilla a orilla: vencíamos el calor y a las miradas ansiadas de las muchachas.

Intenta acariciar la cabeza de su hijo. Sangra su labio.

Luisito, gran cazador; María no gustaba de ese juego. Siempre nos regañó. Decía que todos teníamos derecho a existir desde el más simple insecto a los humanos. Nos dejaba tristes y pensativos. Primero fue con hondas; después quiso un rifle. Yo me opuse, pero él entendió. Por buen camino mi hijo. La que se alegraba con la caza de Luis, era doña Rosa; él le regalaba parte de ésta, con la cual ella realizaba cocimientos misteriosos. Lo extraño en mi hijo, que todos comentaban, consistía en que nadie conocía su risa. Sólo cuando iba camino de la casa de doña Rosa, sonreía. No nos preocupaba que Luis no riera. Ya llegará el día en que lo haga —nos decíamos. Los cuervos asistieron a su nacimiento. Salpicados de sangre el techo y el patio. El no yerra tiro. A María no le agradaba la amistad de Luis con la **meica**: siempre tuvo presentimientos.

Los hombres corren audaces por el bosque, teñidos sus rostros.

Cada árbol en su particular perfume. Distingo entre la brisa matinal, la peculiaridad aromática de esos sólidos

amigos: comienzo de un nuevo ciclo de la naturaleza; sus flores y las abejas: polen y mies: Cariñoso arrullo final. Luis, quieto. Me transporto a través de sus ojos, hacia aquellos días, en los que salíamos de paseo con María y los abuelos y los demás familiares. El ansiaba las aventuras; cuando iba de cacería tardaba en volver. No nos preocupábamos. Luis sabía hacer bien las cosas, y cuidarse. Estaba en edad.

Ráfagas. Árboles quebrados. Viento ardiente viene de los cerros.

Se me pierde la memoria de mis pasos por este puente. Primero, colgante; luego de madera; ahora de cemento. Desde aquí mirábamos el reflejo del crepúsculo con María, cuando salíamos a caminar la tarde y su silencio: el sol se perdía en el agua que se volvía oscura por la sombra, llegando. Llevaba a Luis en su vientre; sus mejillas, más coloradas; su mirada, más tierna. El río, placentero a los sentidos. En su savia lo bautizamos; día de sol y de risas; de guitarra, acordeón y danza.

Los conejos quedan estáticos en la noche: La luz de las linternas ciegan sus pupilas. Quietud y desolación. Respiración agitada. Escopetas humeantes. Pieles destrozadas.

María, con desgano no disimulado, limpiaba y preparaba el producto de la cacería. Luis, taciturno. En sus manos, manchas rojas. La madre, cada vez con más susto; nuestro hijo, muy osado en esto de las muertes. Y crecía; algunos vellos enrarecieron su tersa mejilla. Luis poseía un sexto sentido que nos abismaba. Iba a ser un buen militar cuando le tocara el servicio obligatorio. Tal vez llegue lejos. A María no le agradaba esa reflexión mía. No ocultaba su aversión por los uniformes. Pero yo, calmo, la fui familiarizando con la idea; era un sano modo de salir adelante en la vida que no

se da fácil a los campesinos. Con el tiempo, mi mujer ya no discutió; la existencia, más difícil. Los patrones rondaban —rabiosos— sus fundos. A los que pedimos mejor trato, nos aislaron de diversas maneras. Organizaron guardias blancas. Luis continuó, sin inquietarse, en sus correrías nocturnas. El rifle le fue más necesario que nunca. Había fama de su excelente puntería. A mi querida María se le empezó a alejar la risa. Yo, orgulloso de él. Por último que nos respeten por la puntería.

Fuego en los campos. Bosques arrasados. Cosecha aventada por la furia. Los clarines comenzaron a tocar.

Dejaban sus marcas, acuciosos. Desordenaron sus hordas. Temimos a sus jaurías. No queríamos llegar a ese tipo de cosas. Nuestro hijo comenzó a organizar a sus iguales; todos buenos conocedores de los cerros. Nos fueron obligando a ayudarnos. Tomaron represalias. Tenían más medios; ya no andaban en caballos, sino que en poderosos jeeps acorazados. Y dispararon sin compasión. Primero a nuestro escaso ganado: el campo se llenó de putridez. Después las siembras fueron incendiadas. No pudieron destruir los hogares. ¡Los buitres, María! Doña Rosa, la **meica**, en su fogón, conjuraba. El día aquel, remoto ya, la sangre en las nubes, María, ¿recuerdas?... El acordeón lloraba melodía. Presagio de desventuras por venir.

Ellos, se alinean por las laderas. Putridez en sus bocas ávidas.

El río sigue calmo. Algunos troncos por sus aguas. Cuando en invierno crecía, los árboles que traía nos servían de mucho. No era fácil sacarlos sin peligro de ahogarse si se nos daba vuelta el bote por la fuerza del oleaje. Rara pesca. En vez de truchas, maderos húmedos. Luis no

gustaba de este tipo de cosecha; prefería los pies en la tierra segura. Como si tuviéramos certeza de seguridad caminando sobre ella. Habían empezado con las trampas. Los lobos merodearon de lejos. Mis manos no las siento, heladas a causa de la intemperie. Luis, estático en su mirada. Un tenue rictus de sonrisa en sus entreabiertos labios morados. Sus pómulos rasgados exudan amarilla pus. ¡Mi precioso hijo, también en este trance!

Inquietos, patrullan los senderos. Resueltos en sus carreras.

María, mi María. Sus manos amasando el cariño diario. ¿Por dónde andará buscándonos? Ella nunca desfallece. Aquella vez que el niño, pequeño todavía, se nos extravió, no perdió la cordura, y a través de su laboriosa entereza y raciocinio, lo encontramos en el fondo del barranco, sin heridas. Después tuvo temor, mi mujer. Este niño ya entonces libre. Pero, ella no lo consentía. Me hablaba: "Luis tiene que aprender a valerse por sus manos". Y de ese modo, fue entrando él en la vida. Pero, María, es, luminosa y tierna. ¡Falta que nos hace su risa!

Trémulas, las mejillas sudan temor.

Sus ojos claros, ¡qué justos, al elegir la más bella flor silvestre! Su vestido blanco y almidonado, resaltaba, único, en el verde de la siembra. Y sus trenzas, negrísimas, en interminables tejidos, acogían sus senos cálidos y generosos. Cuando reía, su risa, era contestada por el eco de los cerros. ¿Y ahora? ¿Cómo llevará su pena? ¿Sus temores, confirmados? ¡Ah, fatal día de los buitres! Corriendo. De un lado a otro. Tal vez en lloro. Gestos adustos e imperturbables, y despedidas marciales. Y a lo lejos las risotadas. "No busque más señora". "Deben haberse ido por los cerros, más allá de la frontera..." Y ella

no cesará. Ha de ir una y otra vez a esos edificios. Y las mismas caras burlonas. ¿Qué hacer? Pensará en nosotros: desaliento en su ánimo. ¿Y el pan? Bendito pan de cada día; brillaban sus ojos, cuando nos servía el pan recién cocido. ¡Uhm, ese aroma!

Sus miradas, encendidas como los metales de los herreros.

Luis, al saber la noticia, huyó al llegar la noche. María le preparó un morral y lo bendijo. Yo no estaba. Había bajado al pueblo y no pude volver. En la noche se dejaron caer. Grande furia tuvieron al no encontrarnos. Se llevaron a los otros vecinos. Andaban en sus propios vehículos y con perros amaestrados. Llegó, para ellos, la hora de la venganza. El vuelo de las aves negras, más presente en los días que siguieron. María rezaba a su virgencita del jardín. Enrojecidos sus ojos y en silencio su linda risa. Desde aquel día se vistió de luto. "Por los inocentes", me dijo.

¡El día que las trompetas tocaron a degüello!

Cuando acordamos que yo también debía ausentarme del hogar, porque cada vez el cerco estaba más próximo a nosotros, y el arresto de lugareños se tornaba más rutinario, María sintió alivio. Desde que Luis partió no tuvimos sosiego; los perros, en las noches, no cesaban de aullar, junto a los motores y a los disparos. No quería ella continuar en temores, y teníamos la certeza de que no iban a pasar por alto mi ausencia, cuando resueltos vinieron por mí. Sabíamos que volverían. Los ánimos no se aquietaron, y los días fueron más tormentosos. Ya corrían las noticias acerca de las numerosas mujeres de negro que iban solas por los campos. La mirada de María tranquila, mejor que yo me vaya al monte. Su único miedo: que hacía varios días que no sabíamos de Luis. "Pero él es cuerdo"— reiteraba. "Y debe haberse complicado más la situación, estará

cuidadoso". La idea era que me encontrara con nuestro hijo, sería más fácil sortear los obstáculos juntos. Nos abrazamos largamente; las mejillas de María se humedecieron. Algo angustiante en mi garganta. La tibieza de su cuerpo sigue asida a mí. "¡La sangre de los buitres por el techo!", gritaba. Y corrió. Mi galope se alejó junto a la tarde que se iba.

Sus carreras en silencio. El cielo ensombrecido. Las nubes amenazan lluvia. Ellos en trincheras.

Seguí, preciso, el derrotero que planificamos con Luis. Difícil avanzar en la oscuridad total. Silencio. Las pisadas del caballo resonaban en ecos sordos en la tierra humedecida. Las ramas parecían brazos. ¿Cómo contener la prisa del pensamiento? Rogaba a Dios que estuviera bien, el niño. Mi pequeño, tan joven y en estas encrucijadas. Pero, no nos queda alternativa. Duro el camino. ¡Tan temprano y en huida! Las aves nocturnas se hacen oír, interminables. Cuando se fugaba la noche, llegué. Ahí estaba, solo, sentado alrededor de final fogata. Dentro del poncho que le tejó la abuela, al cumplir 14 años. El le tomó un cariño especial a esa manta y no la dejó de usar. Ningún gesto hizo al verme. Continuó impasible mirando las brasas. Descendí y fui conminado a alzar mis brazos. Ladró la jauría. ¡Doña Rosa y su augurio!

Apestan dentro de esos ridículos uniformes. Agilizan sus trotes y aprestan sus armas. El jefe, ceremonioso, les ordena ser certeros. Se arrodillan como en rezo. El agua turbia. Turbaba la razón de ciertos hombres, depredadores.

Entumecidas mis manos. Luis abrió los ojos y comenzó a reír. Yo, temblando. La baranda cruje. Los músculos tensos. El frío hierde. Los ojos vuelan. Las lágrimas limpian heridas. La llovizna lava la angustia. Trinan los pájaros. Calmada fluye el agua. Se aclara el entendimiento. Las aves

fueron portadoras, dijo la **meica**. El acordeón, canta. Rudos, en el baile, los pasos. Y hubo olvido. Lívidos los rostros, lacerados. Trampas. Agudas las lanzas. Nadábamos, gráciles por la corriente. Ellas, miraban. María, alegre doncella, en su vestidura de colores. Los gallos, negados. La escarcha metida en los pies. Desfalleciendo, María, su ánimo. Toca puertas que con odio se cierran. Torvos, los pasos, de los vencedores aviesos. El pan recién hecho. Alegría de todos. Las cerezas madurando. El crepúsculo desde el puente. Humeantes los rifles. Animales destrozados. Manchadas las manos. Osados en la muerte. El río se desbordaba. Ellos y sus guardias. Tierra arrasada. Afinamos la puntería, pero ya era tarde. No hubo compasión. Peores que las más fieras alimañas. Putridez, desde entonces. Conjuro, de todos implorando. Incierto el devenir. Los botes boca abajo; aire terminándose. Ahogo de los peces apresados. Pielas desgajándose. María no ocultaba su aversión. Razón tuvo. Campesinos pobres, sobreviviendo: tierra prestada. Ellos en rondas, insolentes. Brazos armados. Pánico. Los niños guardaron la risa. La unidad, temida. La traición trajo manto de espinas. Amanece y no se vislumbra claridad. Avida, el ansia. Se mueve la tierra, inseguros los pasos. Los motores truenan. Las orugas de acero hieren la siembra. Trampas y lobos. Luis, quieto, en tristeza. María y su grito. Intemperie. Desolados los cielos. Mujeres solas y de oscuro, remoto. Rajadas las carnes. Precioso mi hijo. Maravilla, mi María. Ellos, pintaron sus atávicos cuerpos: ¡Fuego desde entonces! La sangre por los techos, doña Rosa. Conejos en huida. Luis en el abismo. María trémula, en desvarío. La tierra enloqueció amor, y llueve, ¡hierro candente! Se rieron de nuestros sueños. Premonición. Y alzaron los sables, hambrientos de savia lúcida. Azarosa la existencia. Su blanco vestido en el verde de los prados. Ella corría descuidada al viento. Sus senos, generosos. Y la ternura de sus manos en mis hombros. Ahora, en pena: ¡Tiempo de buitres! Una y otra

vez invadieron los territorios y violaron los hogares. ¿Qué hacer? Nos fuimos a los cerros. Aves metálicas. Los llevaron a todos. Fosas abiertas en las tierras solas. ¡Las trompetas tronaron! La jauría se diseminó como peste por todos los rincones. No hubo sosiego. Tenebroso el porvenir. Ellas, solas por los caminos. María quedó tranquila. Galopando fui donde mi niño. Me gritó su mirada. En la baranda el nombre de los tres: María, Juan y Luis, los escribimos cuando él nació. Su presencia me hacía vibrar, ¡ah, recuerdos! La tarde caía y ella tras de mí: "¡Graznaron los cuervos nuevamente!" Y se me perdió su voz. Maté a cuatro. Los tiros resonaron, agrandándose cada vez más en el eco de los cerros. La sangre salpicó a todos. Y tuvimos miedo. ¿Te acuerdas María? ¡Ay, que mi voz llegue a ti! Mi cuerpo tiembla. Luis ríe, hermosa su risa. El río, plácido. Se oscurece el amanecer. Callaron sus trinos los pájaros. Metálico chasquido. Sin aliento los hombres que apuntan. Truenos, truenos, truenos desde aquel día: ¡Truenos!...

Tronaron los disparos. Volaron las aves y los hombres.

Astilladas las maderas. Los cuerpos de ellos dos, cayeron lentos y desarticulados, a reposar en el agua profunda. Al chocar en la superficie, se abrió el agua y se elevó hasta la cumbre de los ojos que miraban, insólitos. Un gran arcoiris se formó a través de la cortina líquida que fue lentamente retornando al río que seguía su curso. Los hombres de rostros manchados, tocaron triunfales los clarines. El jefe, a pasos presurosos, se acercó a la baranda. Miró: calmo fluir del río.

ROBERTO RIVERA

Sus textos han sido publicados por revistas literarias de Chile y el extranjero. En 1984, fue incluido en "Encuentro. Narradores Chilenos de Hoy". Finalista del Concurso Chile-Francia 1985. Ha realizado una interesante labor como comentarista en diarios y radios del país. (Nac. Santiago, 1950).

"La historia la hace Chaplín, Soriano. Nosotros estamos solos y el guión nos perjudica".

*A César, A Leonardo.
Triste Solitario y Final
Oswaldo Soriano.*

Finalmente logró meterme en la cabeza que la vida era dura, ¡qué dura!, durísima, horrorosamente dura. Cada vez que aparecía por Maruri, una larga calle de adoquines, de casas de adobes afirmándose una contra otra y árboles ralos, vecina a la morgue, los cementerios y hospitales, se veía en la necesidad de recordármelo. La vieja lo ayudaba.

—En Los Andes el frío era espantoso— decía ella preparando el terreno— Me acuerdo que chiquita, con mi delantal de la escuela y los pies helados como piedra llegaba a la casa saltando en la nieve—. Yo me reía por lo bajo. Se me venían a la cabeza palabras como finado, corpiño y miriñaque, mezcladas con una perdiz pollona jugando a la pata coja.

—Y en Curicó mujer... con ojotas bajo la lluvia, dele que suene haciendo zanjas— carburaba él y me miraba de reojo. Venía el momento de ponerse serio, receloso. Nunca se sabía si en la pasión te encajaba un cachuchazo.

...pero es que lo veía, casi podía tocarlo con la ojota empujando el canto de la pala, su flor de chupalla y una ramita de albahaca flameando en la oreja. Seguro que algo se pispeaba el hombre porque arremetía de inmediato:

¡Usted no se imagina lo que es la vida cabrito! Ya lo veo con cara'e huevón de portero en el Seguro Social— y posesionado del personaje imitaba mi futuro cayéndosele la baba; luego rugía —¡No se le vaya a ocurrir saludarme! Llamo los pacos y lo meto preso—.

Silencio. Hasta ahí no más me acompañaban las imágenes, mientras el portergado inquilino, de traje azul y perla en la corbata, se lanzaba de cabeza contra la sombra, "dele que suene":

—Llévese a este roto'e mierda— bramaba señalándome con el dedo. Tanta era su pasión que yo me habría dejado llevar preso, pero la verdad es que cuando me dejó de saludar ni siquiera tuvo que ver la cara. El problema estalló por el lado de las matemáticas.

—Que estudie iñor, que putas que es flojo, que las matemáticas son el futuro... —y como no lo fueron, al menos para mí; de improviso, tal como dice ahora la prensa, "En un confuso incidente" me quitó los víveres y el saludo. Lo de la cárcel ni se lo mencioné siquiera, aunque hoy de solo escuchar "a fojas uno" vuelvo a verlo de atrás de las rejas con ojotas entre agarrándome a chuchadas y bailando cueca. Distinto me sucedió con las matemáticas, que fueron tomando cuerpo de obsesión, sin darme cuenta, poco a poco.

El primer encuentro con ellas fue casual; ya me conocía de memoria todas las pensiones de San Telmo y había limpiado millones de vidrios y baños, y había acarreado botellas de vinos y licores, muebles y cajas desde estereofónicos hasta condones; en resumen, como nada me quedaba por cargar o limpiar, la gran ciudad me ofreció el beneficio de caer en una oficina. Fue un principio alentador, doble sueldo, horario, pago seguro, no como los hijos de puta que me dejaron fines de semana completos comiendo atún; las dificultades vinieron cuando Cayetano Raciatti sin el menor ánimo de joder, agarra y me pasa una factura: "dale nene, calculáme los intereses" me dice, y la sorpresa fue como la de recibir un refrigerador al peloteo; ahí me quedé dando vueltas al segundo día; "Cómo va eso" me preguntó varias veces, y yo, ya va Raciatti, no se preocupe, mientras me levantaba a espiar con disimulo. Nada. Parecía que los porteños me habían escondido la operación. Me escapé al baño; recuerdo que pasé horas enteras sentado dándole vueltas, y lo que más logré fue acordarme del profe y la exacta manera como tomaba aliento al pronunciar "capital".

A las cinco y media me escapé; tenía clavados en la nuca los ojos de Raciatti, mientras buscaba con desesperación algún libro, cualquier cosa, y veía ventanales enormes, pianos de una tonelada, y hasta los pantalones que me pasé a probar en Corrientes y Pueyrredón los vi alejarse por el espacio azul y blanco de "Argentina mi amor" "¡Qué grandes sos!", de nuevo a San Telmo, a las pensiones donde las ratas bailaban graciosamente sobre los cables de la ropa pensé, y casi preferí estar preso. Partí a buscar a un joven matemático chileno, regular presencia, con conocimientos de inglés, que en importante industria textil enhebraba agujas de seis a seis. Me aburrí de esperarlo. Cuando ya no había nada que hacer me fui a Corrientes a patear la derrota; llena de luces y de gente, confiterías y risas como para un abierto flash que los estuviera fotografiando. Todos tenían adonde ir y lo celebraban; fue la primera vez que no los envidié, no sé si de depresión, o porque yo ya tenía un norte, los intereses.

Me reconcilié con Argentina; el flaco que me dejó sentado en el café cuando llegó la novia, vendía autos usados en Temperley y me enseñó previo pago de un café, los infinitos retruécanos de la usura. Sin embargo a la mañana siguiente, casi casi se quiebra mi felicidad, Raciatti encontró que los intereses eran pocos, y eran pocos, dividí perfecto 365×100 , un año, pero como era mensual dio poco, y Raciatti, un verdadero sabueso para los números, me llamó ceremonioso; no me dijo nada, sólo me hizo sentar al frente serio y tranquilo; yo preparé la defensa tranquilo también, a las finales pensé, que se meta el trabajo en la cueva, pero me sorprendió con una segunda clase sobre usura: "Tome la birome..." empezó, y ese día me quedé trabajando hasta tarde, me sonaba una y otra vez Zita Rosa con esa canción "...y el hombre no mata, mata el odio y la envidia. El hombre ya se sabe que está aquí...", y me sentí caminar por las calles grises de mi viejo Maruri, escuché los carretones y el bufar de los caballos que rumbo

a la Vega dejaban en el atardecer una fragancia de melones, y llegué hasta las mañanas de domingo cuando, al abrirse la única ventana que daba a la calle salía la voz de nuestras Libertad Lamarque y Titas Merello; entonces la casualidad y el azar no fue tanto, había novias abandonadas, costureras y los conventillos de Echazarreta, que bien podían ser los de la "calle Olavarría".

No es que me haya hecho en tango, pero algo olía a "Cumparsita", pensé, o quizás lo dije, porque el aterrizaje fue contundente, como garrotazo en lo oscuro, imposible de negar, la música disco, monótona, pegajosa, estúpida casi grité y la respuesta inmediata

—Déjate de hinchar pa... Cómprame una peineta—.

—Ni cagando. Esa huevá es muy peligrosa—.

—¡¡Qué!! ¡¿Y querés que ande en monopatín?!—.

—Exactamente—.

—No. Cómpralo si querés. Llo no ando—.

—Vas a andar y córtala. Además se dice yo, no llo. Nos vamos a ir a Chile y no vas a aprender nunca— me oí decir, como si no fuera mía la voz, y este silencio sin imágenes en que me deja la suya.

—Llo no voy. Me quedo con la ma...— que me deja empotrado en la tierra, en el departamento donde sigue sonando el turuntuntuntú turuntuntuntú, y no llega nunca el sol, que si uno tuviera al frente las montañas al menos, esa inmensidad sobrecogedora de los cerros de Chile, que uno ya no es uno, sino lo mismo, la misma intensidad donde no cabe ni el aliento, pero en otro lugar ahora cuando le digo:

—Te meto preso— y me pongo a reír, y replica el ciudadano porteño, escolar, sin problemas de adaptación:

—Llo te meto en cana si me llevás—.

—Y partimos a comprar el monopatín sin manija que fue lo que más pude pactar cuando, por un designio nada casual ahora, tuve que meterme en su cuaderno de matemáticas; malo, pésimo, le dije, y es que la maestra

pa... la maestra, qué bonito, yo te voy a enseñar, y partí hojas adentro no sin algo de asombro al descubrir que uno más uno seguía siendo dos, en Chile y Argentina también, pero ya era distinto, con métodos prácticos como el subte y el metro, y veloces como los Hauker Hunter y los Tupolev; todo era conjunto, complicado mejor, abstracto como un espíritu, inasible, lejano, muy lejano a cuando yo sumaba peras y manzanas y las podía imaginar, ver y tocar, con la sólida tranquilidad de que si yo vendo diez litros de aceite a..., los números ni el aceite cambiarían mientras miraba los dibujos del techo y me metía los dedos en la nariz. Pensar en los viejos números era casi un alivio al lado de este laberinto por el que se me figuró hasta que podía deambular el Minotauro; mucho más fácil perderse que encontrarse, le dije, y él que no, que ahora hay unos computadores y calculadoras fantásticos, puede ser, puede ser, pero para mí es como andar por un laberinto extraño, porque jamás se ve a nadie, ni ninguna cosa viviente, algo que sea, una manzana, porque algo seremos nosotros también, y si no es así, bueno... es como si otro te ordenara tu pieza, o te entrara a mirar al baño, es como andar por la vida en un monopatín sin manija, que no es por premio, por que las calificaciones son pésimas, pero vamos, comprémosla, que puede que sea insensata y peligrosa, complicada, pero el vértigo es así, se va tan rápido que uno no puede pararse a ver ni tocar ni oler, ni meditar, si ya en un segundo estaremos donde queramos, qué importa Chile ni nada, si se pierde el sabor, vamos rápido, comprémosla.

—No comprés un carajo. Por todo te enchinchás—
taimado, con el ceño fruncido y jetón, y yo, es que puchas,
es otra la cuestión, escuchame...

—No te escucho nada. No me la comprés y chao.

—Es que no pasa nada; ya mírame, dale. Me acordé que Chile era como un sueño, eso es todo, que en una calle tan larga y ancha como esta, sin minotauros ni laberintos, derechamente cantábamos y bailábamos como amigos, nada más— y empieza a sacar la

mirada y la sonrisa antes de levantar la cabeza y decir, porteño, canchero:

—Dale viejo, qué ibas a bailar vos— y yo, qué no, y me sale la piragua de Guillermo Cubillos, era la piragua, era la piragua, así negro, así, era la piragua, ven, no seas ratón, era la piragua, era la piragua...

—¿Y para qué nos vinimos si allá era mejor?— grita.

—De turistas que somos, por eso no más. ¡Cuántas veces te voy a explicar!— cuando la fibra de la música le brilla en los ojos y como en la Alameda canta, era la piragua de Guillermo Cubillos, era la piragua, en una esquina de Corrientes frente al cerro Santa Lucía, y Luisín Landáez arriba en el escenario, era la piragua, era la piragua, hacia adentro y hacia arriba, muy alto, hasta donde jamás fuimos, hasta que despierta y sale volando por Uruguay del círculo de gente, y cuando lo alcanzo me recrimina:

—¡Mirá si me ve un chico de la escuela! Le digo que el loco que sos vos he—. Y pido una ginebra en el bar que siempre vengo a ordenar recuerdos o intuiciones, esa sensación que me voy quedando, que algo coincide, cierta semejanza oculta como un teorema que se comienza a cumplir, el barrio, un tango, esa cotidianeidad de los hombres que entran y se acercan como personajes de música disco, monótonos, pegajosos, chilenos sí, no, no de portero, en una oficina, por eso estoy aquí, pienso, libreta no tengo, llaves sí, del trabajo claro, del edificio, la niquelada con una muesca del departamento, y ésa no sé, no me acuerdo, sí, es cierto, matemáticamente hablando me sobra una llave, pero para qué voy a ser tan preciso y ordenado como un computador, si quiere la boto, sí, yo sé que aquí no vota más nadie, pero ni aguantadero ni guarida, no sé qué abre no más, y ellos, mirá que cara de pelotudo, contáme qué abre, que después viene aquel que le tiene bronca parida a los chilenos, ya amasijó como a diez, refréscale la memoria con una inyección, y dale, tomá, qué abre, pará que quiere decir algo el pibe, que la vida es dura,

durísima allá como acá, rómpete la cara, y no estudió matemáticas porque le carga ese orden fijo, inamovible de cada cosa y cada cual en su lugar, paquetísimo ché, desopilante, una pinturita, qué abre hijo de mil putas, y por suerte abrió una puerta que nunca supe, la misma que este "confuso incidente" cerró, cuando Raciatti, que los trompas, que una semana por sospecha no puede ser, hay algo más, y yo, que sí, que hay más, los minotauros que ahora nos lanzan a los arrabales del laberinto, y es que usted sabe los tiempos que vivimos, claro, como no, nosotros sí que sabemos, pero no alcanzamos a entender ese teorema implacable que nos sacó del Santiago de Droguett, Alegría y Teillier, y nos puso raros y curiosos, con una extraña profundidad en la mirada, camino a San Telmo, demorándonos, porque cuesta llegar sobrando en la rigurosidad de la ecuación, con esa sensación de vacío en el estómago, de mareo en el límite de las fuerzas, del equilibrio, de vértigo en los vidrios de los últimos pisos como si voláramos en la patineta.

CAFE POSTAL

Quien tomó el dinero de la cuenta que dejó sobre la mesa fue sólo una sombra que apareció y se perdió en un susurro por la luz madera; luego fue su mano la que avanzó como conejo por la superficie crema hasta los cigarrillos, y hurgó con los labios de sus yemas hasta extraer uno que se llevó a la boca. Sin sacar los ojos de la calle, recorrió de un extremo a otro el fósforo que raspó y acercándose en pantalla iluminó por un momento su rostro; después, apenas separando los dedos, lo dejó caer desde lo alto casi sosteniéndolo en la parsimonia con que la luz madera ahora atrapa su mano.

En la Nueve de Julio las luces de los autos recorren la estela de la postal nocturna que tiene en la mirada, o que le quedó guardada allí de alguna vez para este momento.

—...la locura no es ninguna liberación —dijo. Ella no estaba allí y tuvo que sacarse el cigarrillo de la boca para sonreír; después nuevamente lo llevó a sus labios, pero ya sólo quedaban los andamios de la sonrisa, quizás el recuerdo, la sorpresa tal vez de cuando se escuchó exclamar:

—¡Esta noche!—

—No querida. Por favor. ¡Me siento cansado! y... Además salgo tarde—

—Pero... ¿Por qué hoy? —alegó finalmente, o creyó decir cuando ya se veía sentado en medio del bar, o de esa postal que casi sabía que se instalaría en sus ojos.

No tiene sentido pensó, ni el más mínimo sentido, y la situación le pareció gratuita y sobrando, tal como lo intuía cuando lo sorprendió la llamada telefónica con el cuello sudoroso y los cables de información en la mano, la hoja

pautada puesta en la máquina, y también la certeza de llenar hojas intrascendentes, y a la vez, cuando empuño el teléfono, la satisfacción del profesional claveteando prismas y puntos de vista, o más bien monografías y crónicas se corrigió ahora que ha dejado de sonreír, o que el único sentido es la figura del edificio de comunicaciones en la Nueve de Julio, retirándole uno a uno los andamios de la sonrisa, la cúpula que asoma del obelisco, y en alguna parte los partenones ridículos de Ingeniería y Leyes, más acá de donde los márgenes del río aleonado venido de quién sabe qué literatura bordean las riberas de pasto abundante, la ancha avenida donde Patricia, de jeannes y manos en cadera levanta una nalga de su trasero tan porteño, pintada con un dejo equívoco en los ojos, luego envuelta en su saco de piel tan justo al cuerpo, la cabeza apenas torcida y los cabellos y la túnica blanca al viento, pero ahora es otra, a un paso o menos, quizá palpando con los dedos el éter excelsísimo envuelto en el aire.

—...la locura no es ninguna liberación— saboreó otra vez, y en la calle las luces de los autos nuevamente recorren la estela inmensa.

—¿Qué tal?— dijo ella cuando se acercó a la mesa y empezó hablando de bueyes perdidos que poco a poco dejaba caer en la cuerda tensa que delataba su mirada, y él buscando el mejor prisma, el estilo exteriorista y distante, esquivaba los que venían más al cuerpo mirando las otras mesas, el parque de juegos junto al bar, la calle, obviando esa cuerda ineludible que siempre supo que ella trajo en su mirada. Pero los bueyes remolones de antiguas charlas, que luego de remontar cerro arriba los dejaban tomados del brazo y toda la ciudad y su casa o la de ella, ahora venían cuesta abajo, atando en franco retro los primeros nudos con que esa mirada lo lleva a distinguir casi en neblina como emerge el fondo inamovible del cuadro.

—Whisky —pidió cuando el mozo estuvo a su lado y él

pidió café y se afirmó en el asiento poniendo las plantas en el suelo.

Al cruzar el parque de juegos desierto las hamacas brillaban en la luna fría, y sus pasos lo retuvieron en el lugar donde el árbol chinesco, oscuro contra la luz de luna, dejaba pasar como filo de navaja la marea gélida que daba de lleno contra los aceros de las escaleras, los balancines y toboganes y los arbustos de plata y verde. Volvió la cabeza recién ahora y Patricia se escurría por un extremo sin verlo, reconcentrada, entrando en la luz de la postal pero fuera, tal vez ya sólo un recuerdo. Lo demás estaba quieto, sólo ella cruzaba la luz de luna y él, con las manos en los bolsillos de la campera, la veía pasar en el justo momento en que todo estaba detenido, y Patricia quedaba allí para siempre, pero fuera. Reinició la marcha, rodó la noche, y la brisa llegó nuevamente a su cara. Ella estaría en su casa y en la Nueve de Julio las estelas de los focos se alargan y cruzan en las esquinas.

—Bueno —le dijo— te escucho— cuando el estilo distante fracasaba y los prismas profesionales, los puntos de vista cuidadosos, no contaban más que la sensación de un cenicero que el mozo hizo centellear en la luz madera, un brillo ajeno e innecesario que un accidente sumaba a la toma central del cuadro. Ella esperó bebiendo casi nada, apenas untando los labios y él derramó íntegro el primer sobre de azúcar.

—¿Tenés idea de lo que es una mujer? —inquirió súbitamente. Levantó la vista y atrapó de inmediato la cuerda tensa lista para su mirada. Lento fue apretando el sobre de azúcar vacío, empuñando y revolviendo los dedos sobre la pelota de papel que cuidadosamente acercó hasta el hueco del cenicero; luego desprendiéndose de sus ojos, por sobre ella vio los autos pasar a toda carrera. Afuera estaba casi desierto y la gente lentamente llegaba hasta las esquinas. El parque de árboles esmirriados, a ambos lados de la avenida, se perdía como una playa junto a la carrera de los autos.

—No. No lo sabés. ¡Qué lo vas a saber! Estás demasiado ocupado en vos mismo—

—No lo sé, pero vos debés tenerlo muy claro—

Un susurro de pasos llegó hasta ellos.

—Te pregunto a vos —dijo aun más alto, mientras en el parque de juegos las luces de entrada al subte se apagaron y él se acomodó en el asiento sosteniéndose en los bordes de la mesa de crema.

—Y bueno... ¿Sabés o no sabés lo que es una mujer?
—volvió a preguntar.

Ahora se internó en el parque haciendo chasquear los zapatos en el pasto. En el medio de la amplia playa, más blancas bajo la luz de luna, las estelas de los focos se perdían en remotas esquinas. Cuando levantó la vista pudo ver su sombra apagando las gotas de rocío, y Patricia y él, que ahora estaba allí meses atrás, se confundían en uno contra la ciudad iluminada; el sopor de la noche añeja, de calores como mermelada pegada al cuello, estaba tal vez en el cielo gris, en los árboles quietos sin la brisa, en esa actitud casi espontánea de las siluetas puestas en la foto. Inmóviles seguían allí contra la ciudad iluminada cuando bajó la vista y sus zapatos volvieron a crujir sobre la hierba; entonces, la postal se perdió aguas adentro de sus ojos y las esquinas precisas volvieron a ondear al bamboleo de sus pasos.

Patricia... ¡Terminála querés!—

—¡No!—

—Pero, ¿qué te pasa?—

—Quiero que me digas qué es una mujer—

—¡Quién te va a decir qué es una mujer!—

—Vos, que todo lo sabés, pero que sos incapaz de ver a otra persona—

Hundió los hombros, luego acomodó los codos sobre la mesa y no escamoteó su mirada. Esperó un momento; después, volviéndose hizo señas al mozo levantando el brazo en la luz madera.

—Bueno... no lo sé —dijo al fin— pero si vos sabés, decímelo—

—No querido, también esto querés que te venga de arriba. Tomáte el trabajo de descubrirlo. No está en los libros, te aseguro—

—¿Querés algo? —preguntó cuando el mozo estuvo a su lado.

—No. Nada— dijo ella y él pidió nuevamente café.

—La verdad, no entiendo qué te pasa —dijo ahora, y quiso agregar algo, pero ella se adelantó.

—¿Cómo podrías saberlo si no sabés lo que es una mujer?—

Entró en la calle donde las suelas metálicas daban contra el suelo y los postes de alumbrado se alejaban encontrándose en un fondo negro. La sombra bamboleante sobre el pasto y la estela luminosa habían quedado en otra parte de la noche, a sus espaldas, donde todavía bajo la luna, las estelas podían quedar grabadas en el semicírculo del obelisco.

La cortina del departamento ahogaba una luz íntima y una música tenue, que poco a poco fue sintonizando, llegó hasta sus oídos por la puerta entreabierta del dormitorio. Recostado sobre la alfombra del living, entre los almohadones, distinguió el medio cuerpo de las siluetas que se enredaban, tiempo atrás, forcejeando sus piernas por atrapar con el pie un tobillo remolón y esquivo como gato. Más acá vio la heladera y la pared con afiches de ruinas y artesanías, pero inexplicablemente desde la misma armonía los pasos metálicos sonaron otra vez en sus oídos; miró el fondo oscuro de la calle, y quiso volver a la luz cálida e íntima que ahogaba la cortina, a la música que escapaba de donde las siluetas ahora dejaban caer los zapatos, después quiso sonreír y sólo encontró las palabras —...la locura no es ninguna liberación— e inmediatamente el recuerdo —no está en los libros, te aseguro— y el complicado engranaje presionó hacia todos

lados, desde cualquier prisma, la música suave, los afiches, esa armonía recurrente que se adhería a sus pasos en pos del fondo negro donde se juntan los postes de alumbrado.

—Empecemos de nuevo ¿querés?. No entiendo dónde querés llegar—

—No importa. Yo sé—

—Está bien, dale, dale... —dijo gesticulando y después se apoyó sobre la misma mano poniendo el codo sobre la mesa, esperando.

—¿Vos te creés que hacer el amor es lo que hacés? Así podrías hacerlo solo, total ahí no ocupo ningún lugar—

—Podrías... podrías... Podrías haberlo dicho en el momento preciso ¿No te parece mi amor?—

—Es sólo una parte. No entendés nada. Todo querés confundirlo con tus palabras—

—¿Te confundo a vos con mis palabras?—

—No exactamente. Me dominás con tus palabras—

—¡Y qué querés!, que sea mudo...—

—Tal vez te vendría bien mirá; siempre encontrás las palabras precisas para confundir y dominar a la gente. Jamás ves nada ni a nadie. Todo lo arreglás con palabras—

—Pero yo no tengo la culpa que te sean esquivas. Mudo no puedo ser; sería casi nadie, aunque posiblemente así me volvería irresistible—

—Irresistible o no querido... ¡sacá del medio tus palabras!—

—De acuerdo, seguí, seguí; no sea cosa que a la próxima ceda el piso y te pierdas—

—Sos insufrible. Casi no se puede charlar con vos—

—¿Charlar?. Vamos. Si te venís así me pongo más retórico que nunca—

Desestimó un cognac en los cafés que dejaba a su paso y fue hasta la tarde en que en un tren suburbano, en un barquinazo, quedaba detenido bajo un cielo de atardecer azul metálico. Los senos de Patricia se pegaron contra él y

ella señaló hacia arriba justo antes que estuviera oscuro; entonces le dijo que conocía ese cielo, que antes le había llamado también la atención, y ella le dijo que no podía ser, que sólo en ese lugar el cielo era así, pero igual después se besaron y quedaron mirando ese único cielo que él también conocía como a Freud, que ella recitaba tan bien como le dijo una vez cuando el cielo era lo de menos, no como ahora en el pasillo de subida al tren, apretados los senos contra el pecho, viendo los últimos pinos y eucaliptus antes de entrar en la ciudad bajo un cielo conocido pero nuevo, saliendo de la postal con el golpe de sus pasos en el piso, en la calle donde a sus espaldas los postes de alumbrado confundiendo en uno se pierden.

—Sí, retórico, y egocéntrico además. Fantasioso y narcisista—

—Y... ¿no olvidás nada?—

—Te parece poco. Estás perdidamente enamorado de vos mismo—

—Humm... very very freudointeressante. Te sigo escuchando—

—Terminá con tus aires de suficiencia, ¿Para qué me seguís enredando? Te basta contigo y... mujer no necesitás. En realidad eres el homosexual más solitario del mundo—

—Pará la mano proyecto de madonna liberada ¡¿Qué te creés?! ¿Nunca te pusieron límites?—

Las cajas grises de los edificios puestos sin orden eran la maqueta de la calle estrecha y veredas pelañas por donde entró con Patricia caminando, cada uno por su lado, luego de aquella en la que quiso tener razón porque sí, y debieron irse sin hablar, cada uno fumando sus cigarrillos o mordiéndolos, como ahora por la maqueta al vaivén de sus pasos, las figuras de los edificios cambiando de ángulos y posiciones, moderno, insólito y vertiginoso, un posters sin duda, luces fogonazos y ruidos, solitario pero no homosexual, en el paisaje astral de la noche donde siguen

retumbando las pisadas; la mujer, ¡qué liberada!, madonna en proyecto y basta, durmiendo seguramente, terrorista sin prisma, rompiendo como manada de elefantes todo a su paso, sin palabras, de verdad, y él caminando sobre la maqueta, ceñudo, las mandíbulas apretadas, entre las cajas de cartón gris y la música de sirenas y flippers rompiendo los delgados hilos de las sensatas palabras.

—No. Jamás lo permití, menos a vos —La cuerda tensa ya no estaba en su mirada y encendió un cigarrillo y bebió whisky sin sacar los ojos de él, que se acomodó nuevamente, o acomodó la mesa y la silla antes de decir:

—Mirá faliconá histórica, la locura no es ninguna liberación—

—Viví tranquilo, ¿qué te preocupa la liberación?—

—Nada. Nada tengo en contra de eso. Creo que locura y liberación van separadas no más, aunque a vos ambas te quitan el sueño—

—Vamos todavía Gardelito, vos sos retórico y egocéntrico, yo soy locura y liberación... ¿En qué tango te quedás querido?—

—Para empezar en el Tango del Viudo, luego habría que ir viendo: "Loca mía, alma cruel y atravesada..." no está mal; después...—

Metió las llaves en la cerradura y sin encender la luz fue a tenderse en el sillón. Poco a poco llegó hasta él la biblioteca, el afiche de Hemingway, más allá las espadas cruzadas sobre la coraza de adorno, y Patricia con sandalias y la camisa blanca y vieja que cada vez que se quedaba allí usaba como batón. La escuchó ofrecerle un café en la oscuridad antes de sentarse junto a él; fue hasta el balcón y sólo las luces de entrada del edificio del frente permanecían iluminadas; volvió sobre sus pasos y enchufó la cafetera, encendió otro cigarrillo ahora que Patricia llega y se sienta frente a él, ¿que tal?, le dice, y entonces descubre la cuerda tensa que trae en la mirada y prefiere levantarse una vez más y volver a caminar. ¿Quién es

Patricia? se pregunta, ¿quién es?; solitario sí, pero ¡cuidado!, ¡¿Qué te has creído?!, lo que pasa es que estás loca, totalmente loca y atravesada. ¡Ah!... y ahora quieres irte, muy bien, estás en tu derecho como mujer liberada que sos. El susurro de pasos sobre la alfombra lo hace callar; ella no escucha o no quiere escuchar y sigue destruyendo palabra a palabra la postal, primero rasga de arriba a abajo la luz madera, las cortinas, el mozo de saco blanco y gestos precisos equilibrando entre susurro y susurro la bandeja plateada, las mesas de crema, las parejas en silencio inclinadas contra sí, estás en tu derecho si te querés ir, no está mal, después... después... sé liberada hasta el final y pagá tu whisky, lo dijo, sí, no, sólo lo pensó, o quizá, tal vez sí, ahora que Patricia apresura el movimiento y lo quiebra justo en el medio como golpe en la cara, y la mesa de crema se abre, el pocillo de café, el vaso de whisky, el cenicero ahora repleto de colillas, todo bambolea, y ya no hay prisma ni palabras, sólo el asiento donde alcanza a acomodarse por última vez, poner las plantas en el suelo y caminar hasta el sofá donde nuevamente se tiende, avanza su mano por la superficie, ella no estaba allí y en la Nueve de Julio los autos recorren la estela de la postal nocturna una y otra vez.

LUIS ALBERTO TAMAYO

Sus trabajos han sido publicados en revistas chilenas y extranjeras. En 1978 ganó el concurso "Por los Derechos Humanos" de la Vicaría de la Solidaridad. En 1985 obtuvo mención honrosa en el concurso "Chile-Francia". Ha publicado una selección de sus cuentos, "Ya es hora" (1986). (Nac. Santiago, 1960).

Vamos, perrito, a tomarse la leche que le hizo el papito. Así le decía el Chueco Rebolledo a ese perro gordo como globo de cumpleaños que tenía un lunar negro como nube de invierno en mitad de la barriga y que a cada rato la volvía al cielo en busca del sol que rara vez se deja ver allá en el extremo sur del país.

Las tardes las pasaba con la vista en las cartas jugando una manito de truco con el resto de sus compañeros. Todos eran conscriptos viejos, ya habían pasado el primer año de servicio militar obligatorio. —“Aquí en tres meses uno aprende todo lo que tiene que aprender, decía, después es puro tirárselas”.

Al Chueco le hubiese gustado entrar a la Escuela de Suboficiales de Aviación, pero apenas completó la primaria. De ahí se fue derecho al taller de mecánica y desabollado de automóviles del viejo Maturana. Siempre sucio, siempre metido en ese overoll lleno de grasa y pintura. El pelo tieso como una costra y los dedos con peladuras, machucones y oliendo a una mezcla de bencina, aceite, pintura y kerosene.

Así pasó mucho tiempo; la familia de algún modo comía. Algo de dinero reunían entre él y sus padres, más los dos hermanos chicos que ya se las rebuscaban como buenos pobres. Un día el Chueco se puso lento para contestar las tallas, lo estaba aburriendo la rutina, quería otra cosa para su vida, pero por más que le buscaba no atinaba a dar con una salida. En las tardes siempre pensaba en cómo escapar de esa red que lo había atrapado. Lento se fumaba un cigarrillo de esos baratos, que sacaba de la cajetilla abierta por el fondo para no ensuciarles el filtro con sus dedos llenos de grasa.

Se alegró cuando vio su nombre entre los llamados al servicio militar. Pidió destino al sur, bien al sur. Quería alejarse de lo que había sido su vida, cambiarse de mundo si fuera posible. Se lo dijo a Carmen, su novia de varios años. —“Yo te quiero, negrita, pero el futuro es el futuro, y yo me la voy a jugar allá adentro: quiero quedarme contratado”. Ella lloró, porque sabía cuántos días hay en dos años y porque no lo vio ponerse triste a la hora de la despedida. Era como si hace mucho rato la hubiese puesto en el pasado. Al oír con qué dureza pronunciaba la palabra futuro, comprendió que decididamente allí no habría lugar para ella. —¿Quieres que te escriba? —Me da lo mismo, contestó él, poniendo ese gesto de inexplicable desagrado que tantas veces había visto en el rostro de su padre.

Viajó en tren, en avión; era maravilloso. Después el uniforme, la instrucción básica, reconocer grados y los primeros ejercicios. Superó a toda la cuadra en carrera de resistencia. Sus fuertes brazos, hechos a golpe de martillo, se hicieron respetar muy luego entre los otros conscriptos y también entre los clase. —Este Chueco es de los buenos, dijo el sargento instructor en voz lo suficientemente alta como para que todos escucharan.

No le importó ganarse más de alguna enemistad con tal de hacerse notar, de destacar como fuera. Tuvo brillante participación en la guerra simulada que vino al finalizar la primera campaña. Lejos de todo, solo, metido entre puros cerros pelados. Lo dejaron cuidando unos bultos; cajones vacíos tapados con ramas, le dijeron que era un depósito de gasolina que debía proteger del enemigo. Tres noches con su fusil alerta y nada. No había acabado su ración de guerra, pero comió pasto y raíces para probarse. La cuarta noche sintió ruido —quizá un conejo, pensó. Buscó los ojillos rojos en la oscuridad. Descubrió algo que se arrastraba a unos diez metros. Un ruido metálico y un hombre se irguió y se le fue encima con un grito tremendo, feroz. Rebolledo se llevó la culata del fusil a la cara y disparó. La bala de salva,

disparada a quema-ropa se partió en mil astillas que atravesaron el pantalón y la piel del enemigo. Un fagonazo y un grito en la oscuridad, un hombre en el suelo con una pierna inutilizada.

—Usted es un tipo de agallas, dijo el instructor luego de acompañarlo al hospital a ver al herido que se recuperaba de una operación que había durado horas: horas, a carne abierta, sacándole partículas de madera de roble.

Después, la oferta de integrar el curso especial de comandos. Fue el único de toda la compañía al que se lo ofrecieron. Quería empezar de inmediato, sabía que pasando ese curso tendría que quedar de planta.

—Hay que esperar unos días, dijo el teniente, tienen que llegar unos materiales de la capital.

Al terminar la lista, antes de acostarse, el teniente lo llamó a su oficina por un asunto personal. Ahí le entregó a Perrito. —“Lo tengo de regalo para mi hija menor, afirmó con nostalgia, pero ella vendrá seguramente el mes próximo y yo no puedo ocuparme de él. Cuidelo bien, usted sí tiene tiempo. He notado que pasa el día sin hacer nada”. A Rebolledo no le pareció una mala idea, era cierto que se aburría. En las tardes jugaba a las cartas con el perro en sus rodillas, las mañanas las pasaba en el gimnasio, para mantenerse en forma. Trepaba veloz por la cuerda, se alzaba en los anillos y saltaba sobre los cajones, practicaba cargas a balloneta contra los sacos llenos de paja. Sólo Perrito le miraba; era todo su público. Siempre con la mitad de la lengua colgando por entre los dientes, parecía que no le cabía entera dentro del hocico. Rebolledo no quiso ponerle nombre, eso de bautizarlo era un derecho de la que sería su dueña. El sólo le llamaba Perrito. Tenía la lengua como peluda, como un trozo de toalla, áspera, como el sabor de los cakís verdes. Las patas delanteras lucían caprichosos calcetines blancos, dos pepitas de sandía se le dibujaban sobre sus cejas cayéndoles como acentos sobre sus ojos. Era un perrito con cara de trasnochado. Eso les dijo riendo a

sus compañeros, una noche que tuvo un rato de estrellas, mientras le acomodaba la caja con lana de oveja para que durmiera.

Un mes y medio de espera, casi dos. Nada que hacer, el curso especial se retrasaba, aún no llegaban los materiales. Perrito crecía, comía mejor que él: cada tarde le traían sobras desde el casino de oficiales. Las patas se le iban poniendo largas, sabía dar la mano y hacerse el muerto si le hablaban con voz golpeada. Lo cogía despacio, como si sus manos fueran una pala mecánica y lo elevaba hasta su cara, entonces le ladraba tratando de dar con el idioma de los perros. Le enterraba la nariz en su barriga blanda mientras Perrito pateaba. Perrito gruñía, le mordía las mejillas y trataba de darle una dentellada en la esfera de los ojos. Todo era un juego. Perrito gemía en las noches de mucho frío y ese gemir continuo, siempre conseguía que le subieran al tercer piso de la litera.

Luego de tres meses, por fin el rumor de los preparativos del curso especial. Sus compañeros le miraban con envidia, pero algunos de planta guardaban silencio de bocas y miradas. Le dio pena de verdad tener que separarse de su Perrito. Se lo entregó en las manos al teniente, orgulloso de haber cumplido bien la misión encomendada. —Espero que su hija lo quiera mucho, dijo a manera de despedida. Hizo sonar los tacos y dio la media vuelta. Perrito gimió, pero él no se volvió a mirarlo, había elegido ser un hombre duro.

Pasaba las alambradas a punta y codos con el fusil bien firme. Lloviendo o nevando cortaba las alambradas. En plena noche, sin verse las manos, armaba trampas explosivas y las enterraba en ese barro extraño de tierra y nieve. Cuatro días en un foso con agua y barro, turnándose con otros dos para colgarse un rato de una saliente. Dormir en el barro y salir otra vez a los obstáculos, la lucha cuerpo a cuerpo, la orientación por las estrellas que no estaban nunca y más tarde los juegos de guerra con balas de guerra. El artillero disparando apenas unos centímetros sobre sus

cabezas. La cara pintada, los dientes al aire, la boca siempre semi abierta, en un gesto de rabia y cansancio; el esfuerzo y las maldiciones retenidas, lo habían convertido en una granada a punto de estallar. Tres cerros enteros pasados durante la noche, nada de dormir, la cosa no era juego. No sabía cuantos eran en total los del curso, pero vio a dos que los tenían atados a un poste con un cartel que decía: "cobardes": eran los primeros que se quebraban.

Lo capturó el supuesto enemigo. Horas de tormento, sólo dio su grado y su número. Afrontó lo que vino con una decisión tomada desde hace mucho: el silencio. El no podía fallar, jamás se lo perdonaría. Colgado de los brazos con la cara moreteada, con hambre y sed aguantó horas interminables.

— ¡Te vamos a matar, hijo de puta! Y él no dio la posición de sus compañeros. Sabía que debía soportar, que todo era un juego, un maldito y sangriento juego que ya duraba demasiado.

No sabía cuantos días habían transcurrido, pero le parecía que podían ser doce o quince. Le ofrecieron comida, eso fue después de pasar por un callejón oscuro. Orinaron sobre su arroz mal cocido y apelotonado. El cuerpo no importa, decía el instructor, sólo vale tu espíritu, y tu espíritu es superior. Tu cuerpo es sólo un pedazo de carne que necesita este arroz para seguir viviendo. ¡Tú eres superior a tu cuerpo! ¡Tu cuerpo no importa!

Vio pasar la camilla con el primer muerto. —Levantó demasiado la cabeza dijo el instructor como con orgullo.

Ahora se deslizaba montaña abajo por un cordel de fibra, el miedo había quedado atrás. Nuevamente volvía a sentir orgullo por estar allí, de pasar todo eso que estaba pasando. La fiebre vino y trajo los recuerdos. Trató de espantarlos, porque los recuerdos de situaciones familiares ablandan al hombre y lo hacen vulnerable. Nada de recuerdos, había dicho el instructor, toda la cabeza debe estar en la meta inmediata... Era el tiempo del bolsón y la sala de clases.

Caminaba buscando su escuela, con miedo, otra vez con miedo, se iba desesperando. No había nada, sólo un señuelo rojo al final del circuito. Siempre a punta y codos. La escuela se había deshecho en el aire y él tenía los pies despedazados: eso era verdad. Tosía colgado de las muñecas mientras le hacían caminar arañas por su cuerpo. De lejos escuchaba gritos. —Uno más que reventó, rió un instructor. “¡Crelan que esto de ser comandos era chacota!”. El instructor decía las palabras como una sentencia y una maldición.

—¡Escucharon, muñecos!, el que se sienta afligido es cosa que grite y lo mandamos al regimiento a tomar chocolate caliente. Rebolledo tragó saliva como si lo que tragaba fuese odio puro, le quemó la garganta pero no abrió los ojos y siguió colgado de las muñecas.

Otra vez libre, las llagas como pulseras. Marcha con una mochila enorme, el cuerpo quiere irse a besar la tierra y no pararse más. Siente que los ojos se le cierran, pero avanza hacia el señuelo. Lo cogió primero que todos, se alegró por eso. Una vez más era el mejor.

Se dejó coger por la nueva trampa, comió charqui con ganas, sabía el truco ese de darle charqui al prisionero para luego negarle el agua.

—¡Come!, le ordenaron, y lo hizo con rapidez. Le había venido un río de fuerza, fuerza nueva porque sospechaba que todo acabaría pronto. Sintió ruido de motores. El camión con víveres vino por la noche y no se fue de madrugada, seguramente esperarían a que acabase la fiesta para llevarse parte del equipo. Pronto todo terminaría y luciría orgulloso su boina de comando, con la estrella dorada, además de su sueldo multiplicado por cinco.

Acabó su charqui y tragó instintivamente un poco de saliva desafiando a la sed que vendría. Otra vez todo dolor, la fiebre y la tos. No sabe de horas: muchas. La vista sólo descubre lo brillante, el latón del jarro vacío, los focos del jeep que hace maniobras a campo traviesa. La sed

rompiéndole la garganta, la boca reventandose en costras y pellejo blanco. La lengua como cubierta de harina cruda golpeando en un paladar como lleno de aserrín.

—Ahora vas a tener agua, dijo la voz amable. Le soltaron las últimas amarras. En el suelo vio brillar su cuchillo. —¡Ahí va tu cantimplora!

Vio venir a Perrito, le estaba dando cabezazos en las pantorrillas y le lamía los pies heridos, le arañaba las piernas parado en dos patas como si quisiera escalarlo para llegar hasta su cara. Había crecido Perrito, al mirarlo pudo calcular cuanto tiempo llevaba allí. Como aturdido escuchó la orden: —¡Córtale la cabeza! ¡Es sólo un perro! La segunda vez la orden fue acompañada de un golpe. Cayó y Perrito jugó a cazarle de una dentellada la esfera de los ojos y a pasarle la lengua por las mejillas.

—Ya casi te has graduado, dijo la voz sin rostro. Lo que tienes al frente, es sólo un trozo de carne y sangre, y la sangre es líquida, quita la sed.

Cogió el cuchillo y avanzó hacia la puerta de salida, una puerta que él se dibujó en su mente. Debía cruzarla, ¡ahora era el momento!, se lo había prometido, no podía fracasar.

Con la boca aún chorreando sangre avanzó tambaleando. Llevaba un trozo de corazón tibio apretado entre los dientes tal como se lo ordenaron.

Ahora Rebolledo era un hombre superior, estaba preparado. Atrás; en el suelo, quedó sólo un pedazo de carne cubierto por un pelaje blanco con manchas negras. Desde el asiento del jeep, miraba el paisaje, como sin verlo, mientras volvían al regimiento.

MI HERMANO CRUZA LA PLAZA

Yo tenía diez años cuando mi hermano se fue. Durante mucho tiempo su nombre estuvo prohibido en nuestra casa. Crecí sabiendo que tenía un hermano que vivía en Francia: después supe que no, que vivía en el exilio.

Papá decía que mi hermano era inteligencia perdida, un testarudo que había ido a la Universidad a mezclarse con la peor clase de gente. Acordarse de él en la mesa era desatar una tormenta: mamá lloraba en silencio, mi hermana Claudia inventaba planes para ir a visitarlo; papá las embestía contra políticos antiguos y disertaba sobre la importancia de no meterse en nada.

Cuando egresé de cuarto medio papá lloró y todos lloraron: tuve la sensación de que no era yo quien se graduaba, sino mi hermano otra vez.

Sus cartas fueron escasas, apenas cinco en siete años. Recuerdo que la última decía: "Hace mucho frío esta noche; mañana salgo para Rennes con una exposición sobre los crímenes de Pinochet". Mi madre la quemó aterrada. Le contestó que al escribir esas cosas estaba poniendo en peligro a toda la familia. No volvieron a llegar cartas suyas.

Años después supimos que mantenía correspondencia con una vecina del barrio antiguo: del barrio en que vivíamos cuando vino el golpe militar. Fuimos con Claudia a ubicar a esta señora. Se acordaba bien de nosotros a pesar del tiempo transcurrido. Nos mostró dos cartas largas. Entonces pudimos saber cómo sonaban sus palabras, qué decían: ahora teníamos edad para entenderlas.

Reiniciamos el rito de la correspondencia. En una nota me propuso que le enviara mis papeles, que había juntado

algo de dinero, y que vería modo de que pudiera pasar un año con él, para que nos conociéramos. No contesté su mensaje: ya llevaba un semestre en la Universidad.

Durante el primer año fui uno de los mejores alumnos, lograría terminar la carrera en tiempo récord.

Cuando me invitaron a hacer trabajo voluntario para ayudar a los campesinos pobres yo pensé que estaba bien y me inscribí. Al saberlo mi madre se puso tensa.

—Eso no es ayudar a nadie —dijo— eso es hacer política. Te va a pasar igual que a tu hermano que está donde está por meterse a ayudar a gente que ni siquiera se lo merecía.

Mi padre empezó a cambiar su discurso; ahora decía que a los militares no se les podía pedir que fueran buenos gobernantes. Argumentaba que contra las Fuerzas Armadas no se podía hacer nada, que no se trataba de darle el favor o la contra a Pinochet, pero que había que reconocer que él mandaba y punto; que no había nada que hacer hasta que ellos mismos lo sacaran y pusieran a otro quizás peor.

Un día Claudia le discutió en la mesa, le dijo que a cada momento ocurrían cosas horribles y que no era justo quedarse sin hacer nada. Mi padre le lanzó el nombre de mi hermano como un insulto.

El negocio grande que teníamos en Santa Rosa quebró por la escasa venta y dos clausuras seguidas por no dar boleta. El dinero que se pudo salvar se convirtió en un taxi. Al poco tiempo el viejo Peugeot azul también fue pintado de negro con el techo amarillo. Esas eran las entradas de la familia, más el arriendo de la casita de La Cisterna y el kiosko para vender cosas de bazar y refrescos que instalamos en el antejardín de la casa.

A Claudia y a mi nos costaba mucho entender lo que pasaba, mirábamos todo desde fuera del tiempo. Sabíamos que nuestro hermano había vivido en otro país. Un país distinto, con el mismo nombre, pero otro...

El contacto con mi hermano lo hacíamos en notas

pequeñas. Supimos que no estaba en París, sino en México, que tal vez partiera hacia Nicaragua, o hacia donde "su aporte pudiera ser útil". Había perdido la esperanza de que lo dejaran volver. —"Yo no apareceré en ninguna lista —afirmaba—, yo volveré cuando se abran las Alamedas".

Nuestra conversación se tornaba cada vez más difícil de entender. El nos hablaba que nuestra situación no era aislada, que la política económica del régimen estaba golpeando duro a la pequeña burguesía, que por último nuestros padres se lo merecían por todo el mercado negro que habían hecho. No se alegraba de que nosotros fuésemos a ser profesionales: nos prevenía de que no nos convirtiéramos en chanchos ahítos y emplumados, ajenos a los problemas de las grandes mayorías.

Claudia le respondió hablándole de la nueva casa en que vivíamos, de su trabajo como voluntaria de la Cruz Roja, de sus charlas de higiene y primeros auxilios, de la creación de un banco de medicinas para ayudar a las personas que no pudieran comprarlas.

El respondió que eso era querer atacar el cáncer con dominales, que la salud de las personas debía ser responsabilidad del Estado y no de la caridad de señoras gordas ni de niñas con sentimientos de culpa por sentirse privilegiadas.

Con Claudia concordamos en que necesitábamos la presencia física de nuestro hermano para aclarar el significado y la intención de cada palabra. Para confrontar nuestras historias tan distintas: confiábamos en que a pesar de todo nos entenderíamos.

Los robos y los asaltos nos tenían a todos alarmados, no se podía dejar ni maceteros en los antejardines. Tuvimos que mandar a hacer una jaula de barrotes de fierro para el kiosquito, y así evitar que lo descerrajaran durante la noche.

Los jueves y viernes por la tarde le tocaba a Claudia atender el kiosko. Un tipo llevaba mucho rato en el asiento del paradero de micros que quedaba justo frente a nuestra

casa. Claudia lo sorprendió dos veces mirando y tuvo miedo, por eso me llamó.

Pensamos que era un maleante o un policía de punto fijo, o quizá un pololo malquerido de alguna casa de la vecindad. Lo cierto es que nadie estaría por gusto a la intemperie en un día tan frío como ese. Finalmente subió a un microbús y se fue. Sin embargo su figura nos quedó grabada y nos pareció verlo en otras oportunidades; siempre mirando, siempre en días de frío.

Al obscurecer de un jueves entró al negocio. Llevaba puesta la capucha de la parka y el grueso cierre subido casi hasta la boca. Apenas se distinguían su nariz y sus lentes. Entró por el caminillo de cemento y pidió cigarrillos.

—No vendemos cigarros, contestó Claudia.

Se bajó un poco el cierre de la parka y mostró unos gruesos bigotes. La chasquilla le cayó cubriéndole los ojos.

—Deme un cuaderno—, dijo luego de un breve silencio. Eligió uno grande, con la fotografía de dos caballos que corrían libres en la tapa. Dos caballos blancos sin riendas ni jinete.

Claudia se lo iba a envolver y él pidió que no, se volvió hacia la calle y mientras esperaba su vuelto lo metió bajo su chaleco afirmándolo con el cinturón. Afuera comenzaba a llover.

Había llegado tarde a casa, me estaba acostando cuando sentí voces. Mi madre era la que hablaba: decía que no, que mi hermano estaba en Francia, que debía tratarse de un alcance de nombre.

La vecina del barrio antiguo estaba de pie en el living con unos recortes de diario en sus manos.

Cuando vio aparecer a mi padre dijo con dureza:

—Su hijo ingresó ilegalmente al país. Ahora no tienen que avergonzarse de tener un hijo en el exilio: ahora tienen un hijo muerto.

Nunca pudimos verlo. En la morgue nos entregaron un ataúd sellado, nos dijeron que ahí dentro estaba su cuerpo.

La policía lo detectó antes de que alcanzara a hacer nada: vivía solo; había arrendado una pieza pequeña en el otro extremo de la ciudad. Lejos de su barrio, de su liceo, lejos de todos los que pudieran reconocerle.

Según testigos no se defendió a balazos como dice el diario. No portaba arma: iba de blujeanes y zapatillas cruzando la plaza. Unos veinte agentes lo esperaban: uno tomando helado, otro con un paño amarillo simulando limpiar parabrisas de automóviles por una moneda; dos más haciendo footing en impecables buzos azules. Su muerte fue una práctica profesional para un grupo de egresados de sus academias de muerte.

La ventana de su pieza daba justo a la plaza. Cuando entramos al último lugar en que él habitó las piernas se nos doblaron: estábamos cerca de él, de su vida.

Todo estaba revuelto, una vieja radio a tubos quebrada en el suelo. En este estante varias revistas de historietas y deportivas, libros de química y matemáticas. Él vivía allí, oculto, procurando no dejar huella de su modo de pensar, de lo que había elegido como forma de vida.

La dueña de casa contó que salía poco, que por las tardes escuchaba música y jugaba con Samy, un gato esquivo que rara vez bajaba del techo.

Bajo su cama encontré un par de zapatos negros, los tomé y me los puse; me quedaron bien. Claudia dio un grito al encontrar entre las revistas un cuaderno nuevo con dos caballos blancos que corrían.

Lentos cruzamos la plaza que él no pudo cruzar.

JOSE LEANDRO URBINA

Tiene publicado su libro "Las Malas Juntas" (Canadá 1978 y Santiago 1986). Reside en Canadá donde dirige las Ediciones Cordillera. Ha publicado cuentos en diversas antologías de Europa y EE.UU. Destaca también su trabajo como guionista de cine, y en 1986 dirigirá su primera película, "Trinidad". Tiene inéditas dos novelas: "El pasajero del aire" y "Homo Eroticus". (Nac. Santiago, 1949).

POSIBILIDADES DE FOTOGRAFIA

Para Antonio Skármeta

Todas las fotos que guardaba mamá: recién nacido, bautizado, primera comunión, colegio y vacaciones, fueron destruidas. El fuego se las tragó de orilla a orilla, remontando los pliegues que evitan que el humo delate que alguien está quemando: ¿Qué? Escapó, así lo quise, la foto de mi veintiún cumpleaños. La que me hizo Federico. La que permaneció rigurosamente apostada durante cuatro años sobre la mesa rinconera del living-comedor.

Ahí estaba la familia. Erguidos a cada lado del sofá, junto a la ventana, mi hermano que ahora trabaja en Australia y mi padre con su cara de hombre enérgico. Sentados: a la derecha, mi abuelo que en paz descanse, a la izquierda mi madre con su dulce sonrisa. En el centro yo, con la cara de Frank Sinatra.

—¿A quién te gustaría parecerte?— preguntó Federico y a mí, no sé cómo, se me ocurrió Frank Sinatra.

—Debo tener un negativo— dijo él.

Federico trabajaba cuando niño con su padre y una máquina de cajón. El oficio fue su herencia. Cuando murió el viejo, cambió el cajón por una cámara moderna y aún vive de ella. En el barrio jamás se le escapa un matrimonio o fiesta importante. Su espíritu innovador lo llevó a introducir allí las posibilidades del trucaje fotográfico y eso le valió la fama y algún dinero. A pesar de todo, piensa que morirá pobre y olvidado. Las producciones más conocidas de su estudio son: foto del equipo de baby-football de la cuadra con los rostros de Bill Halley y sus Cometas, fotos de las chiquillas del grupo en fiesta con sus verdaderos rostros, y los cuerpos trajeados de las modelos de la revista *Paula*. Las imágenes no tienen secreto para Federico y ésa de mi cumpleaños era una de sus obras maestras.

Cuando los carabineros allanaron mi casa, fue la única que encontraron.

—Mire, mi teniente— dijo el sargento conteniendo la risa entre los labios—. Mire a quién se parece este extremista.

—No es extremista— rezongaba mi madre desde el rincón donde la obligaron a quedarse.

El teniente recorrió al detalle la figura. Después de un rato miró a mi vieja,

—¿Es éste su hijo, señora?— preguntó con energía.

—Sí, señor, mi hijo— dijo ella estrujándose las manos.

—¡Pero si este guevón es igual a Frank Sinatra!— gritó el teniente.

—Es lindo mi hijo— sonrió ella.

—¿Dónde está su hijo, señora?— preguntó bruscamente el sargento.

—Hace dos meses que no lo veo, señor— comenzó a sollozar mi vieja que se ha visto toda la producción de Libertad Lamarque.

—Una madre no puede vivir así. Me dijo que iba al extranjero y ni siquiera ha mandado una carta.

—Está bien, ñora— dijo el teniente. Si aparece por aquí, avísenos. Es lo mejor para él.

—Me llevo la foto, mi teniente— dijo el sargento.

—No es necesario— dijo el teniente. Pídale a los vecinos que, en caso de ver a Frank Sinatra por estos lados, lo comuniquen.

—A su orden mi teniente— dijo el sargento y se fueron. Tiene bastante trabajo en estos días Federico. Muchas casas en el barrio entreabren en algún momento sus puertas silenciosas para que la familia rodee a los John Wayne, Ramón Aguilera, Charles Bronson, Sandro, Lennon o MacCartney, que resisten.

DOS MINUTOS PARA DORMIRSE

Nadie le conoció debilidades, hasta el día en que fuimos puestos en libertad condicional. Ese día le vimos llorar sobre el hombro de su mujer, tan vieja como él, que lo esperaba en la puerta del Estadio. No más que unos lagrimones. Antes se mantuvo siempre firme, plantado como un roble, siempre en las graderías con las manos y la barbilla apoyadas en el mango labrado de su bastón. Para su pellejo no existían ni el frío ni el calor. Cuando picaba desde el cielo el sol de la primavera, no sudaba; cuando las noches rechinaban de hielo en el fondo de los camarines, no temblaba. Era como la estatua de la dignidad.

Tenía un hijo, un obrero joven y taciturno. Vestía el overol de la Siam di Tella, así lo trajeron de la fábrica. Estuvieron algún tiempo juntos y se trataban con respeto.

Había tantos, y sin embargo llamaban la atención esa firme tranquilidad que irradiaban, sobre todo el viejo. Todos tienen que reconocer lo bueno que fue tenerlo entre nosotros, porque no bien entró en confianza tomó el toro por las astas en la escotilla. Si alguien se desmoronaba o percibía una pizca de abatimiento en el grupo, repicaba con su voz de zorro recorrido.

Escuchen, compañeros, este viejo que tienen aquí estuvo dos veces en Pisagua acusado de ser rojo. Allá sobrevivimos con la frente siempre en alto. Aquí estoy a mi edad, otra vez acusado de ser rojo, y la frente sigue en alto. El que nació chicharra debe morir cantando. Me gusta la vida, pero si van a matarme no les daré el placer de verme arrastrado.

Repetía lo mismo cada vez y se fue ganando nuestro cariño. Era el macho anciano que se enfrentaba con el mundo apoyado eternamente en su bastón.

Al hijo parecía no gustarle mucho el asunto. Creía que el viejo era un figurón y él se avergonzaba y le huía, aunque por las tardes, a la hora del encierro, invariablemente se le ponía cerca.

Uno de la construcción, que había podido salvar el reloj de la rapiña, fue el que informó que las descargas comenzaban a las tres de la mañana. A esa hora la mayoría no lograba conciliar el sueño y los que dormían se despertaban sobresaltados. Hubiera sido necesario mucho agotamiento para descansar sobre el piso húmedo y frío de baldosas, arropados con sólo una frazada, la ropa hecha a jirones por la concienzuda revisión a cuchillo. Qué más entonces que abrir las orejas a los fusilamientos que iban sacando muescas en las palmas de nuestras manos.

Las tres.

¡Atención!

Primera descarga.

Los hombres jóvenes, en un acto reflejo, nos apretujábamos como ovejas temerosas. Los de más edad se pasaban la mano por la frente y adoptaban una actitud de meditar.

Ya no me acuerdo ni cuál noche, en medio de la balacera, el viejo, sentado junto a la puerta, extrajo dos cigarrillos del bolsillo superior de la chaqueta y se metió derecho en el pantano de las prohibiciones. Alguien habló de sanciones y el viejo respondió con fuerza: "Acaso no escucha las balas compañero, aquí, para ellos, somos delincuentes. Estamos al margen de la ley y un cigarrillo no le saca ni le pone. Lo importante es que fumar relaja los nervios". Dos bracitas rojas corrieron desde entonces, como culebras subrepticias por entre las bocas, y eran un milagro. Terminadas, batíamos con lentitud las frazadas para despejar el aire. El humo se filtraba hacia las galerías.

El de la construcción dijo que eran las dos y cuarenta de la mañana, cuando vinieron a llevarse al primer preso de nuestra escotilla. Aún los cigarrillos no salían del bolsillo del viejo.

Entró un capitán de pelo rubio con una lista.

—Sotomayor, Emilio— gritó, y el hombre se puso de pie, confundido.

—Acompáñeme— dijo el capitán.

—Ya me interrogaron, señor— dijo el hombre, y estaba pálido.

—Camina, mierda— ordenó el capitán desenfundando su Luger.

—Pero si me interrogaron, señor. Por Dios que no tengo que ir.

—Sargento, sáqueme a este maricón de aquí— gritó el capitán.

Un sargento y dos soldados lo agarraron de los brazos y el pelo, y lo arrastraron hacia la puerta.

—¿No eran tan machitos? No iban a hacer la revolución?— decía el capitán desde la escala, y su sombra se proyectaba sobre nosotros. —Dos minutos para dormirse.

—Tengo un hijo— venía la voz del hombre retumbando por los pasillos de cemento.

El viejo, entonces, encendió un cigarro y cuando rugió la primera descarga, se puso a cantar mirando hacia el techo. Era un tema antiguo, "Ramona", y él tenía una voz agradable, un poco exagerada para dar la impresión de las discorolas de antes. Un murmullo pesado recorrió la escotilla.

—Cállese, padre, por la chucha— se oyó desde un rincón. Pero el viejo seguía cantando.

—Convide cigarrillo, viejo, me tentó con el olorcito— dijo alguien, y otra vez la brasa circuló entre los dedos.

Algunos se tendieron de espaldas y escuchaban "Ramona" con los ojos abiertos. A pesar de las balas la tensión fue disminuyendo.

Sin darnos cuenta, con el correr de los días, las canciones fueron una solicitud apremiante.

—Métale con "Vanidad", don Gabriel, "Bésame mucho", don Gabriel.

El viejo las sabía todas y las interpretaba.

Un dirigente metalúrgico sabía versos y recitaba entre tema y tema. Pero una noche en que quiso apagar con poesía el estruendo de las tres de la mañana, entró violentamente la guardia a cargo de un subteniente.

—¿Y esta casa de puta? ¿Quién aullaba? Treinta segundos para presentarse el que aullaba.

El viejo se incorporó apoyándose en su bastón.

—Usted, su porquería, no sabe que debe guardar silencio. Se le olvidó su condición de prisionero de guerra— dijo el subteniente amenazándolo con una metralleta.

El viejo miró desde sus años a aquel joven que lo increpaba. Suavemente, con la yema de los dedos, retiró hacia un costado el cañón que lo apuntaba y dijo: "No puedes hablar así a quien tiene edad para ser tu abuelo".

—Yo no tengo abuelos piojosos— dijo el subteniente con la voz desinflada.

—Si este piojoso fuera tu abuelo...— enrojeció el viejo e intentó levantar el bastón, pero el subteniente pasó la bala.

—¡Al bastón! ¿Quién ha permitido que retenga ese bastón? Conscriptos infelices, si confiáramos en ustedes estaríamos todos muertos. Rompan ese bastón.

Un conscripto lo arrebató partiéndolo en dos con su rodilla. El viejo intentó un paso tambaleante y dos compañeros echaron el cuerpo al frente. Los conscriptos apuntaron.

Entonces entró el mayor a cargo de la sección. Sus movimientos eran flemáticos, la luz amarilla demacraba su rostro.

—¿Qué sucede?— preguntó.

—Estaban alborotando, mi mayor— dijo el subteniente.

—Este es el cabecilla.

—Yo cantaba, mayor, y se me subió la voz— dijo el viejo.

—¿Cantaba marchas subversivas?— preguntó el mayor.

—No— dijo el viejo. —Boleros de Leo Marini. Eso cantaba. Usted sabe que a mi edad cuesta dormirse.

—Además tenía un bastón— dijo el subteniente.

—Necesito bastón mayor, mis piernas lo necesitan.

—Salga de aquí, subteniente — dijo el mayor. —Y ustedes también.

El subteniente y los conscriptos volvieron al pasillo.

El mayor recogió los pedazos del bastón.

—Quiero conservar el que tiene mango, mayor— dijo el viejo.

—Positivo— dijo el mayor, y fue hasta la puerta.

—Además si quiere cantar hágalo, pero sin subir el volumen. Cantar le hace bien al espíritu.

—¡Fijense! Este quiere ser un buen ángel con Gabriel Rebolledo, pero es de la misma calaña que los otros— dijo el viejo.

—El muchacho era torpe como muchacho, éste no lo es. Bajo esa gorra se incubó un golpe mis amigos. Aprovecharé su permiso, mayor.

Y ante el estupor del respetable público, con un taconeo cadencioso inicia un número asombroso.

De acá para allá lo llevan sus pasos faltos de apoyo, con el trozo de bastón aleteando como un pájaro atrapado en sus manos, jugueteando con un sombrero imaginario, chapurreando una canción en francés:

Cecibon

tu le mon

tu le mon

puteando por París

con tu viejo cabrón.

A todos se nos atragantó una carcajada estrepitosa.

—Viva don Maurice Chevalier— dijo alguien, y cuando el viejo calló y fue de vuelta a su lugar, muchas manos lo zamarrearon con alegría.

Entonces fue don Maurice Chevalier, hasta la noche en que regresó a la escotilla el capitán rubio con su lista.

—Rodríguez, Francisco.

—Rebolledo, Juan— dijo.

Nadie contestó.

—¿Están sordos?— gritó el capitán y repitió los nombres.

—Aquí no se hallan los que usted dice —respondió un joven.

—Eso lo sabremos de inmediato— lo miró el capitán.

—Todos con la célula de identidad en la mano.

—Nos quitaron los documentos— dijo el joven.

—Vamos a revisar. El que tiene documentos y los niega, no verá el día de mañana.

Le adelantaron cuatro células.

—¿Nadie más?— dijo el capitán. —Veamos esas.

Una tembló en el aire y cayó al suelo, a sus pies. Era la de Rodríguez.

—Conque no estaban por aquí— dijo el capitán, mirando al joven. —El inteligente el que cree poder engañar a la autoridad. Ponte al lado de Rodríguez, carajo.

El hombre caminó cabeza gacha. El capitán desplegó su sonrisa irónica.

—Y ahora, Rebolledo— dijo. —O Rebolledo, o tres de ustedes.

—Yo soy Rebolledo— dijo el viejo.

—¿Obrero de Siam di Tella?— preguntó el capitán recorriéndolo con la mirada.

—Sí señor— dijo el viejo.

—Y tu overol. Los que trajimos venían con overol.

—Me lo saqué en el trayecto...

—Dígame, don Juan: ¿Conoce a ese que está ahí?

—Es mi hijo, Gabriel Rebolledo.

—Perfecto don Juan, entonces nos llevamos a Gabriel Rebolledo, usted puede morir de viejo.

—No señor, usted busca a Juan Rebolledo— gritó el viejo intentando alzar el trozo de bastón.

—Me cree idiota, viejo— gruñó el capitán y de un tirón le arrancó el madero de la mano.

El viejo trastabilló y su espalda buscó apoyo en la pared.

—Llévenselos— dijo el capitán.

—Cariños a Rosalía, padre— sollozó el joven Rebolledo.

—Y también a la vieja.

—No lloris, Juanito— gritó el viejo. —Muera como un hombre. El capitán llegó hasta la escala.

—Dos minutos para dormirse— dijo desde allí, con su voz dura.

INDICE

Pia Barros	17
Estanvito	19
Los pasos en el viento	21
Jorge Calvo	27
Se acabaron los cigarrillos	29
Noviazgo	35
Gregory Cohen	45
La hipérbole del cuye	47
El gato de la esquina	54
Eduardo Correa	61
Orillera de los rincones perdidos	63
Osito de felpa	68
Alvaro Cuadra	75
El ascensor	77
Una sombra parada en la esquina	80
Ana María del Río	83
Armadura	85
Subterráneo	91
Ramón Díaz Eterovic	97
El tiempo frágil	99
Atrás sin golpe o la noche que Villablanca ganó el título mundial	105
Carlos Franz	115
Ciencia de pájaros	117
Tres músicos callejeros tocaron una serenata en el Cerro Alegre	127

INDICE

Sonia González	135
Cosas que sólo Nicolás sabe	137
Tejer historias	141
Edgardo Mardones	149
Oso mayor	151
Caperucita desnudando al lobo	156
Juan Mihovilovic	161
Confesión	163
Gaviotas en el cielo	171
Diego Muñoz Valenzuela	177
Auschwitz	179
Anochece en la ciudad	182
Antonio Ostornol	189
El hijo de Marcial	191
Las arañas	198
José Paredes	205
Toples	207
Presagio	210
Roberto Rivera	219
Matemáticas	221
Café Postal	228
Luis Alberto Tamayo	237
Perrito	239
Mi hermano cruza la plaza	246
José Leandro Urbina	251
Posibilidades de fotografía	253
Dos minutos para dormirse	255

CONTANDO EL CUENTO
ANTOLOGIA JOVEN NARRATIVA CHILENA

de Ramón Díaz E. y Diego Muñoz V.

se terminó de imprimir el seis de septiembre
de mil novecientos ochenta y seis en los Talle-
res de Arancibia Hnos., Coronel Alvarado 2602,
Santiago - Chile

Pía Barros
Jorge Calvo
Gregory Cohen
Eduardo Correa
Alvaro Cuadra
Ana María del Río
Ramón Díaz Eterović
Carlos Franz
Sonia González
Edgardo Mardones
Juan Mihovilović
Diego Muñoz Valenzuela
Antonio Ostornol
José Paredes
Roberto Rivera
Luis Alberto Tamayo
José Leandro Urbina